
SCARLETT SIMMONS
EL MISTERIO DEL
CEO
CEOS DE NUEVA YORK, 2

EL MISTERIO DEL CEO

Scarlett Simmons

Serie: CEOs de Nueva York

Derechos de autor de @ScarlettSimmons, 2024
Maquetación y cubierta: Scarlett Simmons
Distribuido por Amazon
Registrado en CEDRO
Todos los derechos reservados, solo pertenecen a la autora.
Los hechos, algunos lugares y personajes aquí relatados son ficticios en su totalidad y cualquier semejanza a la realidad se debe a la más pura casualidad.
No se permite la reproducción parcial o total de este libro ni su incorporación a ningún archivo digital ni plataforma de venta sin el consentimiento escrito de su autora. Cualquier infracción de los derechos de autor y propiedad serán constitutivos de delito (art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com o 917021970).

SERIE CEOS DE NUEVA YORK

SCARLETT SIMMONS

La serie CEOs de Nueva York recoge cuatro historias en las que el protagonista es un hombre acaudalado y rico, empresario y dirigente, con diferentes problemas que irás descubriendo. Cada uno por una razón diferente se relaciona con la protagonista femenina según el *troppo* que utilice en la historia.

En esta segunda *El misterio del CEO*, encontrarás un romance que empieza en los viñedos franceses.

¿Un heredero en Francia CEO en Nueva York? Todo es posible, ¿no crees? ¿Qué pinta una periodista en todo ello? ¿Se puede vivir el amor y triunfar en tu profesión?

Te dejo con la segunda de la serie. Te recuerdo que son autoconclusivas e independientes por lo que puedes leer en el orden que desees.

Por orden de publicación, encontrarás estos títulos:

La ambición del CEO
El misterio del CEO
La desconfianza del CEO
La arrogancia del CEO

Encuéntralas aquí:


SCARLETT SIMMONS
EL MISTERIO DEL
CEO
CEOS DE NUEVA YORK, 2

El misterio del CEO
Serie CEOs de Nueva York
Scarlett Simmons
PRÓLOGO
Primera parte
Un castillo en Francia
Capítulo 1
La decisión que lo cambió todo
Nicolás
Capítulo 2
Mi destino
Valeria
Capítulo 3
No la quiero a ella
Nicolás
Capítulo 4
Explorando los viñedos
Valeria
Capítulo 5
Chispas en el Viñedo
Nicolás
Capítulo 6
Las revelaciones del CEO misterioso
Valeria
Capítulo 7
Noche de despedida
Nicolás
Capítulo 8
Sabía que había algo turbio
Valeria
Segunda parte
Nueva York
Seis meses después
Capítulo 9
Regreso a Nueva York
Nicolás
Capítulo 10
Del éxito a la sorpresa
Valeria
Capítulo 11
El juicio
Nicolás
Capítulo 12
De sorpresas y catas
Valeria
Capítulo 13

Búsqueda y deseo
Nicolás
Capítulo 14
La entrevista inesperada
Valeria
Capítulo 15
De nuevo, ella
Nick
Capítulo 16
Otra vez juntos
Valeria
Capítulo 17
¿Se puede amar a distancia?
Nick
Capítulo 18
De sorpresa en sorpresa
Valeria
Capítulo 19
Mi viñedo, mi vida
Nick
Capítulo 20
La presentación
Valeria
Epílogos
1
Nicolás
2
Valeria
La desconfianza del CEO
Prólogo
Esta es mi historia.

PRÓLOGO

Me llamo Nicolás de Beaumont y soy el único heredero de un viñedo en Francia, perteneciente a mi familia materna durante años. Tengo el honor de decir que elaboramos uno de los mejores vinos del país. Pero las ventas se han estancado y busco la forma de relanzarlas para no tener que dejar de producir.

Pero eso es ahora, desde que vine a Francia hace un año para hacerme cargo de la herencia. En realidad, siempre he vivido en Nueva York, donde soy el CEO de la mayor distribuidora de vinos del país, negocio que creó mi padre, un inversionista de la Gran Manzana que hizo mucho dinero invirtiendo inteligentemente y con el patrimonio de mi madre.

Llegué al viñedo pensando que sería solo para un par de meses, sin embargo, una serie de problemas que me persiguen en Nueva York, me hicieron tomar la decisión de pasar más tiempo en Francia y gestionar mi empresa de Nueva York desde aquí.

Hasta que todo cambió.

A veces pequeñas decisiones condicionan toda una vida.

¿Quieres conocer mi historia?

PRIMERA PARTE

Un castillo en Francia

CAPÍTULO 1

La decisión que lo cambió todo

Nicolás

El sonido del cristal golpeando contra la madera resuena en el despacho mientras dejo la copa sobre la mesa con más fuerza de la necesaria. Miro el líquido rojo oscuro, casi negro, que se mueve en el interior de la copa, y siento una mezcla de frustración y rabia. Mi mejor vino, mi orgullo y legado, está perdiendo ventas de manera alarmante. No puedo entenderlo. La calidad sigue siendo excepcional, cada botella es un reflejo de generaciones de perfeccionamiento y dedicación. Pero los números no mienten y las cifras de ventas que tengo ante mí son desastrosas.

—Nicolás, tienes que hacer algo. No podemos seguir así —insiste François, mi agente de prensa y asistente personal, rompiendo el incómodo silencio en la habitación.

François es un hombre pequeño y delgado, con una energía nerviosa que me suele irritar. Pero es eficiente y, en su campo, uno de los mejores, además de llevar trabajando en el viñedo desde antes de que yo naciera; lo conoce mejor que nadie. Si alguien puede ayudarme a revertir esta situación, es él.

—¿Y qué sugieres que haga? ¿Magia? —respondo con sarcasmo, pasándome una mano por el cabello, y sintiendo el peso de la situación caer sobre mis hombros.

—No magia, pero casi —replica, esbozando una sonrisa astuta—. He pensado que podríamos publicar un reportaje. Algo que muestre la historia que hay detrás de los viñedos, la dedicación, la pasión... y a ti.

Frunzo el ceño, sintiendo una punzada de irritación. Siempre he evitado las cámaras y los medios. Prefiero el anonimato, dejar que el vino hable por sí solo, pero François sigue insistiendo.

—La gente quiere conocer al hombre que hay detrás del vino, Nicolás. Muchas decisiones de compra se toman gracias a una conexión emocional. Y tú, aunque no lo creas, eres parte fundamental de esa conexión. Además —añade, haciendo una pausa estratégica—, eres bien parecido. Eso no puede hacer daño a las ventas. Ya veo el titular: «El heredero joven y guapo de Bodegas Beaumont», algo así.

Siento una punzada de disgusto. No me atrae nada la idea de exponerme. Mi vida privada es exactamente eso: privada. Y la idea de abrir las puertas de mi hogar y de mi vida a los medios me resulta insoportable, y más teniendo en cuenta mi pasado más reciente en Nueva York.

—No estoy interesado en ser el centro de atención, François. Hay otras formas de aumentar las ventas sin convertirme en una especie de celebridad —replico, tratando de mantener la calma.

François no se inmuta. Me mira con una mezcla de paciencia y tozudez, como si fuera el

poseedor de la razón absoluta, que solo sirve para aumentar mi irritación.

—Nicolás, lo sé. Pero esta vez necesitamos algo diferente. El mercado ha cambiado. La gente quiere historias personales, quiere conectar con el productor. Necesitamos que vean el corazón y el alma que existe detrás de estos viñedos, y eso eres tú —argumenta con voz firme pero no autoritaria.

—Para eso os contrato a vosotros, para que deis la cara por mí —recalco irritado.

—Sabes que no es lo mismo. Además…, los rumores sobre ti y tu encierro crecen y pueden hacerse tan grandes y falsos que acaben dilapidando tu legado. Nuestra gente en Nueva York ya no se creen tus excusas para que sigas aquí.

Me levanto, afectado por esas palabras, y camino hacia la ventana, mirando los viñedos que se extienden hasta donde alcanza la vista. Cada hilera de vides es un recordatorio de mi responsabilidad, de las generaciones que han trabajado esta tierra antes que yo. François tiene razón en algo: ha cambiado el mercado, y tal vez yo debería cambiar también. Pero, ¿qué interés puedo tener yo para el consumidor de vino? En mi cabeza no cabe esa curiosidad por mi persona, no lo puedo entender. Lo único interesante de mi vida son mis vinos.

—Está bien —accedo finalmente, girándome para mirarlo—. Pero solo lo haré bajo mis condiciones.

François levanta una ceja, esperando.

—Solo un periodista, sin cámaras ni equipo de grabación. Solo fotos y nada más. Se alojará en el castillo una semana y yo me encargaré de mostrarle los viñedos y las bodegas. No quiero a un ejército de técnicos invadiendo mi espacio personal —específico, con voz firme y autoritaria.

François sonríe, claramente aliviado por mi concesión.

—De acuerdo, Nicolás. Solo un periodista. Me encargaré de que todo esté preparado según tus condiciones —acepta, levantándose de su asiento—. No te arrepentirás. Estoy seguro de que las ventas subirán cuando te conozcan.

No respondo, simplemente lo observo salir del despacho. El silencio que deja atrás es una especie de alivio, pero también una advertencia de los días incómodos que me esperan con alguien en mi entorno hurgando y entrando en mi privacidad.

Me dejo caer en el sillón y cierro los ojos por un momento, tratando de calmar mis pensamientos. Tengo una sensación de invasión que me incomoda y me cuesta asimilar, pero sé que es necesario. No puedo permitir que el legado de mi familia materna se desmoronare por mi obstinación.

Los días siguientes pasan con una mezcla de ansiedad y aceptación. François trabaja con rapidez, organizando todo para la llegada del periodista. Yo paso el tiempo en los viñedos, supervisando cada detalle, asegurándome de que todo esté perfecto. Cada mañana comienzo el día temprano, revisando las vides, hablando con los trabajadores, sumergiéndome en la rutina que siempre he encontrado reconfortante, desde que regresé a Francia.

Es la última noche antes de la llegada del periodista, y todavía estoy en mi despacho, exhausto y nervioso. He revisado cada detalle y me he asegurado de que los viñedos y las bodegas estén impecables y tal y como yo quiero que se muestren. Pero el esfuerzo me ha dejado agotado, tanto

física como emocionalmente.

Miro alrededor de la habitación y siento la calidez en el pecho que me provoca ver las estanterías llenas de libros sobre viticultura y las paredes adornadas con fotos de generaciones pasadas de los Beaumont. Todo en este despacho me recuerda el peso de mi legado, la responsabilidad que siento cada día sobre mis hombros. Y ahora, abrir mi vida a un extraño me parece una traición a esos principios que siempre he defendido y que me recuerdan a los malos tiempos vividos en Nueva York.

Me acerco a la ventana y dirijo la vista hacia la oscuridad. Todo alrededor del castillo está en silencio. Me siento atrapado entre la necesidad de proteger mi legado y la invasión de mi privacidad que supone abrir sus puertas.

—Nunca quise esto —murmuro para mí mismo, sintiendo una punzada de amargura.

Cierro los ojos y respiro profundamente intentado calmarme. Sé que debo mantener la compostura, mostrarme firme y decidido, aunque por dentro sienta cómo me vengo abajo.

La mañana siguiente, el castillo estará lleno de una energía diferente, la presencia de un extraño romperá la tranquilidad que he trabajado tan duro para mantener y solo deseo que sea alguien de trato fácil que no me discuta ni trate de remover donde no deseo que entre. Va a ser un mal trago para mí, pero sé que debo hacerlo, por el bien de los viñedos y por el legado de mi familia.

Con ese pensamiento, me alejo de la ventana y me dirijo a mi habitación, preparándome para la batalla que sé que se avecina. Me prometo a mí mismo que, pase lo que pase, protegeré lo que realmente importa: mi legado y mi privacidad. Aunque eso signifique hacer algo en contra de mis principios.

CAPÍTULO 2

Mi destino

Valeria

El taxi avanza lentamente por el largo camino de grava que conduce al castillo de los Beaumont. A medida que nos acercamos, mi corazón late con fuerza, y no puedo evitar sentir una mezcla de nerviosismo y emoción. El majestuoso castillo se alza ante mí, rodeado de viñedos que se extienden hasta donde alcanza la vista. El sol comienza a ponerse, bañando todo en una cálida luz resplandeciente que realza la belleza del lugar.

Miro por la ventana, tratando de absorber cada detalle: las imponentes torres, las antiguas paredes de piedra, y los cuidados jardines que rodean la entrada. Todo esto parece sacado de un cuento de hadas, pero sé que detrás de esa fachada se encuentra un hombre huraño y solitario, según me han advertido. Y esa es la parte amarga del cuento. Frunzo el ceño al pensarlo.

Yo no quiero estar aquí. Aunque el trabajo es atractivo, hubiera preferido el reportaje sobre el portero de la selección de fútbol que asignaron a mi compañero David. Recuerdo cuando me llamó mi editor, Johan, unas semanas antes. Estaba sentada frente a él, cada vez más inquieta, mientras me explicaba el encargo.

—Valeria, tengo una tarea para ti. Necesitamos un reportaje sobre los viñedos de los Beaumont. Han accedido a abrir las puertas de su castillo para una entrevista y nos han dado la exclusiva —me informó, mirándome con expectación—. ¡Es un bombazo!

—¿Los Beaumont? ¿El famoso Nicolás de Beaumont? —pregunté, sorprendida.

—Sí, precisamente. Sabemos que es un hombre reservado y difícil, pero esa es precisamente la razón por la que este reportaje será tan valioso. Nunca ha salido en los medios y vive envuelto en un halo de misterio que atraerá lectores curiosos. Nos han pedido que mostremos el lado humano que hay detrás del vino. Será una gran oportunidad para ti —me explicó Johan desde la comodidad de su sillón de jefe.

Sentí una punzada de duda. La idea de pasar una semana entera en el castillo con un hombre conocido por su carácter difícil no era precisamente mi mejor plan para los siguientes días.

—No sé, Johan. ¿Una semana entera? ¿Encerrada en un castillo solitario con un ogro?

Usé la palabra con toda intención, sin disimular mi reticencia y poniendo un gesto inocente, como si mi jefe me estuviera llevando a los infiernos. Pero no coló.

—Valeria, sé que no será fácil, pero confío en que puedes hacerlo. Eres nuestra mejor periodista. Además, piensa en lo que este reportaje podría significar para tu carrera —dijo, con una sonrisa alentadora—. No quieren cámaras ni equipo técnico. Solo lo harán si enviamos a una sola

persona y creo que tú eres la que más capacidad tiene para hurgar en otros asuntos sin que se enteren.

—Pero, yo…

—Nada de peros. Recuerda que tu contrato termina en dos meses y que me debes unos días. ¿Recuerdas aquél reportaje en Ibiza que se alargó…?

Me ruboricé al recordarlo y, aunque parecía que me hacía chantaje, finalmente acepté. En el fondo sabía que era una oportunidad única que me daría visibilidad, aunque mis ganas de hacerlo brillaran por su ausencia. Todo el mundo quería conocer al que llamaban el príncipe oscuro, un tipo que había heredado una fortuna en Francia pero que trataba de manejarla desde Nueva York. ¿Sabría algo de vinos? Vaya semana me espera. Aún no ha empezado y ya deseo que haya terminado. Resoplo al pensar en todo ello de nuevo.

Vuelvo al presente cuando el coche se detiene frente a la entrada del castillo. François de Valois, el representante del señor de Beaumont, con el que ya he hablado un par de veces por videoconferencia, está allí para recibirme. Su energía nerviosa es palpable, pero su sonrisa parece sincera. Nos caímos bien y ya nos tuteamos.

—Bienvenida, Valeria. Es un placer tenerla aquí. Nicolás te está esperando para cenar, pero primero te llevaremos a tu habitación para que puedas descansar y prepararte —anuncia tras saludarme, mientras me ayuda a bajar del coche.

—Gracias, François. Estoy emocionada por esta oportunidad —miento, tratando de sonar más segura de lo que me siento.

Entramos al castillo, y me siento abrumada enseguida por la grandiosidad del lugar. Los techos altos, las antiguas pinturas que adornan las paredes, y el mobiliario elegante me hacen sentir como si hubiera retrocedido en el tiempo. Camino detrás de François y de Marianne, la ama de llaves, tratando de absorber cada detalle, mientras me conducen a mi habitación.

Finalmente, llegamos a una puerta de madera maciza. Marianne la abre y me invita a pasar mientras que François, con su educación exquisita, se queda fuera y se despide. La habitación es espaciosa y acogedora, con una gran cama con dosel y ventanales que ofrecen una vista impresionante de los viñedos.

—Espero que encuentre todo a su gusto. Si necesita algo, no dude en pedirlo. La cena será en una hora —anuncia Marianne, antes de dejarme sola.

Me siento en la cama, sintiendo el suave terciopelo bajo mis dedos. Miro alrededor de la habitación, maravillándome de la atención al detalle y la elegancia que desprende. Sin embargo, no puedo evitar sentir una ligera opresión en el pecho al ver la fastuosa habitación como una cárcel de lujo. Sé que los próximos días van a ser un reto, y que tengo que estar a la altura de las expectativas.

Abro mi maleta y empiezo a sacar mis cosas, tratando de calmar los nervios. Mientras coloco la ropa en el armario, no puedo dejar de pensar en el señor de Beaumont. ¿Qué apariencia tendrá? ¿Será tan difícil como dicen? En Wikipedia leí que rondaba los treinta y cinco años, aunque no es seguro, y que heredó los viñedos y las bodegas de sus padres y de sus tíos, que no tuvieron hijos. Unió ambas empresas logrando una finca enorme, dos de las mejores bodegas del país y muchos millones para disfrutar de todo ello. Tiene dos hermanas que solo figuran como socias y

viven con sus familias alejadas del entramado empresarial de los Beaumont.

A pesar de su fama, sé que es crucial ganarme su confianza para conseguir una entrevista sincera y que sea relevante.

Una hora después de mi llegada, tras haberme refrescado y cambiado de ropa, me dirijo al comedor, siguiendo las indicaciones de Marianne. Siento un nudo en el estómago con cada paso que doy por los pasillos del castillo, solitarios y fríos. Las paredes de piedra y los tapices antiguos parecen susurrar historias de siglos pasados.

Al llegar al comedor, veo que François me espera en la entrada. Me sonríe y me indica que tome asiento en la mesa, elegantemente puesta con candelabros de plata y una vajilla que parece sacada de un museo.

—Nicolás se unirá a nosotros en unos momentos, cuando finalice una llamada. Mientras tanto, siéntete como en casa —me dice, con su habitual nerviosismo.

Me siento y miro alrededor, tratando de calmarme. El comedor es impresionante, con un techo alto adornado con vigas de madera y una chimenea que da un cálido resplandor a la habitación. Las sombras danzan en las paredes, creando un ambiente íntimo y acogedor.

Mis pensamientos vuelven al señor de Beaumont. No puedo evitar sentir una mezcla de curiosidad y aprehensión. Sé que ganarme su confianza va a ser todo un desafío, pero a la vez siento una chispa de emoción ante la perspectiva de descubrir quién es realmente este hombre tan enigmático y el poder jactarme de ser la primera en conocerlo.

Mientras esperamos, recuerdo las palabras de Johan. Este reportaje no solo es una oportunidad profesional, sino también una forma de mostrar el lado humano detrás de una figura tan reservada. Sé que, si logro hacerlo bien, podré abrir puertas para mi carrera y, tal vez, incluso para el propio Nicolás de Beaumont.

La puerta del comedor se abre por fin, y me giro expectante, pero solo es uno de los sirvientes trayendo una botella de vino blanco y unos aperitivos. Me sirve una copa, de la que bebo un sorbo, disfrutando del sabor rico y complejo del vino. Es evidente que, a pesar de los problemas de ventas, la calidad del vino de los Beaumont sigue siendo excepcional.

El tiempo parece pasar con lentitud hasta que, por fin, escucho pasos acercándose. Mi corazón comienza a latir más rápido, sabiendo que en cualquier momento conoceré al hombre que se esconde detrás de tanto misterio.

La puerta se abre nuevamente, y esta vez, entra Nicolás de Beaumont. Siento una mezcla de alivio y nerviosismo al tenerlo frente a mí. Es alto y tiene una presencia imponente, con el rostro marcado por la seriedad y una mirada que parece ver más allá de la superficie.

Se acerca a la mesa, y me levanto para saludarlo. Nos miramos a los ojos por un momento, y siento una chispa de algo indefinido, algo que me hace sentir una conexión instantánea envuelta en un halo de miedo ante su inexpresividad forzada.

—Valeria, bienvenida. Espero que tu viaje haya sido agradable —saluda con una voz profunda y controlada.

—Gracias, señor de Beaumont. El viaje fue perfecto. Es un honor estar aquí —respondo, tratando de mantener la compostura.

—Llámeme Nicolás, por favor, dado que vamos a tener que convivir estos días.

Nos sentamos y la cena comienza. Mientras hablamos de lo que esperan del reportaje y me cuentan detalles de la bodega, disfrutamos de una comida con productos del propio huerto del castillo. Mi curiosidad sobre el hombre que tengo frente a mí va creciendo y de pronto siento una emoción renovada ante la perspectiva de descubrir quién es realmente y qué esconde.

CAPÍTULO 3

No la quiero a ella

Nicolás

La cena transcurre sin incidentes, con conversaciones triviales sobre el castillo y la constante presencia de François llenando cualquier silencio incómodo. Sin embargo, cuando finalmente me retiro a mi habitación, soy incapaz de ignorar la impresión que Valeria ha dejado en mí.

Al principio, me he llevado una gran sorpresa al verla. François no me había mencionado que el periodista sería una mujer, y mucho menos una mujer tan atractiva. Sus ojos oscuros y llenos de vida, su sonrisa que parecía iluminar el comedor…, todo en ella parecía diseñado para distraerme con esa alegría desbordante. Y eso es precisamente lo que me ha enfadado tanto.

Mientras me cambio de ropa y me preparo para mi rutina nocturna de ejercicios, no dejo de pensar en lo inapropiado de la situación. ¿Cómo espera François que me concentre con una distracción como Valeria rondando por el castillo? Además, dudo seriamente de sus conocimientos sobre viticultura, y la idea de que pueda entender realmente la profundidad y la historia de los viñedos de los Beaumont me provoca risa.

Decidido a solucionar el problema, me propongo hablar con François mañana a primera hora. Hay que pedir que cambien a Valeria por alguien más adecuado, alguien que no represente una distracción constante. Decido aprovechar la energía que me da el enfado, para machacarme haciendo ejercicio. Entro a mi pequeño gimnasio privado que tengo junto a mi habitación, tratando de despejar la mente con el deporte.

La rutina física me ayuda a canalizar mi frustración, pero no logro eliminar del todo la imagen de Valeria. Después de una ducha rápida, me acuesto, exhausto pero aún inquieto. Cierro los ojos y trato de concentrarme en el sonido del viento que susurra fuera de las ventanas del castillo.

Cuando por fin logro conciliar el sueño, algo lo perturba. En medio de la noche, un ruido extraño me despierta. Me levanto de la cama y salgo al pasillo para seguir el origen del sonido. Para mi sorpresa, encuentro a Valeria de pie allí, con un pijama corto que deja poco a la imaginación. La luz tenue del pasillo realza su figura y siento una oleada de deseo inesperado.

—¿Qué haces aquí? —pregunto tratando de mantener mi voz firme a pesar de la alteración que siento por tenerla tan cerca y prácticamente desnuda.

Valeria se gira, visiblemente avergonzada.

—Lo siento, Nicolás. Me he perdido buscando el baño. Creo que me confundí de puerta —responde con voz suave y cargada de disculpa.

Intento mantener la compostura, pero la visión de Valeria en pijama y tenerla tan cerca, es más

de lo que puedo soportar. Siento cómo mi corazón se acelera y me esfuerzo por no mostrar ninguna emoción.

—El baño está dentro de la habitación.

—Lo sé, lo sé. Creía que entraba al baño y resultó que salía al pasillo. Me he desorientado. Lo siento.

Regreso a mi habitación, sintiéndome más alterado que antes. Me dejo caer en la cama, pero las imágenes de Valeria siguen asaltando mis pensamientos. Trato de apartarlas, pero se cuelan en mis sueños, llenándolos de una intensidad que me deja inquieto, por no decir empalmado, y que relajo con mi mano derecha. En cada movimiento, la veo a ella con su mini pijama hasta que estallo de alivio y por fin me relajo y me duermo.

A la mañana siguiente, me levanto con la férrea voluntad de resolver la situación de inmediato. Llamo a François por teléfono para hablar con él antes de que llegue al trabajo.

—Necesitamos hablar —digo sin ni siquiera saludar.

—Buenos días, Nicolás. ¿Qué sucede?

—Valeria debe irse. No es adecuada para este trabajo. Además, su presencia es una distracción —aseguro yendo directo al grano—. Y del todo inadecuada con lo que sabes que pasó en Nueva York.

François resopla al otro lado de la línea, claramente sorprendido.

—Nicolás, Valeria es una periodista muy respetada. Tiene un currículum impresionante y una gran experiencia en el campo del vino. Su padre tiene un pequeño viñedo al otro lado del país y ha crecido rodeada de viticultura toda su vida —me explica con tono convincente.

Siento una punzada de ira. No esperaba que François defendiera tan fervientemente a Valeria.

—Eso no cambia el hecho de que no la considero adecuada para este trabajo —replico.

Vuelve a resoplar. ¿Por qué lo hace? ¿Acaso yo le exaspero más que él a mí?

—Entiendo tus preocupaciones, Nicolás, pero te pido que le des una oportunidad. Solo es una semana. Estoy seguro de que Valeria te impresionará con su conocimiento y profesionalidad. Es muy discreta. Además, su perspectiva fresca podría ser exactamente lo que necesitamos para revitalizar las ventas —me explica con una calma que solo sirve para aumentar mi frustración.

Me quedo en silencio por un momento, considerando sus palabras. Sé que François tiene razón en parte, pero la presencia de Valeria sigue representando un problema para mí.

—De acuerdo, François. Le daré una oportunidad. Pero si en cualquier momento siento que esto no está funcionando, se irá —cedo finalmente, aunque a regañadientes.

Me parece que sonríe al otro lado del teléfono, aunque imposible saberlo sin ver su cara, claramente aliviado.

—Gracias, Nicolás. No te arrepentirás.

Cuelgo y me dirijo al comedor para desayunar, tratando de ordenar mis pensamientos. Ya tenía claro que sería una semana difícil, pero me consolaba la idea de que solo duraría siete días. Puedo soportar eso, ¿verdad?

Después de tomar un café rápido, bajo a los viñedos. Durante el camino no puedo evitar pensar en Valeria. Hay algo en ella que despierta mi curiosidad, una chispa de algo indefinido, que me atrae a pesar de mi resistencia. Me prometo a mí mismo que mantendré la distancia y que no dejaré que ninguna distracción me aparte de mi objetivo. Y mucho menos con un pijama minúsculo.

Sin embargo, tengo claro que será un reto y no estoy seguro de cómo lo voy a manejar. Los próximos días van a poner a prueba mi determinación y mi capacidad para mantener el control. Pero si algo sé con certeza, es que no dejaré que nada ni nadie ponga en peligro el legado de los Beaumont.

CAPÍTULO 4

Explorando los viñedos

Valeria

El sol matutino baña los viñedos, despojándolos del frescor de la noche, cuando salgo de mi habitación para comenzar el primer día del reportaje. El olor del campo a primera hora de la mañana, cuando me he asomado a la ventana, ha llenado mis pulmones conectando con la naturaleza que tan poco frecuento.

Siento una mezcla de emoción y nerviosismo mientras camino por los pasillos del castillo, tratando de absorber cada detalle de su antigua elegancia, tomando notas de los espacios en los que me gustaría fotografiar a Nicolás. Las paredes de piedra y los tapices antiguos cuentan historias de siglos pasados, y no puedo evitar maravillarme ante la majestuosidad del lugar.

François me ha dado instrucciones claras sobre dónde encontrar a Nicolás y me dirijo hacia los viñedos, donde él pasa la mayor parte de su tiempo. A medida que me acerco, puedo ver a los trabajadores ya ocupados en sus tareas diarias, cuidando las vides con una dedicación evidente. Me saludan con sonrisas amables y asentimientos, que logran hacerme sentir bienvenida.

Finalmente, lo veo. Nicolás está de pie entre las hileras de vides, hablando con uno de los trabajadores. Su presencia es imponente, vestido con una pantalón de lino fresco color beige y una camisa blanca que destaca el moreno de sus brazos. Noto que su seriedad parece estar a punto de convertirse en una barrera infranqueable. Me acerco con cautela, tratando de no interrumpir, pero él levanta la vista y nuestros ojos se encuentran.

—Buenos días —saludo alegre, con una sonrisa que trata de ocultar mi nerviosismo.

—Buenos días, espero que hayas pasado bien tu primera noche —me dice con tono formal y distante, sin darme pie a responder.

Puedo sentir la frialdad en su voz, pero también una chispa de curiosidad en sus ojos. Me pregunto qué pensará de mí y de mis intenciones aquí. Ya contaba con que ganar su confianza no iba a ser tarea fácil, pero estoy decidida a intentarlo. Tampoco tengo muchas más opciones, porque irme antes de tiempo supondría un despido fulminante.

Así que, ya que tengo que pasar los próximos días en el castillo, será mejor disfrutar de lo bueno que haya. Si es que hay algo.

—Estoy lista para comenzar con el reportaje. Me gustaría saber más sobre los viñedos y la historia de tu familia —comienzo, tratando de sonar profesional y entusiasta.

Nicolás asiente, aunque su expresión no cambia ni un ápice.

—Muy bien. Te mostraré los viñedos y las bodegas. Espero que puedas seguir el ritmo —

propone, con un tono que casi parece un desafío.

Me preparo para seguirlo, ajustando mi sombrero de paja, y preveo que este va a ser un día largo y lleno de descubrimientos. Mientras caminamos entre las hileras de vides, Nicolás no deja de hablar sobre el proceso de cultivo y cosecha. Su conocimiento y pasión por el vino son innegables, y aunque su tono sigue siendo distante, puedo ver cuánto significa para él.

—Cada vid aquí tiene una historia. Algunas han estado en la familia durante generaciones. Cuidarlas es más que un trabajo; es una responsabilidad y un honor —explica, mientras acaricia suavemente una hoja de vid.

Siento una oleada de admiración por su dedicación, aunque también me frustra su actitud reservada. Estoy aquí para saber más sobre el hombre que hay detrás de la fachada del CEO heredero, pero ya me doy cuenta de que debo ser paciente y permitir que se abra a su ritmo. Un paso en falso o una exigencia inadecuada y me echará del viñedo sin miramientos.

—Es impresionante ver cuánta historia y dedicación hay en cada botella de vino. ¿Puedes contarme más sobre las bodegas y el proceso de producción? —pregunto en un intento de mantener la conversación en un terreno seguro.

Nicolás asiente y me guía hacia las bodegas. El aire se vuelve más fresco a medida que descendemos por las escaleras de piedra, y el aroma del vino envejecido llena el ambiente. Las enormes barricas de roble alineadas en filas ordenadas son un testimonio de la tradición y el cuidado que se pone en cada etapa del proceso.

—Aquí es donde sucede la magia. Cada barrica tiene su propia personalidad, y el vino toma su carácter de ellas. Es un proceso meticuloso, pero el resultado final vale la pena —explica, y noto un matiz más suave en su voz.

Mientras recorremos las bodegas, siento una conexión creciente con el lugar, que me recuerda al pequeño viñedo de mi padre, y, me liga de alguna manera a Nicolás. Hay algo en su pasión silenciosa y en su dedicación incansable que me atrae, a pesar de su actitud fría.

Después de varias horas de recorrido, salimos de las bodegas y volvemos al cálido sol de la tarde. Decido aprovechar el momento para abordar un tema más personal.

—Nicolás, he oído que vivías en Nueva York antes de regresar a Francia. ¿Qué te llevó a volver a los viñedos de tu familia? —pregunto, tratando de sonar casual.

Nicolás se tensa visiblemente, y su expresión se oscurece.

—Eso es algo de lo que prefiero no hablar —responde con un tono cortante, deteniéndose en seco.

Siento un nudo en el estómago. Sé que había tocado un tema delicado, pero su reacción solo hace que aumentar mi curiosidad. Sin embargo, decido no presionar más por el momento.

—Lo entiendo. Gracias por mostrarme todo esto hoy. Realmente aprecio tu tiempo y tu paciencia —le agradezco, tratando de suavizar la tensión— ¿Te importa si tomo algunas fotos?

Nicolás asiente brevemente y me deja a solas hacer mi trabajo.

—Mañana continuaremos con más detalles sobre la producción y la historia familiar. Asegúrate de estar lista temprano —me pide antes de desaparecer entre las vides.

Me quedo aquí, sintiendo una mezcla de admiración por el campo y frustración porque no he conseguido mucho de Nicolás. Cada vez tengo más claro que hay mucho más en su historia y su reticencia solo hace que quiera saber más. Mientras camino de regreso al castillo, pienso en cómo encontrar la manera de llegar a él, de entender su pasado y de descubrir lo que realmente lo ha llevado de vuelta a Francia.

Por la noche, recluida en la habitación tras haber cenado sola, repaso mis notas y escribo algunas reflexiones sobre lo vivido este día que me servirán para el reportaje. La frialdad de Nicolás, su pasión por los viñedos, y el misterio que lo rodea son las ideas principales que revolotean por mi cabeza. Hay algo en él que despierta una curiosidad insaciable en mí y estoy decidida a descubrirlo, sin importar cuánto tiempo me lleve.

Justo cuando estaba a punto de apagar la luz, escucho un suave golpeteo en la puerta. Me levanto y abro. Tras la puerta de mi habitación, me encuentro con François.

—Valeria, disculpa la hora. Solo quería asegurarme de que todo está bien y que estás cómoda aquí —me dice con su habitual nerviosismo.

—Sí, todo está bien. Gracias por preguntar —respondo con una sonrisa.

—Siento haberte dejado sola en la cena, pero teníamos asuntos que resolver en la ciudad.

—No se preocupe, lo entiendo. No hace falta que estén pendientes de mí. Ustedes tienen su vida —sonrío sincera.

François asiente, visiblemente aliviado.

—Me alegra saberlo. Nicolás puede ser difícil, pero realmente valora lo que haces aquí. Solo dale tiempo —añade antes de despedirse.

Cierro la puerta y me tumbo en la cama, reflexionando sobre sus palabras. Puede que François tenga razón, pero la paciencia no es mi fuerte. Sin embargo, si quiero descubrir la verdad sobre Nicolás de Beaumont y escribir el mejor reportaje de mi carrera, tengo que aprender a serlo.

Me duermo con la firme resolución de seguir adelante, de encontrar las respuestas que busco y, quizás, de descubrir algo más sobre mí misma en el proceso. Los próximos días serán vitales y estoy lista para vivir el desafío.

CAPÍTULO 5

Chispas en el Viñedo

Nicolás

El sol apenas ha comenzado a despuntar cuando me dirijo al viñedo, decidido a empezar el día antes de que Valeria se una a mí. Necesito un momento de tranquilidad para organizar mis pensamientos y prepararme para lo que sé que va a ser una semana difícil.

Sin embargo, Valeria ya está allí, inspeccionando las vides con una atención que me sorprende. Su cabello oscuro brilla bajo la luz de la mañana y su figura esbelta se mueve con gracia entre las filas de vides. Siento una punzada de deseo que me llega hasta la ingle y me obligo a ignorar.

—Buenos días, Nicolás —saluda, volviéndose hacia mí con una sonrisa.

—Buenas, veo que has empezado temprano —respondo, tratando de mantener un tono neutral y que no note mi molestia por haber llegado antes que yo.

—Quería familiarizarme con todo antes de que empezáramos el día —comenta con entusiasmo. ¿Es que esta mujer siempre está alegre?

Asiento y comenzamos el recorrido del día. Mientras caminamos, Valeria hace preguntas perspicaces sobre el manejo del viñedo, mostrando un conocimiento que me sorprende. Sin embargo, su entusiasmo a veces choca con mi forma de trabajar más conservadora.

—He visto que usas métodos bastante tradicionales en el cultivo. ¿Has considerado implementar técnicas más modernas para mejorar la eficiencia y la calidad? —me pregunta, mirándome con sus ojos oscuros llenos de curiosidad.

Me detengo y la miro fijamente, sintiendo una chispa de irritación.

—Valeria, estos viñedos han estado en mi familia durante generaciones. Los métodos que usamos han sido perfeccionados con el tiempo y han demostrado su valía. No necesitamos técnicas modernas para producir un buen vino —replico, tratando de mantener la calma—. Si son tan buenos es por cómo los producimos. La tradición es nuestro punto fuerte.

Valeria no se inmuta y sigue adelante con su argumento.

—Entiendo la tradición, Nicolás, pero he visto viñedos que han mejorado significativamente su producción y calidad al adoptar nuevas tecnologías. Podrías mantener la esencia de tu vino y al mismo tiempo mejorar la eficiencia —insiste.

Siento cómo mi irritación crece. No estoy acostumbrado a que nadie cuestione mis métodos, y mucho menos una periodista que acababa de llegar y que no se dedica al mundo del vino. Muy típico eso de darte lecciones por tres artículos que han leído, pero quien está día a día a pie de

tierra soy yo y mis hombres.

—No necesito que me digan cómo manejar mis viñedos, Valeria. Gracias, pero no. Sé perfectamente lo que estoy haciendo —respondo con firmeza mirándole fijamente a los ojos.

—No lo dudo y no cuestiono vuestros métodos, que claramente funcionan. Pero una mente abierta podría hacerte descubrir mejoras que no habías considerado —replica, sin retroceder.

Nos quedamos mirándonos fijamente, y en ese momento, la tensión entre nosotros se vuelve casi tangible. Diría que se puede hasta cortar. Hasta creo sentir la pasión y el fuego en sus ojos, y aunque me irrita, también me atrae de una manera tan intensa como inquietante.

Justo cuando estoy a punto de responder, uno de los trabajadores se acerca corriendo a nosotros, visiblemente agitado.

—Señor de Beaumont, tenemos un problema. Una de las bombas de riego se ha averiado y necesitamos arreglarla de inmediato para evitar que las vides se sequen —me apremia, respirando con dificultad.

Sin perder un segundo, me encamino hacia el área de riego, con Valeria siguiéndome de cerca. Cuando llegamos, veo que la situación es peor de lo que había imaginado. La bomba principal está rota y el agua ya se estaba filtrando, creando un charco que amenaza con dañar las raíces de las vides cercanas.

—Necesitamos detener el flujo de agua y reparar la bomba de inmediato —indico a mis jornaleros, tomando el control de la situación—. Llama a Philippe y que traiga más hombres. Los necesitamos a todos aquí.

Valeria, sin dudarlo, se arremanga y se pone a trabajar a mi lado. A pesar de nuestras diferencias, su resolución y habilidad práctica son innegables. Trabajamos codo a codo, tratando de solucionar el problema lo más rápido posible.

Mientras luchamos con la bomba, nuestras manos se rozan varias veces, y cada contacto envia una descarga eléctrica a través de mi cuerpo. Siento su cercanía, el calor de su piel, y mi deseo crece con cada roce. Su respiración, agitada por el esfuerzo, no hace más que aumentarlo. Debo de dejar de pensar así, como si este fuera un acto sexual, y centrarme en la fuga de agua.

No es momento para distracciones. Debo enfocarme en la avería y en nada más, pienso a la vez que la miro de reojo y veo sus mejillas sonrosadas que me transmiten más calor interno. Sacudo la cabeza para expulsar esos pensamientos y tratar de contener el derrame.

Finalmente, logramos detener la fuga de agua y el técnico se queda reparando la bomba. El esfuerzo físico y la tensión de la situación nos han dejado sin aliento, pero también ha creado una conexión diferente entre nosotros. Una de las capas que nos separaba, o que yo mantenía para preservar mi privacidad, parece haber caído.

—Gracias por tu ayuda, Valeria. No esperaba que te involucraras de esta manera —reconozco, tratando de recuperar el aliento—. No es problema tuyo.

—No te preocupes. Si puedo ayudar, no me voy a quedar mirando —responde, con una sonrisa que ilumina su rostro.

La miro detenidamente, notando el brillo de su piel por el esfuerzo y el sudor. Observo su cabello oscuro, que está despeinado y le cae por el escote acariciando la piel delicada, y sus

mejillas sonrojadas por el trabajo duro. Pasa la lengua por sus labios que están secos tras el trabajo y pienso por unos segundos que podría ser yo quien se los hidratara. Hay una belleza salvaje y auténtica en ella que me atrae irresistiblemente. Sacudo la cabeza y cierro los ojos buscando otro tema en mi cabeza.

—Valeria, a veces me pregunto por qué estás realmente aquí. No pareces una simple periodista —señalo, algo hiriente, sin poder contener mi curiosidad y mi miedo a que sepa más de mí y solo desee escarbar en mi pasado.

Sus ojos se encuentran con los míos y puedo ver una chispa de algo profundo y sincero.

—Estoy aquí porque me dedico a contar las historias reales que hay detrás de la gente famosa. Suelo escribir sobre deportistas, pero mi experiencia me ha traído hasta aquí. Además, me he criado entre vides y creo que detrás de cada gran vino, hay una gran historia que merece ser contada —responde, con una honestidad que me desarma—. En mis reportajes busco el lado humano del famoso. Así que eso es todo, Nicolás. En resumen —repite por sin no me ha quedado claro—, hasta llegar a ti, escribía sobre futbolistas, pero mis conocimientos sobre vinos fueron determinantes para que mi jefe me mandara al viñedo Beaumont. Lo siento si no soy lo que esperabas. Las reclamaciones, a mi jefe Johan.

Siento cómo mi resistencia se desmorona lentamente, a pesar de su sarcasmo. Me va a costar admitirlo, pero la atracción que siento por Valeria es innegable. Tiene algo que despierta mis sentidos y me hace querer conocerla más profundamente.

Pero querer algo no es suficiente. Temo que su alegría y su trato cálido hacía mí sea solo una estrategia para desmontar mis barreras y obtener información sobre parte mi vida, que debe seguir siendo oculta.

No debo caer en su juego de seducción y olvidar que, bajo su amabilidad, se esconde una periodista ávida de historias para la audiencia carroñera.

El resto del día transcurre en una especie de niebla, con la imagen de Valeria invadiendo mis pensamientos una y otra vez, para bien y para mal. Cada vez que nuestras miradas se cruzan, siento una tensión creciente, una chispa de deseo que me altera.

Pasamos la tarde en el despacho con la grabadora encendida haciéndome un sinfín de preguntas sobre el origen y evolución de la bodega de mis abuelos. Cuando habla, no pudo dejar de mirar sus labios jugosos, ya repuestos de la sequedad del sol de la mañana. La voz le cambia cuando hace las preguntas, que lleva anotadas en su *tablet*, es más profesional como la de una locutora de radio, y yo me la imagino usando ese tono contra mi oído y en actitud más íntima.

No sé qué me pasa con Valeria. No recuerdo pensar de esta forma con ninguna otra mujer. Solo espero estar respondiendo con coherencia, porque a veces siento que me falta la voz y carraspeo para que no salga ronca y piense que quiero seducirla.

—Bueno, por hoy tengo bastante. Voy a subir a ordenar mis notas.

Valeria cierra su tablet y guarda la grabadora en el bolso, sin mirarme.

—Espero que sea lo que necesitas, Valeria. He pedido al servicio que nos preparen la cena para dentro de una hora. ¿Es suficiente?

—Sí, en una hora bajo. Gracias.

Al final del día, nos encontrábamos de nuevo en la terraza del castillo, donde cenamos, disfrutando de una copa de vino mientras el sol se pone. Ver el atardecer a través del viñedo es espectacular y veo cómo lo disfruta mientras que yo no puedo apartar la vista de ella.

—Ha sido un día largo, pero productivo —afirma Valeria, levantando su copa en señal de brindis.

—Sí, lo ha sido. Gracias por tu ayuda esta mañana. Realmente aprecio lo que has hecho por nosotros cuando ha saltado el agua —respondo, levantando mi copa también.

—Ha sido…, interesante —sonríe.

Asiento y nos quedamos en silencio, disfrutando del vino y la tranquilidad del momento. Pero la tensión que yo siento entre lo que me atrae y rechazo de ella, sigue aquí.

Siento una oleada de deseo al ver cómo la copa roza sus mullidos labios. ¿Cómo será besarlos y beber el vino de su boca? La tentación de acercarme y acariciarla cruza como un rayo por mi mente. Pero me contengo, sabiendo que debo mantener el control. Hay demasiado en juego, y no puedo permitirme ceder a mis impulsos, y más teniendo en cuenta lo que me espera en Nueva York. ¿Lo sabrá? Tengo que mantener la cordura lo que queda de semana; nos quedan días por delante y la chispa va a estar aquí, entre nosotros. Es solo cuestión de tiempo que se convirtiera en un fuego que no pueda soportar.

—Subo a acostarme, puedes quedarte aquí, si quieres.

—No, gracias. También me retiro. Necesito descansar.

Subimos juntos y nos despedimos en el pasillo. Sé que los próximos días serán cruciales. La tensión entre nosotros solo puede aumentar y debo de encontrar una manera de manejarla sin perder el control.

Me acuesto con la imagen de Valeria invadiendo mis pensamientos, sus ojos oscuros y su sonrisa intrigante. Sé que estoy en un punto de no retorno y que la atracción que siento por ella solo se hará más fuerte. Lo que sucederá más adelante nadie puede predecirlo.

CAPÍTULO 6

Las revelaciones del CEO misterioso

Valeria

La luz de la tarde se filtra a través de las ventanas del castillo, proyectando sombras alargadas en los pasillos solitarios. Hay algo hipnótico en la serenidad de este lugar, pero también puedo percibir la tensión latente que se cierne entre Nicolás y yo. Decido aprovechar este momento en soledad para explorar un poco más. Quizás, si entiendo mejor su entorno, pueda comprender al misterioso señor de Beaumont.

La calma de la tarde invita a pasear, así que bajo decidida a disfrutar de la naturaleza que tan lejos tengo en París. Mientras recorro las vides, veo a Nicolás supervisando a los trabajadores. Creo que es un buen momento para acercarme con cautela a observar, consciente de que mi presencia puede no ser bienvenida.

—Hola, Nicolás. ¿Te importa si te acompaño? —me ofrezco con una sonrisa.

Él me lanza una mirada fría, pero asiente. Caminamos en silencio por unos momentos antes de que decida romper el hielo.

—He estado pensando en lo que dijiste ayer durante la entrevista, sobre encontrar paz aquí en Francia. ¿Qué te hizo dejar Nueva York? —trato de indagar, observando su reacción.

Nicolás se tensa y su expresión se endurece.

—Eso es algo de lo que prefiero no hablar, Valeria —me contesta con un tono que deja claro que no quiero continuar con ese tema.

Una punzada de frustración me atraviesa el pecho, sin embargo no quiero presionarlo demasiado. Continuamos paseando en silencio, pero no puedo evitar notar cómo su mirada se desvía hacia mí de vez en cuando, como si intentara descifrar mis pensamientos. Lo poco que habla es de curiosidades que le han pasado con la elaboración de los distintos vinos de la bodega.

Más tarde, mientras reviso algunas notas en la biblioteca del castillo, donde hay documentos sobre su historia, escucho a Nicolás entrar. Intento mantenerme ocupada, pero su presencia me altera.

—¿Encuentras todo lo que necesitas para tu reportaje? —se interesa, frotando las manos en un claro gesto nervioso que no me pasa desapercibido.

—Sí, gracias. Este lugar tiene una historia increíble —afirmo, levantando la mirada para encontrarme con sus ojos, que me observan.

El silencio que sigue es algo incómodo. Nicolás se acerca, rompiendo la distancia entre nosotros.

—Valeria, disculpa mi reacción de esta tarde. Hay cosas sobre mí que preferiría mantener en privado. No es que no confíe en ti, pero hay asuntos que es mejor no revelar y que nada tienen que ver con el viñedo —me explica, tratando de ser amable pero firme.

Siento una mezcla de rabia, por su tozudez, y de comprensión. Quiero saber más, no solo porque lo necesito para que mi reportaje sea la bomba, si no por un interés personal. Deseo entenderlo, pero también sé que debo de respetar sus límites.

—Lo entiendo, Nicolás. No es mi intención invadir tu privacidad. Solo quiero contar una historia real, algo que muestre quién eres realmente —me muestro comprensiva

Nicolás asiente y se da la vuelta, dirigiéndose hacia la puerta. Pero antes de salir, se detiene y se gira hacia mí.

—Valeria, solo prométeme que serás justa en tu reportaje. Hay demasiadas cosas en juego.

Su mirada es tan intensa y temerosa que no tengo más remedio que asentir.

—Lo prometo, Nicolás —respondo, con sinceridad y él parece aliviado.

Al marcharse, noto como si una corriente fría recorriera mi espalda y no sé por qué.

Después de la cena, salgo a dar un paseo por los jardines. El aire fresco de la noche me ayuda a aclarar mis pensamientos y hoy lo necesito más que nunca. De repente, escucho pasos detrás de mí. Me giro asustada, y doy un suspiro al ver que es Nicolás.

—¿Puedo acompañarte? —pregunta, con una sonrisa que no llega a sus ojos.

—Por supuesto —afirmo, sintiendo cómo mi corazón late más rápido.

Caminamos en silencio por un rato, disfrutando de la tranquilidad de la noche. Los nervios me retuercen el estómago y mi cabeza busca temas de conversación sin dar con uno que me satisfaga. Para ser famosa por mi alegría constante, estoy siendo la compañía más triste. Aunque él tampoco se queda atrás. Finalmente, fue Nicolás el que rompe el silencio.

—Está siendo una semana extraña para mí. No acostumbro a tener visitas Espero que me disculpes.

—Lo entiendo. Pero para una persona acostumbrada a socializar en Nueva York, que ha vivido rodeada de gente, ¿no te ha costado acostumbrarte a esto? Es algo que me intriga.

—Vine porque lo necesitaba, sin muchas expectativas, y ahora me encanta.

Me detengo y lo miro a los ojos iluminados por la luna.

—Nicolás, sé que hay más en ti de lo que dejas ver. Llegué para descubrir al CEO de una empresa internacional, al hombre que hace vinos de calidad y consigue que lo beban en todo el mundo dejando el nombre de mi país en lo más alto. Comparando con el pequeño viñedo de mi padre, que recoge para una cooperativa, lo que has conseguido es extraordinario. Y con eso me basta para el reportaje. Pero convivir estos días contigo, sentir la pasión con la que trabajas y que, sin embargo, haya esa sombra oscura en tu mirada… No sé. Es como si creyeras que lo tienes todo para ser feliz, pero no lo seas. Como si no lo merecieras o… No sé. Como periodista, tengo suficiente. Como mujer…, quiero conocer esa parte de ti, entender lo que realmente te motiva. —Me paro para poder respirar.

Nos quedamos mirándonos, el aire entre nosotros se ha hecho denso. Siento una oleada de deseo, una necesidad de acercarme a él y de conocerlo más profundamente. Y me riño por tener ese pensamiento que no es para nada procedente.

—Valeria —se dirige a mí con aspecto confuso, y yo me arrepiento de mis palabras—, creo que es mejor que volvamos al castillo. Mañana es tu último día de trabajo si te vas el viernes y quiero estar seguro de qué vas a contar sobre mí. Además, aún no hemos hecho todas las fotos.

Asiento frustrada porque Nicolás haya roto el embrujo al poner frente a mí la realidad. Si por alguna de sus miradas puedo sospechar que tiene algún interés en mí, me acaba de dejar claro que no. Comenzamos a caminar de regreso en silencio, yo con la tensión agarrada en mi garganta y él con la mirada fija al frente.

Al llegar al castillo, nos despedimos en la entrada. Mientras subo las escaleras hacia mi habitación, de espaldas a él, no oculto mi frustración. Había fantaseado con que sus manos curtidas recorrieran mi piel. Podía sentir la tensión entre nosotros que seguía aumentando cada día. Su voz sexy no ayudaba a convencerme de que no podía entregarme a él por más que me apeteciera probar su sabor.

A la mañana siguiente, me propongo seguir a Nicolás mientras supervisa las labores en el viñedo. A pesar de su reticencia a hablar sobre su pasado, sé que hay algo más que no quiere revelar. Me mantengo cerca, observando y haciendo preguntas ocasionales, pero también dándonos espacio, a él para que elija qué contarme y a mí para no excitarme con su cercanía.

En un momento dado, mientras inspecciona una de las bombas de riego que habíamos arreglado unos días antes, decido abordar el tema de una manera diferente.

—¿Prefieres este trabajo tan…. físico a ser el CEO de una distribuidora de vino en Nueva York? ¿Tan malos momentos viviste allí? —pregunto, tratando de sonar comprensiva y no inquisitiva, a la espera de tirar de un nuevo hilo para mi reportaje—. Es un cambio de vida poco habitual.

Nicolás se queda en silencio por un momento, como si estuviera considerando si debía responder.

—Me gustaba mi vida allí, supongo que porque no conocía otra. Me crié en Manhattan y aquí solo venía en verano de visita. Hubo de todo, supongo que los buenos momentos se vieron ensombrecidos por los malos —responde con demasiada ambigüedad, sin embargo detecto que su voz está cargada de una tristeza que no había mostrado hasta ahora.

—¿Qué pasó realmente? ¿Por qué decidiste dejarlo todo? —insisto, sabiendo que estoy pisando terreno peligroso. Es el último día y, por tanto, mi última oportunidad.

Él suspira y se pasa una mano por el cabello, claramente molesto.

—Hubo... complicaciones. Cosas que preferiría no revivir. Nueva York se convirtió en un lugar donde no podía encontrar paz y entonces tuve que venir a hacerme cargo de la herencia. Pensé que lo arreglaría en unas semanas, y ya ves, llevo aquí un año —me cuenta con tono firme pero con un matiz de vulnerabilidad.

No quise presionar más, pero su respuesta me deja con la clara impresión de que hay algo profundo y doloroso que aún no ha salido a la luz. El silencio que sigue es extraño, y siento una una incomodidad que me molestaba, por lo que decido regresar antes que él.

Llego al castillo con una mezcla de pensamientos que me nublan la mente. Voy directa a la biblioteca para revisar mis notas y tratar de organizar mis pensamientos centrándome en el trabajo. Es mi última jornada aquí y quiero estar segura de que no me falta nada. Estoy tan absorta en mi trabajo que no noto la presencia de Nicolás hasta que está justo a mi lado.

—Valeria.

Su voz suave y ronca se cuela por mis oídos y me recorre el cuerpo en un escalofrío de deseo.

Me giro para encontrarme con su mirada intensa.

—Siento si hoy fui demasiado inquisitiva —me adelanto a él—. No quería hacerte sentir incómodo.

Él asiente y se acerca un poco más.

—Lo sé. Solo que hay cosas que son difíciles de hablar. Pero aprecio tu interés y tu paciencia —responde con una mirada algo más plácida.

Siento una oleada de alivio y una chispa de esperanza. Tal vez existe una posibilidad de romper las barreras que había levantado.

—Gracias, Nicolás. Prometo ser justa en mi reportaje y respetar tus límites —le aseguro con sinceridad.

—Valeria, hay algo que necesito decirte… —deja la frase a medias cuando uno de los trabajadores del castillo entra, interrumpiéndonos.

—Señor de Beaumont, necesitamos su ayuda en la bodega —dice bastante apurado, después de llamar a la puerta.

Nicolás asiente y me lanza una mirada de disculpa antes de seguir al trabajador.

Me quedo sola en la biblioteca, con la mente llena de preguntas sin respuesta. Sigo trabajando en silencio. De pronto caigo en la cuenta de que mi investigación se había ceñido a los Beaumont en Francia. ¿Y si busco su nombre en Estados Unidos? No sé cómo no se me ocurrió antes. Tecleo varias combinaciones en inglés con el nombre de Nicolás y Beaumont. Nada, lo único que consigo saber es que Natasha Beaumont, heredera de las bodegas de su padre junto a su hermano, se había casado con un inversor americano y vivía en Estados Unidos. Eso quiere decir que Nicolás no usa su apellido paterno sino el de su madre. Esa información es nueva para mí y me extraña que me haya pasado inadvertida. Si no él no me lo ha aclarado sospecho que será porque oculta algo, no creo que haya sido un descuido. Al menos eso me dice mi mi instinto periodístico.

Busco por bodegas francesas en Nueva York, CEOs y varias palabras más hasta que consigo dar con él.

Nicolás de Beaumont es en realidad Nick Griffin, un acaudalado CEO que gestiona la distribución de los vinos de su familia, junto a otros caldos provenientes de Europa en América y Asia. Su empresa mueve mucho dinero y pertenece a un grupo mayor creado por su padre, Christian Griffin, y con el patrimonio de su madre.

Salgo de las páginas de negocios para entrar en las de sociedad, pero una voz detrás de mí me hace cerrar el portátil de golpe. No quiero que Nicolás sepa que he estado indagando en su vida

en Nueva York después de prometerle que no lo haría.

Por suerte, no es él. La voz de Marianne me llega suave.

—Señora, el señor la espera en media hora en la terraza. Hemos preparado una cena especial de despedida.

—Gracias, Marianne. Allí estaré.

Subo a ducharme y a cambiarme de ropa. Me pongo un vestido azul oceáno, que se cruza por delante marcando mi cuerpo hasta la cintura, y deja un suave vuelo en la falda. Me maquillo con tonos suaves y baja a la media hora exacta.

CAPÍTULO 7

Noche de despedida

Nicolás

La luna llena ilumina la terraza del castillo, creando un escenario perfecto para nuestra cena de despedida. Valeria está sentada frente a mí, con su figura esbelta resaltada por un vestido azul que cae en suaves pliegues alrededor de sus piernas. Su cabello oscuro brilla bajo la luz de la luna y sus ojos, tan profundos como la noche, me observan con una mezcla de curiosidad y anhelo. Parece como si quisiera leer a través de mi mirada.

La luna ilumina su rostro y a mí se me hace un nudo en el estómago cada vez que observo lo preciosa que está. La alegría que es su seña de identidad la hace brillar como una estrella más. Esta noche está radiante.

Durante la cena la dejo hablar. Quiero escuchar su voz por última vez e imaginar que la cojo entre mis brazos y la beso. Llevo demasiado tiempo sin desear así a una mujer y Valeria, con esos labios que invitan a la lujuria, me la está poniendo muy dura. Ansío tocarla, sentir su piel suave bajo mis dedos.

Bebo agua fría para alejar esos pensamientos de mi mente y volver a la conversación, que todavía fluye con naturalidad.

—¿Te gusta el vino? —pregunto, sirviendo un poco más de nuestro mejor tinto.

—Es delicioso. Cada uno tiene su carácter. Como te he dicho, el blanco multivarietal es ahora mi preferido. Me ha encantado —responde Valeria levantando su copa y mirándome a través del cristal.

—Cada vino es único, como las personas. Necesita cuidado, atención, tiempo para madurar —relato con los ojos fijos en los suyos.

Siento cómo una chispa pasa entre nosotros y me parece que es recíproco. La observo mientras prueba el vino, perdido en sus labios rozando el borde de la copa, y mi mente vuela hacia las sensaciones que provocaría ese gesto sobre mi sexo. Exhalo con cautela tratando de que no note cómo me he embobado con su boca y agradezco que la mesa tape el bulto creciente bajo mis pantalones.

Después de la cena, nos quedamos en la terraza, disfrutando del aire fresco de la noche y el suave murmullo de las hojas. Valeria se inclina hacia adelante, apoyando los codos en la mesa y mirándome con intensidad.

—Nicolás, ¿volverás a Nueva York? —pregunta con demasiada curiosidad aun sabiendo que yo no quiero hablar de ello.

Sacudo la cabeza lentamente, sintiendo el peso de la pregunta.

—De momento, no tengo planes de volver. Aquí encuentro una paz que no tuve en Nueva York. Y, para ser honesto, hay cosas que prefiero dejar atrás —respondo diciendo más de lo que quería.

—Entiendo —afirma Valeria, sin dejar de mirarme.

Me levanto y camino hacia el borde de la terraza, mirando las sombras que se extienden sobre los viñedos. Enseguida siento su presencia a mi lado y me giro para encontrarme con sus ojos.

—Valeria —susurro con voz ronca, esa que hace tanto tiempo que no uso con una mujer.

Ella da un paso que la acerca más a mí. Su cuerpo está apenas a unos centímetros del mío y nuestros brazos se rozan erizando cada pelo de mi piel.

Nos quedamos mirándonos y la distancia entre nosotros desaparece lentamente. Siento que una oleada de deseo me recorre el cuerpo, y la necesidad de acercarme más, de tocarla y sentirla pegada a mí, se hace insoportable. Sin pensarlo, extiendo una mano y acaricio su mejilla. Su piel es suave y cálida bajo mis dedos y un suspiro escapa de sus labios.

—Valeria —susurro de nuevo, con más profundidad aún, acercándome del todo.

—Nicolás —responde ella en un murmullo.

Nuestros labios se encuentran en un beso suave al principio, pero que rápidamente se vuelve más intenso, más urgente. Si primero acaricio sus labios para sentir su suavidad y humedad, luego la saboreo con lentitud, aumentando el deseo. Siento cómo sus manos se enredaban en mi cabello y cómo su cuerpo se acerca más al mío. La beso con todo el deseo y la pasión que he estado reprimiendo, sintiendo cómo cada barrera que había levantado se desmorona y que, por fin, inició un intercambio con ella que llena mis vacíos y mis grietas.

Nos separamos por un momento y veo cómo traga saliva. Su garganta se mueve con suavidad y deseo que se arquee para mí.

Entonces abre la boca demandando la mía y nuestras lenguas se enredan, suaves al tacto y frenéticas al moverse. Estoy a punto de perder el control. Nos devoramos mutuamente mientras nuestras manos viajan ansiosas por el cuerpo del otro. Me coge del pelo y enreda sus dedos en él mientras yo noto cómo sus músculos se tensan y su cadera se frota con la mía.

Rompemos el beso respirando con dificultad.

—Quiero estar dentro de ti —susurro contra su oído.

Ella asiente, con una sonrisa que curva sus labios y enciende el calor en mi bajo vientre.

—Ven conmigo —le pido, tomando su mano y llevándola al interior del castillo.

Nos movemos rápidamente a través de los pasillos, la urgencia de nuestro deseo nos empuja hacia adelante. Llegamos a mi habitación y cierro la puerta tras nosotros, aislándonos del mundo exterior. La atraigo hacia mí, besándola de nuevo, sintiendo cómo su cuerpo responde al mío.

—¿Estás seguro?—murmura Valeria, con los labios rozando los míos.

—Completamente. Creo que te deseo desde el primer momento en que te vi.

La vuelvo a besar, aún con más hambre que antes, y sus suspiros al hacerlo me indican que ella

lo desea tanto como yo. Sus manos se enredan en los bajos de mi camisa que me he sacado del pantalón, mientras yo luchaba por deshacer el nudo del cinturón de su vestido cruzado.

Cuando lo consigo, me separo de ella y observo cómo se abre la tela ante mí como las cortinas de un teatro dejando a la vista su cuerpo, tan perfecto. Paso las manos por debajo del vestido a la altura de los hombros y este cae por la espalda dejándola solo con la ropa interior. Un sujetador de encaje que deja a la vista sus pezones rosados y una braguita mini a juego que guarda un tesoro por explorar.

La apoyo en la pared atrapada entre mis brazos sin dejar de mirarnos a los ojos. Mi mirada baja a sus labios jugosos, sus pezones duros debajo del escueto sujetador y de nuevo a sus ojos que brillan de deseo.

Muevo una mano y le acaricio en la mejilla. Bajo por el cuello y la clavícula hasta el valle entre sus pechos y me relamo de anticipación. Separo la tela y lamo sus pezones que me reciben tensos, expectantes y maravillosos. El olor de su piel me embriaga. Ella gime de placer y retuerce su cuerpo frotándose contra mí. Estoy seguro de que su sexo debe estar palpitando esperando su turno. Llevo las manos a sus nalgas para alzarla y que me abrace con las piernas en torno a mis caderas. Nuestros sexos se rozan. Así la llevo a la cama, con las miradas echando fuego.

Al llegar a la zona del dormitorio, nos despojamos de la ropa que quedaba. Tumbada y expuesta para mí, recorro su cuerpo con los labios y la lengua, saboreo su humedad y como lo que me ofrece hasta provocarle un orgasmo. Su placer es mi placer. Llevo tantos meses sin un momento como ese que temía ser demasiado brusco. La miro y solo veo satisfacción, así que me coloco sobre ella, la beso en la boca con ardor y con la mano me ayudo para rozar su puerta ya preparada para mí. Me entierro en ella y la gloria, la plenitud, el edén no son nada comparado con lo que siento al estar dentro de Valeria. El movimiento de sus caderas guia mis empujes, sus ganas motivan las mías, y su grito de placer al conseguir su segundo orgasmo se suman al mío al alcanzar la gloria.

Es increíble, y es más que una llamada de la carne. Cada toque, cada caricia, cada beso los vivo como una promesa, una afirmación de lo que sentimos los dos. La comunión es perfecta.

La pasión que ha estado contenida toda la semana finalmente explota, llevándonos a un lugar donde solo existimos nosotros dos.

Siempre recordaré esta noche en la que, bajo la luz de la luna que se filtra por las ventanas, nos entregamos el uno al otro. Es una noche de descubrimiento, de conexión, de amor. Siento cada uno de sus suspiros, cada latido de su corazón y sé que no hay vuelta atrás. Valeria ha roto todas mis barreras y me ha mostrado lo que es amar de nuevo.

Cuando el amanecer comienza a pintar el cielo con tonos de rosa y naranja, nos quedamos en silencio, abrazados, disfrutando del calor y la tranquilidad del momento.

—Valeria, lo de anoche…

—¿Qué? —dice con una sonrisa picarona en el rostro más bello que he visto nunca.

—Fue increíble.

—Lo sé. Fue muy especial —responde sonriendo. En sus ojos veo tanta felicidad como debe de haber en los míos.

Pero en este instante recuerdo que se marcha ese mismo día y una ola de tristeza me invade.

CAPÍTULO 8

Sabía que había algo turbio

Valeria

He vuelto a mi apartamento en París después de una semana intensa en el castillo de Nicolás. Mientras ordeno mis papeles y trato de poner en orden mis pensamientos, no dejo de recordar nuestra última noche juntos. La forma en que me miraba, la ternura de sus caricias y la pasión que compartimos, me había dejado con la piel ardiente, el corazón lleno de sentimientos encontrados y la sombra de la duda dentro de mí.

Sin embargo, la realidad pone todo en su sitio. Ahora debía escribir el reportaje, entregarlo y olvidarme de Nicolás. Seguro que para él, como hombre irresistible y rico, solo fui una más. Y no me importa porque el deseo que tenía por él desde el primer día se me hacía insoportable. Aunque me quedara con ganas de repetir y con la incertidumbre de si podía haber algo más entre nosotros.

Cuando le envie el artículo antes de publicarlo, como le prometí, podré hablar de nuevo con él. Mientras tanto, mejor olvidar el tema y escribir solo sobre el señor de Beaumont, viticultor y bodeguero.

El ruido constante de la ciudad de fondo, tan diferente del tranquilo campo francés, me devuelve a la realidad. Suspiro y me dirijo a mi escritorio, decidida a finalizar el primer borrador del reportaje y llevarlo a mi jefe. Sé que debe que ser justo y honesto, pero también quiero proteger a Nicolás, sabiendo lo mucho que le costaba abrirse. Cumpliré mi promesa de solo hablar de los viñedos y de los antepasados Beaumont.

Enciendo mi ordenador y empiezo a revisar mis notas, acercando la silla a la mesa. Es entonces cuando me doy cuenta de que había dejado una búsqueda a medias. La comencé antes de la cena de despedida en el castillo, pero nunca volví a ella. Decido retomarla, más por curiosidad que por otra cosa, antes de ponerme a redactar el borrador.

La búsqueda me había llevado a varias páginas de sociedad de Estados Unidos y empiezo a hacer *scroll* sobre los resultados. El nombre de Nick Griffin aparece vinculado a una serie de titulares alarmantes. Mi corazón se acelera mientras leo las palabras «denuncia», «malos tratos» y grito de horror cuando leo «violación». Me froto los ojos y bebo agua para calmarme antes de volver a leer todas las noticias, no solo los titulares. La bomba es que la exnovia de Nicolás, Isabelle, lo ha acusado de estos crímenes y lo están buscando. El juicio será pronto.

Siento que una ola de rabia y confusión me inunda. ¿Cómo puede ser? ¿El hombre educado y elegante con el que he compartido momentos tan íntimos y vulnerables es el mismo que ha sido acusado de algo tan atroz?

Me levanto de mi silla y comienzo a caminar por la habitación, tratando de procesar la información. Cada vez que pienso en los ojos de Nicolás, en la forma en que me miraba, con tanta sinceridad, siento que algo no cuadra. Pero, ¿y si todo ha sido una fachada? ¿Y si realmente es culpable de esos horribles crímenes y se esconde en la soledad de su castillo? ¿Por eso no usa su nombre real y se oculta bajo el apellido de su madre? ¿Esa es la razón de su cambio de vida y de que aceptara la herencia con tanta prisa? Le vino bien, eso seguro.

Me siento traicionada y derrotada. Una parte de mí no lo quiere creer, a pesar de que las palabras están ahí, en la pantalla del ordenador.

Son reales. Por más que leo, la información es la misma en todos los *links*. Ahora entiendo la razón de que no me quisiera contar nada de Nueva York. Todo cuadra y mi ira va en aumento.

Volviendo a mi yo periodista, una duda me taladra la mente. Tengo que decidir qué hacer con esta información. Sé que tengo la responsabilidad de ser honesta en mi reportaje, pero también sé que esto puede destruir a Nicolás, sin importar si es culpable o no. Y además, le había hecho una promesa.

Vuelvo a sentarme y miro fijamente la pantalla del ordenador. Tengo todas las noticias delante de mí, pero me faltan las respuestas. Decido llamar a mi jefe, Johan, para hablar sobre el borrador y lo que he descubierto.

—Johan, necesito hablar contigo sobre el reportaje de Nicolás de Beaumont —anuncio, tratando de mantener la voz firme.

—Claro, Valeria. Ven a mi oficina mañana por la mañana y lo discutimos. ¿Todo bien? —se preocupa al notar la tensión en mi voz.

—Sí, solo necesito un poco de claridad sobre algo que he encontrado y que me ayudes a darle el tono final al reportaje —respondo, sin dar demasiados detalles.

Cuelgo y me dejo caer en la silla. ¿Qué debo hacer? No quiero traicionar a Nicolás, pero tampoco puedo ignorar la verdad, no sería profesional. La noche que habíamos pasado juntos, la conexión que habíamos sentido, todo eso se veía empañado ahora por la duda y la desconfianza.

Me propongo volver a revisar la información, buscando cualquier indicio que pueda darme una pista sobre la verdad. Leo los artículos nuevamente, esta vez con más atención. Las acusaciones de Isabelle son serias, pero también noto que no han encontrado muchas pruebas concretas. Parece más una campaña de difamación que una acusación basada en hechos sólidos. Pero eso solo es mi conclusión de periodista y totalmente condicionada por lo que Nicolás me hizo sentir.

Aun así, no puedo ignorar ese tipo de acusaciones. Decido incluir una referencia a ellas en el reportaje, pero de manera que no dañe innecesariamente a Nicolás hasta que se conozca la verdad. Eso supone que tendré que caminar sobre una línea muy fina entre ser justa y proteger a alguien que, en el fondo, todavía quiero creer que es inocente.

Hago dos versiones del reportaje que envio a Johan por *e-mail*, ya entrada la noche, para no caer en la tentación de levantarme en mitad de la cama y borrarlo todo.

Me voy a dormir llena de dudas y preguntas sin respuesta, con la certeza de que el día siguiente será crucial, no solo para el reportaje, sino también para mi relación con Nicolás. Tengo que enfrentarme a la realidad y tomar una decisión, aunque me duela en el alma.

Madrugo, inquieta, y salgo a correr por el parque para aclarar mi mente. Después, me dirijo a la oficina de Johan con el borrador del reportaje en la mano. Cada paso que doy lo siento como si estuviera caminando hacia un juicio, no solo de mi trabajo, sino también de mis sentimientos por Nicolás.

Cuando llego, Johan me recibió con una sonrisa, pero su expresión cambia cuando ve la seriedad en mi rostro.

—Valeria, ¿qué sucede? —pregunta, mientras toma asiento detrás de su escritorio—. ¿Tiene que ver con que me mandaras dos versiones del trabajo? No he querido leer ninguna hasta saber la razón.

—Sucede que he encontrado algo sobre Nicolás de Beaumont que no sé si debemos pasar por alto. Su exnovia lo ha acusado de malos tratos y violación. Sea o no cierto, ¿crees que debemos dejarlo fuera del reportaje? —pregunto dejando la decisión a él.

Johan se inclina hacia adelante, tomando el borrador que le entrego en papel y revisando rápidamente las páginas.

—Esto es grave, Valeria. Necesitamos ser muy cuidadosos con cómo manejamos esta información. No podemos destruir a alguien sin pruebas concluyentes. Se supone que nos encargaron un reportaje para levantar la empresa y esto lo hundiría más —reflexiona.

Asiento, sabiendo que tiene razón.

—Lo sé. Por eso quería hablar contigo antes de tomar una decisión. Quiero ser justa, pero también quiero proteger a Nicolás hasta que se sepa la verdad —respondo—. Le prometí que solo hablaríamos de la relación de su familia con el mundo del vino, de cómo trabajan y de sus proyectos actuales como Nicolás de Beaumont. Nick Griffin es un nombre que he conocido por mí misma. Él jamás hizo referencia a su identidad en Nueva York.

Johan asiente y me devuelve el borrador.

—En ese caso, podemos tirar por la calle del medio sin comprometernos ni nosotros ni a él —concluye, con una sonrisa de apoyo—. Si es acusado, saldrá a la luz de una forma u otra, pero nuestro artículo será anterior puesto que aún no ha habido juicio. Para quien nos critique, nos podemos amparar en que fue una entrevista enfocada al viñedo y su vida en Francia. Hay que sacarlo cuanto antes para que las fechas de publicación y del juicio no estén cerca. ¿Sabes cuándo será?

—No. No lo sé.

—En ese caso, cuanto antes publiquemos, mejor. Dale forma de entrevista y entra lo justo en lo personal: cómo vive, cómo se comporta con sus empleados y contigo, si se involucra en el trabajo de campo, etc. Habla del origen del viñedo y céntrate en lo que te haya contado. Este nunca ha sido un trabajo de investigación sino de conocer el viñedo y el castillo desde dentro. ¿Podrás hacerlo?

—Por supuesto. Gracias, Johan.

Paso el resto del día revisando y reescribiendo el reportaje, tratando de encontrar el equilibrio perfecto. Mientras lo hago, no puedo dejar de pensar en Nicolás, en lo que ha compartido conmigo y en lo que he descubierto. Por más que le doy vueltas, no me lo puedo creer, y la idea

me llena de temor y tristeza.

Me intriga tanto que busco de nuevo a Nick en Internet para ver sus fotos por si hay dos personas con el mismo nombre y todo ha sido un error. Pero no, es él. Más joven y con Isabelle a su lado, una de las mujeres más bellas que he visto nunca.

Por fin, termino el borrador y se lo envio a Johan para que lo revisara. Me dejo caer en la silla, agotada tanto física como emocionalmente. He tomado una decisión difícil y, aunque no sé si es la correcta, me siento en paz.

Tengo claro que me va a costar quitarme la imagen de Nicolás de la mente, dejar de recordar su tono de voz ronco y profundo, sus manos sobre mi cuerpo que me encendían con solo rozarme y sus besos profundos e intensos. ¿Cómo me he podido dejar engañar de esa manera?

Pido a una de las secretarias que envie por mí el borrador a François antes de publicarlo, como prometí, y rezo para que no le parezca mal lo que he escrito. Vuelvo a mirar las fotos que he elegido para el reportaje, en las que puedo comprobar que su cuerpo fornido y los rasgos de su cara, que tanto me gustan, son reales y no solo un recuerdo.

Mi relación con el CEO y viticultor Nicolás de Beaumont ha llegado a su fin.

SEGUNDA PARTE

NUEVA YORK

Seis meses después

CAPÍTULO 9

Regreso a Nueva York

Nicolás

El avión aterriza en Nueva York con un suave temblor, sacándome de mis pensamientos. Miro por la ventana cómo la ciudad aparece bajo el ala, con los edificios iluminados como estrellas en la noche. Ha pasado un año y medio desde que me fui a Francia y, aunque mis viñedos en Europa me han dado la paz que necesitaba, regresar a Nueva York significa encontrarme con las sombras de mi pasado.

Aquí no soy Nicolás de Beaumont, sino Nick Griffin. He usado el apellido de mi madre en Francia para mantener mi anonimato y protegerme del escándalo que estalló en Nueva York. La acusación de Isabelle, mi ex novia, puso mi vida patas arriba y, aunque he intentado encontrar consuelo en la distancia, el peso de la verdad siempre me persigue. El juicio está cerca y mi asistencia es obligatoria. Mi plan era aprovechar el viaje para estar presente también en mi empresa de distribución de vinos que, aunque la sigo gestionando desde la bodega en Francia, es importante hablar con mis empleados cara a cara.

Me acomodo en el asiento y suspiro. No he vuelto a saber nada de Valeria desde que se fue del castillo, hace ya seis meses. A pesar de mis esfuerzos por localizarla, mis *e-mails* se han quedado sin respuesta y su agencia me dijo que está trabajando en un proyecto internacional sin acceso fácil a las comunicaciones. Me sonó a excusa, porque ni siquiera fue ella quien me envió el reportaje, sino que lo hizo a través de una secretaria. Echo de menos su risa, su inteligencia y la forma en que me hacía sentir vivo. Algo de lo que me di cuenta cuando se fue. Pero la vida sigue, y ahora debo centrarme en preparar mi defensa contra las acusaciones de Isabelle.

De lo que me alegro es de que ell reportaje de Valeria ha sido un éxito rotundo. Publicado en varios idiomas, llegó a diferentes países, lo que ha hecho que aumenten las ventas de mis vinos. Se está hablando de ellos y todos los restaurantes de lujo quieren tener un Beaumont en su carta. Sin duda, su artículo ha dado un impulso renovado a la bodega. Pero a pesar del éxito profesional, no puedo sacarme de la cabeza la última noche que pasamos juntos, la conexión que compartimos. Guardo en mi memoria cada beso que nos dimos, sus caricias, el olor de su pelo y de su piel. Cada noche rememoraba en mi cama todos y cada uno de los momentos de ese momento, con el único consuelo de mi mano sobre la erección que me provocaba su recuerdo.

Cada vez que miraba los viñedos, su rostro aparecía en mi mente, y me parecía verla trabajando en mi biblioteca como si siguiera a mi lado. Me pregunto qué fue lo que pasó para que desapareciera de esa manera. Quizá la conexión que yo sentí, no fue igual para ella.

Por fin aterrizamos y piso suelo americano. Paso por mi apartamento para dejar el equipaje y asearme y, desde allí, antes de que el cansancio y el *jetlag* me venzan, llamo a mi chófer. El

coche me lleva directamente a las oficinas de mis abogados en el centro de Manhattan. Necesitamos preparar la estrategia para el juicio que se avecina, una batalla legal que determinará mi futuro y mi reputación.

—Señor Griffin, es un placer verlo de nuevo —me saluda James Grant, mi abogado principal, al verme entrar.

—Gracias, James. Vamos a ello. Dame buenas noticias, por favor —le pido tras estrechar su mano.

Nos sentamos en una sala de reuniones elegante y moderna, con ventanas que ofrecen una vista impresionante de la ciudad. James y su equipo despliegan documentos y carpetas sobre la mesa, poniéndome al día de los puntos clave de nuestra defensa.

—Hemos recopilado pruebas que desacreditan las acusaciones de Isabelle. Hay inconsistencias en su historia y testigos que pueden testificar en tu favor —explica James, mientras me entrega una carpeta con todos los detalles.

—¿Y el impacto mediático? —pregunto, sabiendo que esto también es una guerra que librar. Aunque sea inocente, ya se han cebado a gusto con mi imagen y no estoy dispuesto a pasar por ello otra vez.

—Como te informé, estamos trabajando con un equipo de relaciones públicas y comunicación para gestionarlo desde todos los ángulos posibles. El reportaje que te hicieron en Francia ha llegado a algunos medios y parece que ha ayudado a mejorar tu imagen pública. Aunque algunos creen que lo haces para lavar tu imagen y que todo es mentira, otros medios te ven ahora como una víctima de una venganza personal —responde James—. En la carpeta tienes los resúmenes de prensa. Si quieres ver el material al completo, te lo paso por *e-mail*.

—No, de momento no tengo interés en ver nada de la basura que hayan podido decir, gracias. Guardadlo vosotros mejor.

El último artículo que leí sobre mí fue el de Valeria. Me hubiera gustado poder agradecerle en persona lo que supuso para mí, ver sus ojos una vez más y escuchar su voz alegre y sensual, su risa ronca que encendía mi vientre la noche de la despedida. Me pregunto si habrá descubierto mi verdadero nombre, si ha leído algo sobre el juicio y las acusaciones que se ciernen sobre mí. De ser así, lo más probable es que haya decidido mantenerse lejos. No la culpo por ello.

La reunión se prolonga durante horas, porque revisamos cada detalle y cada estrategia. Al salir de la oficina, me siento agotado, pero más confiado. La batalla no va a ser fácil, pero estoy preparado para luchar con el mejor equipo de abogados de la ciudad.

Regreso de nuevo a mi apartamento en el Upper East Side. Se nota que ha estado vacío durante meses, con la única presencia del servicio que lo mantiene para mí. Al entrar, el silencio me recibe como un viejo amigo. Miro alrededor, observo los recuerdos de mi vida pasada, los objetos que ahora parecen pertenecer a otra persona. ¿Tanto he cambiado desde mi marcha? ¿Qué queda de Nick?

Me siento en el sofá, con los pies descalzos sobre la mesa, y enciendo la televisión para distraerme, mientras disfruto de la cena que la señora Roberts me ha dejado preparada en la nevera. El azar hace que una serie, *Emily in Paris*, se quede puesta en el televisor y mis pensamientos vuelven a Valeria, a la última vez que la vi. La frescura de la protagonista me

recuerda a ella, que es tan alegre como Emily. Tomo mi teléfono y reviso los *e-mails* que le he ido enviando desde que se marchó, todos sin respuesta. La frustración y la añoranza se mezclan en mi pecho, creando una sensación de vacío.

Decido salir a caminar, con la esperanza de que el aire frío de la noche despeje mi mente. Las calles de Nueva York están llenas de vida, pero yo me siento como un espectador en una película en la que no participo. Paso por delante de un café y, sin pensarlo, entro y pido un café para llevar.

Mientras espero a que lo hagan, mi teléfono vibra con una notificación. Es un mensaje de James, que a pesar de la hora sigue trabajando. Para eso le pago una escandalosa cantidad de dinero.

—Nick, hemos recibido nueva información sobre Isabelle. Necesitamos discutir esto urgentemente. ¿Puedes venir mañana a primera hora?

Suspiro y respondo que allí estaré. Parece que las cosas están cambiando rápidamente y necesito estar preparado para cualquier eventualidad.

Regreso al apartamento para intentar dormir, pero el sueño me es esquivo por culpa del *jetlag*. El insomnio hace que mis pensamientos vuelvan a Valeria, a lo que hemos compartido y a lo que podría haber sido. Me pregunto si alguna vez podré volver a encontrar la paz que sentí con ella, si alguna vez podré superar la sombra que Isabelle había dejado en mi vida.

Saco a mi ex de mi cabeza y me quedo con Valeria. Sueño despierto en que juego con ella, con su cuerpo, y la imagino desnuda frente a mí. Acaricio mi sexo como si fuera ella la que lo hiciera y pienso que es una buena forma de relajarme para encontrar el sueño. Tras aliviarme visualizando que ella se corre a la vez que yo, trato de dormir pero no puedo. Salgo desnudo de la habitación para prepararme una copa que me tomo despacio en la terraza. Las luces de un Nueva York que nunca duerme me llevan a pensar en cuántas personas, detrás de cada una de las ventanas, estará ahora gozando de su persona amada y una punzada de desconsuelo atraviesa mi pecho.

A la mañana siguiente, con mucho sueño, me dirijo a la oficina de James, cansado pero esperanzado. Entro y me encuentro con él, esperándome.

—Nick, qué cara de sueño traes, chico. ¿Mala noche?

Tras saludarme, pide a su secretaria que nos traiga café.

—El *jetlag*, ya sabes —sonrio cansado.

—Bueno, pues no te entretengo mucho. Aquí tienes un café. Mira, te he llamado porque hemos encontrado pruebas contundentes que podrían cambiar el rumbo del juicio. Han visto a Isabelle reuniéndose con competidores directos de tu distribuidora, lo que sugiere que sus acusaciones pueden tener motivos financieros y de venganza. Hemos hablado con varios empleados —va contando James mientras me muestra fotos y documentos.

Siento una oleada de alivio y rabia a mismo tiempo. Isabelle no solo ha tratado de destruirme personalmente, sino también profesionalmente. Nos toca usar esta información sabiamente, porque eso no significa el fin de la batalla.

—Esta información nos da una gran ventaja, James. Pero también debemos ser cautelosos. No podemos permitirnos ningún error —respondo con firmeza.

Pasamos las siguientes horas delineando nuestra estrategia con la nueva información, asegurándonos de que cada uno de nuestros pasos esté meticulosamente planeado. Al salir de la reunión, me siento más seguro, pero también más cansado.

Aunque necesito dormir, prefiero dar un paseo por Central Park, y buscar un momento de paz en medio del caos, al aire libre. La única manera de no darle vueltas al juicio es pensar en Valeria. Me duele pensar que tal vez nunca volveré a verla, pero también sé que ahora debo concentrarme en el presente. Ojalá la tuviera cerca para encontrar el consuelo que tanta falta me hace. Estoy seguro de que sus caricias serían el remanso que necesito y no quiero ni otras manos ni otro cuerpo sobre mí. ¿Qué me has hecho, Valeria, que solo te quiero a ti?

CAPÍTULO 10

Del éxito a la sorpresa

Valeria

Los últimos seis meses he vivido en un torbellino. Desde que publiqué el reportaje sobre las bodegas y viñedos Beaumont, mi carrera ha despegado de una manera que nunca hubiera imaginado. El artículo se tradujo a varios idiomas y se publicó en revistas de gastronomía y vinos de todo el mundo. Mi nombre se convirtió en sinónimo de calidad y conocimiento profundo del sector, y pronto empecé a recibir invitaciones para asistir a tertulias y entrevistas.

De Nicolás no he sabido nada más. El contacto con él y su empresa lo delegué en la secretaría de la agencia y no he contestado a los *e-mail* que me envió. Descubrir la razón de que ocultara su verdadera identidad me supuso una gran decepción y me cargó de dudas, porque la acusación es muy grave. Aunque no me parece un hombre que pueda comportarse así, nunca se sabe. Preferí prevenir que verme envuelta en algo tan terrible y por eso me he alejado de él.

Por suerte, no he tenido mucho tiempo para pensar en ello. Mi éxito profesional, gracias a él, me ha permitido viajar por el mundo, cubriendo eventos y visitando bodegas en Francia, Italia, España y más allá. Algunos de los lugares que he visitado me recordaban al viñedo Beaumont y al tiempo que pasé en el castillo de Nicolás, de las conversaciones que compartimos y de la noche en la que ambos dimos rienda suelta a nuestros deseos más primitivos. Pero soy consciente de que eso es el pasado y que tengo que enfocarme en el presente y en las oportunidades que se me presentan.

Hace tres meses recibí una oferta para escribir un libro sobre la historia y la cultura del vino en Estados Unidos. Lo vi como una oportunidad increíble, una que no pude rechazar y que me introduce en el mundo editorial. Me hizo tanta ilusión que me he sumergido en el proyecto con entusiasmo, investigando y escribiendo, tratando de capturar la esencia del mundo del vino estadounidense en cada página.

El único *pero* de estos meses de éxito es la soledad. Tanto viaje me empieza a cansar. Las noches solitarias en habitaciones de hotel se me hacen eternas y añoro tener cerca un hombre con el que compartir mis momentos; los buenos y los malos. Sin embargo, mis amigas me dicen que tengo mucha suerte, porque soy libre y puedo acostarme con quien quiera. Como si en cada ciudad que visito tuviera a un tío esperando dispuesto a regalarme una noche de sexo brutal, como la que tuve con Nicolás. Creo que leen demasiadas novelas.

Para mi estancia en Estados Unidos he decidido instalarme en Nueva York y pasar en hoteles el mínimo de noches posible, por lo que he alquilado un pequeño apartamento. La editorial está en la Gran Manzana y, aunque tenga que viajar a California para visitar bodegas y viñedos, prefiero tener un lugar fijo al que volver. Hace solo dos días que me instalé en este apartamento en

Brooklyn Heights y aún estoy organizándome.

Esta mañana me han llegado dos cajas desde Francia. Me preparo un té helado y me siento en el suelo para vaciarlas y ordenar mi espacio. Una es de Johan y en ella encuentro material de trabajo, como el *pen drive* en que volqué toda la documentación de mis reportajes. Como soy algo masoquista, me levanto para ver su contenido en mi portátil, con el que me siento en el sofá. Reviso las carpetas hasta llegar a la de las fotos que le hice a Nicolás. Las observo despacio, recreándome en su cuerpo inclinado hacia una de las vides, con sus fuertes manos acariciando las uvas… Fijo mi mirada en ese gesto y siento que esa caricia es para mí. Veo cómo sus ojos brillan de pasión a pesar de mirarme con timidez, porque no le gustaba que le hiciera fotos. Recuerdo que en ese momento un deseo me atravesó el vientre y quise acariciar su cara y rodear su cuerpo para devorarlo con mis besos. Por supuesto no lo hice en ese momento, hasta la última noche en la que la pasión, que habíamos encendido día a día, explotó en una fogata de sexo. En la imagen en la pantalla se percibían los muslos duros sobre los que cabalgué, los brazos fuertes y el torso que pude saborear y que echaba de menos.

Con la foto delante de mí, no solo recuerdo la forma en que sus ojos se encendían cuando hablaba de sus viñedos, la pasión en su voz y su boca, que me costaba no mirar cuando me hablaba. También recuerdo las acusaciones que descubrí sobre él, las sombras que cubren su pasado y su engaño por no decirme quién era realmente y por qué se escondía.

«¿Cómo pude ser tan ingenua?», me pregunto en voz alta, mientras cierro el portátil tras sacar el *pendrive*, que guardo en un cajón de mi escritorio.

El sonido de un mensaje en mi móvil interrumpe mis pensamientos. Lo cojo y veo que es un mensaje de Becky, una amiga y colega del sector, invitándome a una cena con otros profesionales del mundo del vino.

«¡Valeria! No puedes perderte esta cena. Estarán algunos de los enólogos más influyentes de Estados Unidos. Será una gran oportunidad para tu libro», leo en el mensaje.

Acepto la invitación, con la certeza de que mantenerme ocupada me ayudará a no obsesionarme con mis pensamientos. Quién sabe, quizá conozca a alguien interesante con quien pasar mis solitarias noches neoyorquinas. Ese pensamiento me hace sonreír.

Me visto con una falda drapeada en tono maquillaje y un top a juego y voy a recoger a mi amiga en un taxi. Becky me presenta a gente muy influyente, pesos pesados en el mundo de la gastronomía estadounidense, a los que visitaré pronto para documentar mi libro o hacer posibles reportajes para los medios. Pero eso es futuro. De momento quiero disfrutar del presente y conocer a cuánta más gente, mejor.

—Valeria, ¿cómo va tu libro? He oído que estás haciendo un trabajo increíble —me pregunta John, un conocido enólogo del Valle de Napa, mientras tomamos una copa de vino.

—Va bien, gracias. Es un proyecto ambicioso que me llevará tiempo, pero estoy disfrutando con él —respondo con entusiasmo.

—Estoy seguro de que será un éxito. Y si no, siempre puedes seguir con los reportajes, yo estoy dispuesto a que me entrevistes —me dice guiñando un ojo—. Tu reportaje sobre Nicolás de Beaumont fue fascinante. Mostraste la esencia de su viñedo de una manera especial —añade, levantando su copa en señal de brindis y yo recordé que lo *especial* de esa semana no era lo que él piensa.

Sonrío a la vez que me riño por pensar en él.

—Gracias, John. Fue un trabajo que significó mucho para mí—.«No sabes de qué manera», pienso y me vuelvo a reñir. ¿Es que siempre va a revolotear Nicolás por mi mente?

Creo que necesito un polvo que saque a otro polvo, como lo de los clavos. Con los hombres que he conocido durante los últimos seis meses, no hemos pasado de los besos y poco más. O no me apetecía, o mi mente volaba a otros besos rodeada de viñas, o el tipo estaba bebido y no daba para más. Gajes de salir por la noche de ligue.

Vuelvo a la conversación que continua a mi alrededor y, aunque disfruto de la compañía y de las historias que cuentan, no podía evitar sentirme inquieta. Empiezo a creer que tengo un serio problema con esas ganas de Nicolás que abrasan mi cuerpo y ensucian mi mente.

Regreso a casa cansada y, por supuesto, sola. El apartamento es encantador, lleno de detalles bohemios y una vista al río que me ayuda a relajarme. Tiene grandes ventanales que ofrecen una vista impresionante de la ciudad, una cocina abierta y un pequeño balcón, donde me gusta relajarme con una copa de vino al final del día.

Miro alrededor, viendo las notas y documentos esparcidos por todas partes y una sensación de pereza me envuelve. La verdad es que el proyecto del libro es enorme y me va a llevar mucho trabajo.

Necesito relajarme antes de irme a dormir y no pensar en la cantidad de cosas que tengo que hacer. Me sirvo una copa de vino y me dirigí al balcón, disfrutando de la vista de la ciudad iluminada. Cojo una al azar de las varias cajas que me han hecho llegar los bodegueros y no miro lo que me servía. Al primer sorbo lo reconozco. Es el Château de Beaumont, la joya de la corona de la bodega de Nicolás que degustamos la última noche que pasé en el castillo con él. Con todo el lío de mudarme aquí, no me di cuenta de que una de las cajas que me habían regalado era de su bodega. Pero eso no era lo importante, sino el calor que siento en mi entrepierna. Con tan solo un sorbo.

Es curioso como un aroma o un sabor pueden ser el detonante para que otras sensaciones se despierten. Bebo de un trago lo que queda en mi copa y lo mantengo en la boca mientras mi lengua juguetea con el líquido hasta que lo trago; entro a casa y me voy directa a la cama. Sin desvestirme, meto mi mano por la cinturilla del pantalón hasta alcanzar el vello de mi pubis. Bajo un poco más, abro las piernas e imagino que Nicolás está ahí, masajeando mi clítoris con círculos suaves y duros, lentos y rápidos, regalándome un placer mucho más sabroso que cualquiera de sus vinos.

Mi intención de olvidarme de él se ha hecho añicos por culpa de un vino. Va a ser difícil sacarlo de mi mente si sigo recordando momentos con él. Mañana revisaré los vinos y regalaré todo lo que sea Beaumont.

Al día siguiente, me sumerjo en mi trabajo, tratando de mantener mi mente ocupada. Tengo previstas varias entrevistas programadas con dos enólogos de renombre en la sede de la revista *The Wine*, y necesito enfocarme en el proyecto al cien por cien.

Sin embargo, a medida que el día avanza, no puedo evitar sentir una creciente inquietud. Necesito las entrevistas para mi próximo artículo, pero también es prioritario tener claridad sobre mis propios sentimientos y esa adicción a la imagen de Nicolás que ha regresado a mi mente, o tal vez es que nunca se fue.

Tras las entrevistas decido dar un paseo por la ciudad antes de volver al apartamento. Quiero empaparme de la energía de Nueva York, agotarme con ella y llegar a mi casa sintiéndome viva. Durante el paseo, paso por un quiosco de prensa y me detengo para hojear algunas revistas y periódicos.

Mi corazón se paraliza. Y mi cuerpo también si hago caso a las personas que me gritan al chocar conmigo. En la gran ciudad nadie se para…

Todo por culpa de un titular que llama mi atención: «Mañana comienza el juicio por violación y malos tratos a Nick Griffin. El CEO maltratador por fin será enjuiciado y se hará justicia». Una foto suya, con traje de chaqueta y gafas de sol, aparece junto a otra imagen de una chica delgada, con falda de tubo ajustada, taconazos, melena larga y gafas de sol enormes. En letra más pequeña puedo leer: «La pobre Isabella podrá rehacer, por fin, su vida».

Me asalta una mezcla de confusión y rabia. No puedo creer que el hombre con el que he compartido momentos tan íntimos sea el mismo, acusado de hechos tan atroces. Mis manos tiemblan mientras leo el artículo, tratando de procesar la información.

De regreso en mi apartamento, me siento en el sofá, exhausta y abrumada. La noticia me ha dejado en *shock*. Estoy así un rato mientras mi mente sigue dándole vueltas a todo lo que he leído. ¿Cómo puede ser posible que Nicolás, el hombre apasionado y dedicado que conocí en Francia, sea el mismo hombre acusado de tales actos? Los recuerdos de su educación exquisita, de su amabilidad aunque tratara de ser distante al principio, de sus ojos mirándome con intensidad y de nuestra noche juntos, chocan con las imágenes que me había creado a partir de las acusaciones. El artículo lo sentenciaba antes de que hubiera juicio.

Me siento incapaz de trabajar esta tarde. Las palabras parecen perder significado ante la confusión que siento. Cierro los ojos y respiro hondo, intentando centrarme.

Mis pensamientos vuelven una y otra vez a Nicolás. Ha sido alguien importante en mi vida, y ahora está de vuelta, aunque no de la manera que me gustaría.

Lo único que puedo hacer es esperar, dejar que el juicio termine y conocer la verdad. De todas formas, tengo claro, por mucho que me cueste, que para mí es agua pasada y no lo volveré a ver jamás.

CAPÍTULO 11

El juicio

Nicolás

El juicio está siendo un verdadero calvario. Durante semanas, mis abogados y yo hemos preparado mi defensa, buscando cada detalle que pueda desacreditar las acusaciones de Isabelle. Al final, todo depende de las habilidades de mi abogado, James Grant, y de su capacidad para rebatir los argumentos del equipo legal de Isabelle.

La sala del juzgado ha estado abarrotada todos los días. La cobertura mediática está siendo intensa, y cada detalle del juicio aparece en los titulares de los periódicos y noticieros. Isabelle se presenta como siempre, impecablemente vestida. Hoy lleva un elegante traje negro que realza su figura, y su cabello rubio está recogido en un moño perfecto. Sus ojos azules, normalmente fríos y calculadores, brillan con una mezcla de desafío y resentimiento.

James comienza mi defensa con una declaración clara y contundente, desglosando cada acusación y presentando pruebas que desmontan las alegaciones de Isabelle. Introdujo testigos clave que estuvieron presentes en momentos críticos, ofreciendo testimonios que contradecían la versión de mi ex novia. Una mujer que trabajó al servicio de Isabelle testifica que la escuchó jactarse de su plan para desacreditarme cuando hablaba por teléfono.

—Isabelle siempre hablaba de cómo iba a manipular la situación a su favor —expuso la testigo, mirando directamente al jurado—. Dijo que si no podía conseguir lo que quería del señor Griffin, se aseguraría de que él tampoco pudiera recuperarse.

Después, James ha desvelado registros financieros que demuestran cómo Isabelle ha estado desviando fondos de la empresa familiar en su propio beneficio. Las pruebas son irrefutables, y el equipo legal de Isabelle parece cada vez más desesperado por contrarrestar nuestros argumentos.

Hacemos un receso para descansar. La gente sale pero yo me quedo sentado en la sala del tribunal observando al público. Me quedo helado al ver a Valeria en la galería destinada a los periodistas que cubren el juicio. Mi corazón da un vuelco y, por un momento, pienso que realmente puede ser ella, que quizá se había enterado de quién soy y está ahí por trabajo; pero es del todo extraño que así sea. Miro de nuevo, fijándome más, y me doy cuenta de que solo es alguien que se parece a ella. Quizá el deseo de verla y volver a tenerla entre mis brazos hacen que sienta su presencia aunque no esté. En cuanto este circo acabe, debería volver a buscarla y revelarle los secretos que no le conté en Francia. Cuando me libere de ellos.

La estrategia de James es meticulosa y precisa. Está presentando mensajes de texto y correos electrónicos que muestran a Isabelle instigando conflictos y manipulando situaciones para que

parecieran peores de lo que realmente son. También ha presentado testimonios de empleados que confirman mi comportamiento profesional y respetuoso en el lugar de trabajo y en mi casa.

Una de las pruebas más contundentes es un video de vigilancia que muestra a Isabelle entrando y saliendo de mi oficina en momentos clave, a escondidas, contradiciendo su testimonio de que nunca ha estado allí durante ciertos eventos. James ha hecho un excelente trabajo al destacar estas inconsistencias, ofreciendo una imagen clara de Isabelle como una mujer manipuladora y mentirosa.

La sala del tribunal se queda en silencio mientras James presenta su alegato final. El equipo legal de Isabelle ha intentado rebatir todos y cada uno de nuestros argumentos, pero sus esfuerzos parecían cada vez más desesperados y sin fundamento. La jueza ha observado todo con atención, tomando notas y haciendo las preguntas pertinentes. El jurado debía de estar pasándolo en grande como si vieran una película de sobremesa.

Tres días después de la última sesión del juicio, salgo del tribunal sintiéndome agotado pero aliviado. El veredicto aún no se ha dictado, pero tengo confianza en que la verdad prevalecerá. Camino hacia mi coche, pensando en todas las cosas que he dejado de lado durante este proceso, y la necesidad de quitarme esa losa que pesaba sobre mi espalda. Aunque me declaren inocente, ya he estado cumpliendo una pena al no ser realmente libre por los juicios paralelos que ensuciaron mi nombre.

Quizá Valeria no sabe que con ella fui realmente yo, sin esta soga que me ha estado ahogando todo este tiempo. Gracias a mantener oculto mi secreto, ella fue capaz de mostrar mi faceta más humana y verdadera en su reportaje. Me siento en deuda con ella y quiero agradecerle en persona su trabajo antes de que se entere de todo por la prensa. Espero que no sea tarde y la encuentre antes de que estas noticias se publiquen en Francia, si no lo han hecho ya.

Al llegar a mi apartamento, me encuentro con una sorpresa inesperada. Isabelle está sentada en las escaleras de la entrada, con el rostro surcado de lágrimas. Nunca la he visto así. Isabelle siempre ha sido fuerte, controladora y casi inquebrantable.

—¿Qué haces aquí? —pregunto con frialdad, manteniendo la distancia. No me fío de ella.

Levanta la vista y, por un momento, veo una vulnerabilidad en sus ojos que nunca antes había percibido.

—Necesito hablar contigo. Por favor, escúchame —solloza con voz temblorosa.

A pesar de todo lo que ha pasado, siento una punzada de compasión. No puedo simplemente dejarla allí, así que asiento y abro la puerta, invitándola a entrar.

Nos sentamos en el salón, en un silencio incómodo. Isabelle mira y retuerce sus manos, claramente nerviosa. Finalmente, toma aire y comienza a hablar.

—Nick, sé que lo que hice es imperdonable. Te acusé de cosas horribles, y no puedo justificar mis acciones, pero quiero que entiendas por qué lo hice —confiesa con la voz quebrada.

La miro fijamente, tratando de mantener la calma.

—Isabelle, nada puede justificar lo que me has hecho pasar. Pero si necesitas decir algo, hazlo ahora y te vas de aquí. Te escucho —respondo cruzándome de brazos.

Ella asiente con los ojos llenos de lágrimas.

—Todo comenzó cuando mi padre me dijo que necesitábamos ayuda financiera para salvar nuestra empresa. Él tenía muchas deudas, y yo... yo estaba desesperada. Cuando te conocí, vi una oportunidad. Sabía que si podía ganarme tu confianza, podríamos salvar la empresa. Pero después, todo se me fue de las manos —confiesa.

Siento una mezcla de ira y tristeza. Isabelle ha jugado con mis sentimientos por su propio beneficio, y ha destruido nuestra relación en el proceso.

—¿Y por qué las acusaciones falsas? ¿Por qué destruir mi vida, manchar mi nombre y el de mi familia? —pregunto sin entender nada. La ira lucha por salir y aprieto los puños para contenerme.

—Cuando casi descubres lo que estaba haciendo, supe que lo había arruinado todo. Tenía miedo de las repercusiones y de lo que podrías hacerme. Así que recurrí a las acusaciones para protegerme, pensando que si te desacreditaba, nadie creería tu versión de la historia sin perder el dinero que estaba obteniendo. Quería arruinarte a ti, pero no a tu empresa pues eso significaría arruinarme yo contigo. Otra vez.

Habla con la voz entrecortada mientras las lágrimas corren por su rostro. Mi primera reacción es borrarlas con el dedo, rozar su mejilla y consolarla, pero me detengo. No. Quizá está jugando conmigo, una vez más, y aunque no lo haga, sus acusaciones son tan graves como para no acercarme nunca más. Da igual si se arrepiente de verdad, mejor no tener contacto con ella.

En lugar de eso, me quedo en silencio, procesando sus palabras. Isabelle actuó por miedo y desesperación, pero sus acciones han tenido consecuencias devastadoras para mí.

—Isabelle, no sé si puedo perdonarte lo que me has hecho. Entiendo por qué lo hiciste, pero no escogiste la mejor forma de ayudar a tu padre. Espero que encuentres la manera de arreglar tu vida, y que aprendas de esto —digo, finalmente.

Ella asiente, sollozando.

—Gracias, Nick. Solo quería que supieras la verdad. Espero que algún día puedas perdonarme —dice, antes de levantarse y dirigirse hacia la puerta— Retiraré los cargos —añade ya en la puerta que yo sostengo para cerrarla tras ella.

—No creo que pueda perdonarte nunca. En tu conciencia tienes la penitencia de vivir con la culpa el resto de tu vida. Por mi parte, no quiero volver a verte jamás.

La veo marcharse, sintiéndome abrumado por una mezcla de emociones. Ha sido una confesión difícil de escuchar, pero también siento un extraño alivio al conocer la verdad.

El juicio está listo para sentencia y no sé si aún puede retirar los cargos. Aunque ya da igual, el mal está hecho y el juicio concluye con gran desgaste para los que hemos participado en él. Aunque tengo confianza en que la verdad prevalecerá, la noche va a ser larga pensando en todas las posibilidades. Un día más y podré volver a retomar mi vida.

CAPÍTULO 12

De sorpresas y catas

Valeria

Han pasado dos semanas desde mi llegada a Nueva York, y cada día parece estar más lleno de emociones y sorpresas en esta ciudad tan increíble y con tanta variedad de planes. El proyecto del libro avanza bien, y las entrevistas con los enólogos estadounidenses son fascinantes. Mi trabajo me hace feliz.

Como cada día de los que me quedo en casa a escribir, salgo a media mañana a despejar mi mente. Acudo a una de las muchas cafeterías acogedoras de Brooklyn Heights. Pido un café y me siento junto a la ventana, observando el bullicio de la ciudad mientras organizo mis pensamientos.

Me distraigo revisando mis redes sociales cuando mi teléfono vibra en la mano con una notificación. Es un mensaje de Becky.

«Val, me acaban de pasar dos entradas para una cata de vinos exclusiva esta noche en un hotel de Manhattan. ¿Vienes conmigo? Podrías conseguir información valiosa para tu libro, ya sabes, hacer contactos :)»

Una cata de vinos suena como la oportunidad perfecta para distraerme y al mismo tiempo avanzar en mi proyecto. Llevo unos días encerrada escribiendo y me vendrá bien relacionarme con otras personas. Respondo a Becky que asistiré y regreso a casa para prepararme para la noche. Elijo un vestido negro, elegante pero cómodo, con tirante ancho y escote en V, y me aseguro de llevar mi cuaderno de notas.

Cuando llegamos al hotel, me sorprende la cantidad de gente que asiste al evento. La sala está llena de profesionales del mundo del vino, y la atmósfera es de entusiasmo y camaradería. Me dirijo a la barra de vinos y converso con algunos de los asistentes, tomando notas sobre los vinos y las impresiones de los enólogos. Becky, como siempre, me presenta a colegas de profesión que escriben sobre gastronomía y enología.

En medio de la charla, noto a lo lejos una figura familiar. Mi corazón da un vuelco al reconocer a Nicolás, vestido impecablemente y hablando con un grupo de personas. Trato de mantener la calma y evitar mirarlo, pero la tensión en mi cuerpo es más que evidente para mí.

Creo que lo mejor es evitarlo, porque no sé cuál puede ser mi reacción, y me voy hacia el otro extremo de la sala. Sin embargo, no puedo evitar que mis pensamientos se inunden de recuerdos de nuestras conversaciones y momentos juntos en el castillo. Una mezcla de ira, decepción y ganas de tenerlo cerca se suceden por mi mente. Sensaciones contradictorias que me provocan un nudo en el estómago.

Becky se acerca a presentarme a Vera, una reportera que reconozco enseguida. Coincidí con ella en una de mis apariciones en televisión.

—Valeria, ¡qué sorpresa verte aquí! —exclama con una sonrisa—. He seguido tu trabajo desde que nos vimos por el reportaje de Nicolás de Beaumont. Fue increíble. ¿Tienes algún proyecto nuevo en mente?

Sonrío, contenta por la coincidencia.

—Sí, estoy trabajando en un libro sobre los vinos y los enólogos de Estados Unidos. Es un proyecto que me tiene totalmente absorbida —le cuento.

—Eso suena fascinante. Pero dime, cambiando de tema —me dice bajando la voz—, ¿qué opinas del juicio de Nick Griffin? Porque supongo que sabes que el flamante Nicolás de Beaumont es el cuestionando Nick Griffin. A juzgar por tu reportaje, parecen personas diferentes —ríe.

Siento que mi estómago se hunde. No quiero hablar de Nick, y menos en público y con una reportera de la que no sé demasiado. Puede que fuera una pregunta inocente o todo lo contrario.

—Prefiero no comentar sobre eso. Es su vida privada y yo estoy aquí para centrarme en mi trabajo y en el mundo del vino, y del señor de Beaumont solo me interesa su faceta de bodeguero. El resto no es asunto mío —respondo dando otro trago a la copa de vino tratando de disimular mis nervios.

La reportera asiente, pero su mirada no deja de ser curiosa. Me excuso y me alejo, sintiendo que necesitaba aire, porque me está poniendo nerviosa. Salgo al balcón y respiro profundamente, tratando de calmarme. La noche es fresca y tranquila, un contraste con el bullicio que me llega desde el interior.

Observo las luces de la ciudad, mientras mi mente volvía una y otra vez a Nick. Es cierto que ha sido declarado inocente, pero aún así, la incertidumbre y la posibilidad de encontrarme con él me tienen en vilo.

Estuve leyendo artículos de la prensa que detallaban los argumentos de ambas partes. Los testimonios de los empleados de Nick y las pruebas presentadas por su abogado pintaban una imagen muy diferente al Nick de las acusaciones de Isabelle. Se supone que ella lo traicionó, pero, ¿por qué?

Unos días antes, cuando se celebraba la última sesión, acudí al juzgado pero no llegué a asistir. Al llegar al edificio, vi la entrada llena de periodistas y curiosos, todos esperando el desenlace de este caso tan mediático. Pensé que no iba conmigo y que haría mejor alejándome de circos como ese. Me di la vuelta y me largué.

Beaumont o Griffin, daba igual, hay algo misterioso en él y lo mejor es olvidarlo.

CAPÍTULO 13

Búsqueda y deseo

Nicolás

La cata de vinos en el hotel de Manhattan a la que me ha llevado Graham, mi amigo y mano derecha en la empresa, son un intento de distracción de mis problemas. Ya es hora de asumir mi papel de CEO de la distribuidora de vinos familiar, la más importante de EEUU, mientras esté en Nueva York, y el *networking* es parte del trabajo.

A pesar de ello, voy con miedo a que la gente me señale por el juicio, que me pregunten sobre él o me muestren su disconformidad, pero de momento no ocurre. Mis compañeros de profesión me respetan. Aun así, procuro permanecer en un lugar apartado de la reunión. Desde mi pequeño refugio veo claramente a Valeria. Primero no lo creo y pienso que será una visión como el día del juicio, pero sí, es ella y el colega con el que hablo lo corrobora.

Cuando la veo, todo lo demás desaparece. Está de pie al otro lado de la sala. Nunca la había visto arreglada para una fiesta y me parece que está espectacular. Su figura elegante destaca entre la multitud. Lleva un moño alto, con mechones sueltos enmarcando su preciosa cara, que deja la nuca a la vista; esa nuca que me muero por besar. El vestido negro resaltaba sus curvas, y el escote en V deja a la vista el lugar por el que mi lengua pasó varias veces hacía ya demasiado tiempo. Necesito volver a verla, tenerla cerca de mí y saber si lo que echo de menos es a ella o a la imagen que me ha quedado de la noche que pasamos juntos.

No puedo dejar de observarla. Su sonrisa ilumina el gran salón del hotel mientras habla con una reportera que conozco demasiado bien.

Siento una punzada de miedo mezclada con deseo. La reportera, famosa por su insaciable hambre de escándalos, es capaz de convertir cualquier conversación en un titular sensacionalista. No puedo permitir que Valeria se vea atrapada en su red.

Voy a esperar a que acaben de hablar para acercarme a Valeria. No debo exponerme a que la malvada Vera Parker saque a relucir mi vida pasada y todo el morbo que ha provocado el juicio con Isabella.

Me distraigo hablando con Graham y otras personas y no me doy cuenta de cuando se han separado. Veo a Vera pero no a Valeria, que ya no está con ella. Me quedo donde estoy, sintiendo la frustración burbujear dentro de mí. Miro a mi alrededor, buscándola frenéticamente, pero es como si se hubiera desvanecido en el aire.

Paso el resto de la noche buscando entre la multitud, moviéndome con cautela para evitar conversaciones sobre mí. No puedo quitarme de la cabeza la imagen de Valeria, su risa, su mirada intensa y su boca tan sensual. La semana que pasamos juntos en el castillo se repetía en

mi mente como un disco rayado y cada recuerdo es más vívido que el anterior.

Por fin pude escaquearme de los compromisos y volver a mi apartamento, donde el vacío se hace más profundo. Ver a Valeria ha despertado un anhelo que había intentado enterrar durante meses. Necesito verla, darle las gracias y explicar el por qué de todo lo que había guardado para mí. Y más que eso, necesito tocarla de nuevo.

Me levanto a la mañana siguiente, decidido a no quedarme de brazos cruzados. Tengo recursos y conexiones. Como CEO de una de las distribuidoras de vino más importantes de Estados Unidos, encontrarla no será difícil. Pero no quiero que parezca una persecución desesperada. Tengo que pensar en algo que sea natural, y ella piedra decidir si quiere verme.

Voy a la oficina, una torre de vidrio en el corazón de Manhattan, con ilusión por llevar a cabo las ideas que he tenido. Desde mi despacho, las vistas de la ciudad me recuerdan la vastedad de las oportunidades y las conexiones que puedo aprovechar. Hago una búsqueda en Internet y me entero de que está escribiendo un libro sobre los vinos de Estados Unidos. Es la excusa perfecta para encontrarme con ella: una cita profesional.

Llamo a mi asistente, Katherine, una mujer eficiente y discreta que sabe manejar cualquier situación y que es mis ojos y mis manos cuando yo estoy en Francia, junto con Graham.

—Katherine, necesito que localices a Valeria Martin, la periodista. Trabajó en un artículo sobre los viñedos Beaumont hace unos meses, ¿lo recuerdas? Quiero contactar con ella para una posible colaboración en un proyecto. Me he enterado de que está trabajando en un libro con la editorial McGourmet. Contacta con ellos y concierta una entrevista, pero, importante, no le des mi nombre. Utiliza uno de los nombres del grupo, el de las bodegas del Valle de Napa estaría bien, por favor —le pido con naturalidad.

Katherine asiente, tomando nota sin hacer preguntas. Sé que puedo confiar en ella para manejar esto con la discreción necesaria.

Pasan unos días, y aunque sigo con mis responsabilidades diarias, mi mente vuelve constantemente a Valeria. Imagino cómo será tenerla de nuevo frente a mí, escuchar su voz suave en mi oído, pasear de la mano, rodear su cintura y embobarme mirando sus sedosos labios antes de besarlos.

Espero ansioso noticias de la editorial antes de mi vuelta a Francia y cada día que pasa estoy más nervioso.

Por fin, mientras estoy revisando unos informes financieros en mi despacho, Katherine llama a mi puerta con buenas noticias.

—Señor Griffin, ya tengo la información que me pidió. Valeria Martin está trabajando en un libro sobre los enólogos de Estados Unidos, como usted me dijo. He contactado con la editorial y están interesados en una entrevista para el libro. Por *e-mail* le he enviado los detalles.

La miro con agradecimiento y abro mi correo antes de que se vaya. En el mensaje están los detalles sobre el libro de Valeria, sus artículos recientes y un posible cronograma de entrevistas. Siento una oleada de alivio y nervios.

—Gracias, Katherine. Excelente trabajo. Manténme informado sobre cualquier novedad.

Cuando se va, me recuesto en la silla, cerrando los ojos por un momento. Saber que pronto

volveré a verla, aunque sea en un contexto profesional, me da esperanza. La idea de estar cerca de ella, de escuchar su voz y de ver su sonrisa hace que la espera sea más llevadera. Lo demás, si tiene que pasar, será cuestión de tiempo. Antes necesito su perdón.

Por la noche, en la soledad de mi cama, me encuentro con ella. En mis sueños, volvemos juntos al castillo, donde el aroma del vino y la brisa de la noche nos envuelven. Siento sus labios sobre los míos, su cuerpo junto al mío, aunque me despierto con el deseo latente y la frustración de que solo sea un sueño.

El día de la entrevista se acerca, y con él, mi ansiedad crece. La idea de verla de nuevo, de enfrentarme a sus preguntas y a sus ojos inquisitivos, me llena de nerviosismo y temor. No puedo evitar pensar en lo que le diré, cómo explicarle lo que realmente ha sucedido, eso si no me da con la puerta en las narices al ver que soy yo quien la ha citado. ¿Y si no quiere verme?

De camino a la oficina, paso por un puesto de periódicos y revistas en el que suelo comprar. Me detengo un momento para comprobar que ya no hay titulares sobre el juicio con Isabelle; hojeando distraídamente una portada llama mi atención. Es un artículo sobre enología y veo el nombre de Valeria en los créditos. Siento un escalofrío al ver su firma impresa, un recordatorio de lo lejos que está llegando en su carrera.

Compro la revista para llevármela al despacho donde la leeré detenidamente. Su estilo de escritura es apasionado y profundo, y refleja su amor por el vino y su dedicación al periodismo.

Me siento aún más atraído por ella, si eso es posible. La necesidad de verla, de hablar con ella, crece cada momento. Lo bueno es que ya tengo fecha y pronto la tendré frente a mí.

Las horas previas a la entrevista, me aseguro de estar preparado. Reviso los detalles del proyecto, preparando respuestas para posibles preguntas, pero mi mente sigue volviendo a Valeria. Imagino cómo será verla de nuevo y cómo reaccionará al verme.

Para la ocasión he elegido un traje de chaqueta de lana fresca en tono gris, que refleja profesionalidad pero también comodidad. Quiero que la reunión sea lo más natural posible, a pesar de la tensión que sé que seguro existirá.

Mientras espero en mi despacho para acudir a la sala de reuniones, siento cómo el corazón me late con fuerza. Los minutos pasan lentamente y cada segundo aumenta la expectación que me invade. Entonces, la puerta se abre y mi asistente asoma la cabeza.

—Señor Griffin, todo está listo para la entrevista —anuncia.

Me levanto, tratando de calmar mis nervios. Sé que esta reunión será solo el comienzo de lo que tenemos que resolver, pero al menos ahora, estamos los dos en el mismo lugar.

CAPÍTULO 14

La entrevista inesperada

Valeria

Cuando recibí la propuesta de la editorial para una entrevista con un bodeguero del Valle de Napa con oficina en Nueva York, no pude evitar sentirme intrigada. Es inusual que me propongan una entrevista sin proporcionarme el nombre del entrevistado, pero ellos marcan la línea editorial del proyecto y no tengo nada que alegar. Por ello, como buena profesional, acepté el reto.

He pasado los días previos investigando a fondo sobre las bodegas del Valle de Napa, sus variedades de uvas y sus técnicas de producción. Quiero estar preparada para cualquier eventualidad. La curiosidad me pica, pero no permito que me distraiga de mi objetivo. Me sumerjo en mi trabajo, tratando de ignorar la pequeña voz en el fondo de mi mente, que insiste en llevarme a otros pensamientos.

El día de la entrevista, me visto con un pantalón beige y una camisa blanca, discreta pero elegante, adecuada para cualquier situación. Me aseguro de tener mis preguntas listas y reviso mis notas una vez más. No quiero dejar nada al azar. Al llegar al edificio en Manhattan, siento una mezcla de emoción y nerviosismo. Algo en el aire me dice que esta entrevista será diferente a las demás.

Subo en el ascensor, tratando de calmar mis nervios. Cuando las puertas se abren, me recibe una mujer de unos cincuenta años, elegante y con una sonrisa franca, que me conduce a una sala de reuniones. Me acomodo en una silla, dejando mis cosas ordenadamente sobre la mesa: las notas, la grabadora, el móvil... Miro a mi alrededor, observando los detalles de la decoración y tratando de imaginar quién será mi entrevistado.

Me levanto al escuchar pasos que se acercan tras la puerta para recibirlo de pie. La puerta se abre, y lo que ve hace que el tiempo se detenga. Nicolás, o mejor dicho, Nick Griffin, entra en la sala con la curiosidad reflejada en su rostro. Mi corazón da un vuelco, y por un momento, no sé cómo reaccionar. La sorpresa me envuelve, dejándome sin aliento.

Nicolás se detiene en seco al verme, y por un instante, nuestros ojos se encuentran, cargados de emociones no resueltas. La idea de irme cruza por mi mente, pero mi cuerpo no se da por enterado, permaneciendo quieto y expectante.

—Valeria... —dice mi nombre y un escalofrío me recorre el cuello. Le estrecho la mano que me ofrece y, en cuanto la rozo, una descarga eléctrica me recorre la columna vertebral provocando que mis piernas flojeen—. Me alegro de verte.

Intento recomponerme, pero mi mente sigue dando vueltas, tratando de procesar lo que está

ocurriendo. No puedo creer que esté allí, frente a mí, después de todo este tiempo.

—Nicolás…, o debería decir Nick... —respondo finalmente—. No esperaba verte aquí. ¡Qué sorpresa!

—Tampoco yo, hasta hace poco... Parece que el destino tiene sus propios planes —señala él, esbozando una pequeña sonrisa—. Bueno, en realidad solicité a tu editorial que tuviéramos esta entrevista para tu libro. Por cierto, enhorabuena.

Nos quedamos en silencio por un momento, mientras separa uno de los sillones para que me siente. La tensión en el aire es palpable. Una vez sentados uno frente al otro, es él quien rompe el silencio.

—Creo que tenemos mucho de qué hablar.

Me yergo, tratando de mantener la calma mientras organizo mis papeles. Él hace lo mismo, aunque puedo ver la tensión en sus movimientos.

—No sabía que te iba a entrevistar a ti, Nicolás. La editorial no me lo dijo —me quejo, tratando de entender cómo he llegado a esta situación.

—Lo sé, y lo siento. No se me ocurrió nada mejor para verte —admite él, con la mirada fija en mí—. El otro dia te vi en una cata, hablando con Vera. No me parecía el mejor lugar para acercarme y darte las explicaciones que te debo.

Tomo aire, intentando mantenerme profesional. No puedo permitir que mis sentimientos personales interfirieran en mi trabajo. Aunque después de sus palabras dudo del verdadero objetivo de mi presencia aquí.

—Bien, entonces... ¿por qué no empezamos? —digo, abriendo mi libreta y tomando mi bolígrafo —. ¿Cómo debo llamarte?

Nick asiente, aunque puedo ver que también está luchando por mantener la compostura. Empezamos la entrevista, y aunque las preguntas son técnicas, no puedo ignorar la corriente subterránea de emociones que fluye entre nosotros.

Su voz pasa de nerviosa a seductora y me recordó a la entrevista más informal que le hice en sus viñedos franceses. Siento un pinchazo en el pecho al recordarlo. Intento no mirarlo para no perderme en la profundidad de sus ojos, en los labios que mueve al hablar y deseo detenerlos con un beso, o en los brazos que balancea acompañando a sus palabras y que me recuerdan cómo me sostenían en su cama, cómo me agarraba a ellos cuando estaba dentro de mí. Bebo del agua, que la asistente ha dejado en la mesa, para refrescar mi cuerpo ardiente.

A medida que la entrevista avanza, noto que Nick se relaja un poco sin perder la tensión. Sus respuestas son precisas y detalladas, mostrando su profundo conocimiento del negocio. Pero hay algo más en sus ojos que me indican que él está pensando en lo mismo que yo. Ese brillo especial que da el deseo y la voz cada vez más ronca.

En un momento dado, hago una pausa y lo miro directamente a los ojos. Necesito cortar con esa tensión y largarme antes de que pase algo de lo que me pueda arrepentir.

—Nico…, Nick, ¿por qué no me dijiste quién eras realmente cuando estábamos en Francia? —pregunto, sin poder contenerme más.

Él se queda en silencio por un momento, y la mirada que antes reflejaba el brillo del deseo, se oscurece.

—No era el momento, Valeria. Había muchas cosas en juego, y no quería complicar más las cosas —responde finalmente—. Quería que en tu reportaje se descubriera quién soy en realidad. ¿Hubiera influido en ti saber lo que me esperaba aquí?

—Probablemente —reconozco.

Siento una oleada de frustración y tristeza y la seguridad de que no hubiera pasado nada entre nosotros de haber sabido su secreto

Él mira hacia abajo sin contestar.

—¿Y ahora? ¿Por qué ahora?—insisto, sin disimular el temblor de mi voz.

Nick suspira y se pasa una mano por el cabello.

—Lo intenté antes, Valeria. Te envié correos electrónicos, pero nunca respondías. Y luego, cuando todo con Isabella explotó, no quería arrastrarte a mi caos —admite, bajando la voz al final—. Desapareciste y no pude ni siquiera darte las gracias por el reportaje que tanto me ayudó a relanzar la marca.

Me quedo en silencio, reconociendo la verdad de sus palabras.

—Valeria, nunca quise que esto terminara así. Me importas más de lo que puedo expresar, pero todo lo que pasó con Isabella... fue un infierno. No quería que te viera arrastrada por mi desastre y… me daba miedo que no confiaras en mí —dice Nick con los ojos brillantes con una mezcla de emociones—. Supongo que sabes que siempre he sido inocente, aunque me haya costado mucho demostrarlo.

El aire en la sala está cargado de tensión, y siento cómo mi corazón late con fuerza.

—Nick, no sé... Todo esto ha sido... demasiado… fuerte —digo finalmente, sintiendo cómo las lágrimas amenazan con brotar.

Él se acerca un poco más.

—Dame una oportunidad para demostrarte que soy el que conociste, Valeria. Por favor —me pide con voz suplicante.

Nos quedamos mirándonos y el tiempo parece detenerse. La decisión está en mis manos, y aunque una parte de mí quiere salir corriendo, otra parte anhela escuchar su versión, entender qué ha pasado realmente con Isabella y perderme en sus brazos después.

CAPÍTULO 15

De nuevo, ella

Nick

Ver a Valeria frente a mí, tan cerca y tan lejos al mismo tiempo, me deja un nudo en el estómago. Sé que esta es mi única oportunidad para explicarle todo, para intentar reparar lo que se había roto entre nosotros. Su expresión es una mezcla de dolor y desconfianza, y sé que necesito ser completamente honesto.

—Dame una oportunidad para demostrarte que soy el que conociste, Valeria. Por favor —le suplico—. Sé que tienes muchas preguntas y que es difícil para ti confiar en mí ahora mismo, lo veo en tus ojos, pero por favor, déjame intentarlo.

Ella me dirige una mirada penetrante, como si intentara ver a través de mis palabras y llegar a la verdad. Asiente lentamente, dándome el permiso que necesito.

—Está bien, Nick. Habla —responde con tono neutral, aunque sus ojos reflejan el conflicto interno que siente.

Tomo aire profundamente, preparándome para abrirme como nunca antes lo he hecho.

—Cuando nos conocimos en Francia, yo estaba huyendo. Huía de todo lo que había sucedido en Nueva York con Isabella. Ella y yo tuvimos una relación, pero se volvió tóxica cuando descubrí que estaba filtrando información de la empresa a nuestros competidores, además de desviar dinero de mi empresa a sus cuentas privadas. Cuando sospeché de ella, me acusó falsamente de acoso y violación. Sabía que esas acusaciones podían destruirme, así que decidí desaparecer por un tiempo, volver a mis raíces en Francia y usar el apellido de mi madre para mantener un perfil bajo —le cuento, observando cómo Valeria procesaba mis palabras.

—No te dije quién era realmente, porque no quería arrastrarte a mi caos. Ya era bastante complicado tratar de reconstruir mi vida. Pero esa semana contigo en el castillo... —hago una pausa, recordando esos momentos—, fue lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Me diste esperanza, algo por lo que luchar al abrirme los ojos a la pasión que escondía dentro de mí. Me gusta ser CEO de esta empresa con la que mi padre y yo conseguimos mucho éxito, pero el viñedo me dio una razón para vivir. Allí me siento feliz.

Ella se mantiene en silencio, escuchando atentamente sin interrumpir, lo que me da el valor para continuar.

—Como te he dicho, intenté contactarte después de que se publicara el artículo. Te envié correos electrónicos, pero nunca obtuve respuesta. Luego, todo con Isabella empeoró y tenía que centrarme en mi defensa. Pero no dejé de pensar en ti ni un solo día, Valeria. Tuve miedo de que pensaras lo peor de mí por lo que pudieras haber leído o escuchado.

Valeria respira profundamente, y veo cómo sus ojos brillan con una mezcla de emociones.

—Nick, no sabes lo difícil que fue para mí verte en las noticias, leer sobre las acusaciones. Me sentí traicionada y confundida. Pero ahora que te escucho, puedo entender por qué lo hiciste.

Me acerco a ella, tomando sus manos entre las mías.

—Valeria, quiero que sepas que nunca, jamás, te haría daño. Te respeto y te valoro más de lo que puedas imaginar. Sé que he cometido errores, pero quiero enmendar las cosas. Quiero que confíes en mí de nuevo —susurro con sinceridad—. Soy el que conociste.

Ella me mira a los ojos, y por un momento, siento que todo nuestro pasado compartido vuelve a la vida. La conexión que habíamos sentido en el castillo, la pasión, el entendimiento mutuo, todo está aquí ahora, aunque cubierto por capas de dolor y desconfianza.

—Necesito saber que siempre serás honesto conmigo.

Siento una oleada de alivio y gratitud.

—Prometo ser completamente honesto contigo. No más secretos, no más mentiras ni más misterios —aseguro, apretando sus manos con suavidad.

Me acerco más a ella, la tomo por la barbilla y me inclino hasta que nuestras frentes quedan en contacto. Nuestras respiraciones se mezclan acariciando nuestra piel. Quiero besarla en este momento, eso es lo que deseo desde que llegó, aunque el lugar no sea el apropiado. Me acerco más al ver sus labios entreabiertos, expectantes, y bajo un poco hasta rozarlos con los míos. Nuestros rostros están tan juntos que compartimos el aliento y puedo hasta sentir los latidos de su corazón. Su boca me embriaga solo con verla. Humedezco sus labios con mi lengua y la beso lentamente, cada vez con más profundidad, casi sin que nuestros cuerpos se toquen por la distancia entre las sillas. Solo besarnos como adolescentes.

Compruebo que no es solo mi cuerpo el que está reaccionando de forma poco conveniente para el momento y el lugar. Me alegro darme cuenta de que Valeria está tan turbada por mí como yo por ella. La tengo tan cerca y tan entregada que podría bajar los brazos y rodear sus caderas para traerla hasta mí, abrir sus piernas y perderme en ella, en ese paraíso que me invoca bajo sus pantalones.

Rompo el beso y enmarco su cara con las manos.

—Valeria, ¿quieres cenar conmigo? Es mejor seguir fuera de aquí.

Parece darse cuenta de dónde estamos, como si se le hubiera olvidado. Los dos nos hemos dejado llevar, así que nos separamos. Ella carraspea recolocándose la camisa y pasando un dedo por sus enrojecidos labios en un gesto que manda un mensaje más a mi entrepierna. Yo me paso la mano por el pelo, recupero mi lugar y llamo por línea interna a Katherine, mientras Valeria recoge sus cosas y bebe un poco de agua.

—Ya hemos terminado. ¿Puede acompañar a la señorita Martin a la salida, por favor? —Cuelgo cuando recibo su asentimiento.

—Valeria, ¿me das tu teléfono? Te paso a buscar sobre las ocho, ¿te parece bien?

—Sí, claro —asiente con la voz ronca todavía y vuelve a carraspear. Está bellísima con las mejillas sonrosadas.

Me da una tarjeta como las de antes, lo que me parece muy curioso y entrañable. En ese momento entra Katherine dando dos golpecitos en la puerta antes de entrar.

—Gracias por la entrevista, señor Griffin.

—Un placer. Gracias por venir hasta aquí. Nos vemos pronto —la despido estrechando su mano.

—Katherine, por favor, cuando regrese de acompañar a la señorita Martin, reserve mesa para dos en Cosme a las ocho y media.

—De acuerdo, señor Griffin. Ahora le confirmo.

La cena en Cosme, un mexicano de lujo, es el siguiente paso en mi plan de acercamiento a Valeria. Quiero que sea un momento especial, ni demasiado formal ni popular, algo que recordemos como el inicio de nuestra nueva etapa juntos, y la originalidad y frescura de ese restaurante me pareció el lugar ideal.

—Este sitio es precioso —comenta Valeria, observando la decoración llena de color.

—No tanto como tú —respondo sin pensar y la veo sonreír tímidamente.

Para la cena ha elegido un vestido en tonos verdes con tirante fino, escote generoso y falda de vuelo que se abre desde la cintura marcando un torso espectacular. Al ayudarle a quitarse la chaqueta y ver sus blancos y perfectos hombros ante mí, no puedo evitar besar uno de ellos. Un escalofrío la recorre y le eriza la piel. Un gesto tierno que me calienta por dentro.

Compartimos una cena deliciosa, probando diferentes cócteles de mezcal y evitando el vino que para ambos es sinónimo de trabajo. Necesitamos descansar de él, aunque sea nuestra bebida preferida.

A medida que avanza la noche, nuestras conversaciones se vuelven más profundas. Valeria me cuenta todo lo que le ha sucedido en los últimos meses.

—Siempre he soñado con escribir un libro, algo que inspire a la gente a amar el vino tanto como lo hago yo —me cuenta Valeria, con los ojos brillantes de entusiasmo—. Así que cuando me llamaron de la editorial dije que sí enseguida. Además, estaba viajando demasiado y necesitaba parar. Y todo, gracias a tu reportaje.

Sonríe y alza su copa para brindar.

—No, no, gracias a ti, Valeria. Eres una de las personas con más talento y apasionadas que he conocido —afirmo convencido.

Pongo mi mano sobre la suya y la acaricio con el pulgar, mientras la miro a los ojos deseando que acabe la cena para quedarme a solas con ella.

CAPÍTULO 16

Otra vez juntos

Valeria

La cena en el restaurante Cosme es de las más divertidas y originales que recuerdo. Está siendo más que perfecta para mí y en la mejor compañía. Siento que cada palabra que intercambiamos y cada mirada que enredamos, nos acerca más el uno al otro. Pero lo que más me conmueve es la honestidad y la vulnerabilidad que Nick me muestra. Después de todo lo que ha pasado, aquí estamos, dispuestos a intentar reconstruir lo que tuvimos un solo día.

Nada más terminar, nos levantamos para irnos. El aire nocturno de Nueva York nos envuelve, y siento una mezcla de anticipación y nerviosismo. Nick me toma de la mano y ese simple gesto me da la seguridad que necesito. Caminamos juntos hacia el coche, un Mercedes Benz de alta gama, y Nick me lleva a casa.

—¿Te apetece tomar algo en mi apartamento? —le digo coqueta, sabiendo la respuesta, porque se puede cortar con un cuchillo la tensión entre nosotros y las ganas de devorarnos.

Llegamos al edificio, y mientras subimos en el ascensor, nos besamos. Cuando las puertas se abren, nos dirigimos a mi apartamento. Con manos temblorosas, busco las llaves en mi bolso, sintiendo cómo el corazón me late con fuerza.

Entramos y cierro la puerta detrás de nosotros con el pie. La luz suave de las lámparas de la sala de estar crea un ambiente acogedor. Nick me mira, con el reflejo en sus ojos del mismo deseo y la misma inseguridad que siento yo.

—Valeria, quiero que esta noche sea especial para nosotros —susurra junto a mi oído con voz ronca.

Asiento, incapaz de encontrar palabras. Estamos tan cerca que nuestros labios se encuentran enseguida y siento que el tiempo se detiene. El beso es suave al principio, pero pronto se vuelve más apasionado y urgente. Pongo las manos en sus caderas y lo voy empujando, sin dejar de besarnos, hasta el dormitorio.

Cuando empiezo a quitarme el vestido bajando los tirantes la piel se me eriza. Con ese vestido nunca me pongo sujetador, así que mis senos quedan a la vista enseguida. En la cara de sorpresa de Nick se dibuja una sonrisa sexi que eleva la temperatura de mi cuerpo. Me mira a los ojos antes de inclinar la cabeza para lamer un pezón y luego el otro dejando una humedad que los hace arrugarse un poco. Me vuelve a mirar y los acaricia con los pulgares. No sé si es consciente de los fuegos artificiales que sus gestos provocan en mi sexo. Lo tomo por las caderas y lo empujo hacia mí, para frotarme contra él, con el único obstáculo de la ropa que aún nos cubre. Necesitaba alivio y lo necesitaba ya.

Nick me suelta para desabrocharse la camisa mientras yo hago lo mismo con su pantalón. Mi vestido hace rato que yace en el suelo rodeando mis pies. Se saca la ropa y me alza por las caderas para tumbarme en la cama. Pone las manos a los lados de mi cuello y me empieza a besar en el lóbulo de la oreja, dejando un reguero de besos, pequeños mordiscos y lametones por la barbilla, clavícula, pecho, el valle entre mis senos, y todo lo que encuentra hasta llegar a la fina tela que aún me cubre. Me besa por encima antes de cogerla con dos dedos por el lateral y quitármela. Instintivamente, mis rodillas se juntan, quizá por el frescor que noto al estar tan húmeda.

Nick me besa en la boca.

—Eres preciosa, Valeria. Preciosa —susurra—. Quiero saborearte entera.

Habla con voz profunda a la vez que con suavidad baja las manos por el interior de mis muslos hasta abrirlos despacio. Me quedo expuesta y subo la cabeza para ver por qué se ha parado. Me miraba embobado, y no a la cara.

—Precioso. Esto es precioso.

Sus palabras provocan movimientos en mi clítoris que lo siento anhelante de él.Y cumplie su promesa. Con la lengua recorre cada uno de mis pliegues haciéndome cosquillas con la respiración, y provocando más deseo. Con los dedos acaricia mi interior y busca el punto que me hace perder la razón. Las piernas me tiemblan por el orgasmo y gimo al correrme en su mano.

Arqueo la espalda antes de dejarme caer sobre el colchón. Nick se coloca junto a mi de medio lado y me acaricia el torso con veneración. Me giro para verle la cara, sudorosa y con gesto de satisfacción.

—¿Contenta? —me dice con esa sonrisa tan sexi que me vuelve loca.

—Mucho, señor de Beaumont.

—Ese soy yo —afirma señalandose al pecho y luego a su erección— y ella también.

Llevo la mano hacía donde señala y solo con mi gesto, su dureza se mueve y se hincha un poco más.

—Creo que quiere jugar —sonrío mientras me incorporo para rodearle con mis piernas y quedarme a la altura de su vientre. Me agacho y cojo su miembro con las manos para lamer la punta. Me divierte la reacción animal y descontrolada que consigo con un pequeño roce de la lengua. Luego me la meto en la boca, cubriéndola entera, y Nick lleva la mano sobre mi nuca guiando mis movimientos.

Es él quien me hace parar. Totalmente excitado me coge por las caderas, me alza un poco y me penetra. Bailo sobre él, entre jadeos y gemidos, con el sudor mojándonos la piel, sus manos van de mis senos a las caderas y yo arqueo la espalda, moviéndome para sentirlo en cada recoveco de mi interior.

Esa vez los dos nos corremos a la vez.

La noche es larga, a ratos de pasión seguidos de otros de ternura y susurros. Cada caricia, cada beso y cada orgasmo son una reafirmación de lo que sentimos el uno por el otro. Nos entregamos completamente, dejando atrás las dudas y los miedos. Esa noche nos permite redescubrirnos y reafirmar que la última noche en el viñedo no fue una noche más.

Juntos encontramos la respuesta que los dos estábamos buscando por separado.

A la mañana siguiente, me despierto con la luz del sol filtrándose a través de las cortinas. Me giro y veo a Nick dormido a mi lado, con el rostro sereno y relajado. Nunca pensé que podríamos llegar a este punto, pero aquí estamos, juntos.

Me levanto silenciosamente, tratando de no despertarlo, y me dirijo a la cocina para preparar café. Mientras la cafetera burbujea, mis pensamientos vuelven a la noche anterior y a todo lo que hemos compartido. Y mi mente fastidiosa me recuerda que nuestras vidas no tienen nada que ver. ¿Una nueva separación? Al menos, en esta ocasión, nos alejaremos sin secretos ni misterios. No es que me guste, pero al menos alivia tener esa certeza.

Nick aparece en la puerta de la cocina vestido solo con el boxer, despeinado, ojeroso y con una sonrisa adormilada en su rostro. Pese a todo, está guapísimo.

—Buenos días —saluda, acercándose para rodearme con sus brazos y besarme en el pelo.

—Hola, señor Beaumont —bromeo, apoyándome en su pecho.

Nos quedamos así por un momento, disfrutando de la tranquilidad de la mañana.

—Valeria, lo de anoche fue increíble —me susurra—. No solo por lo que pasó, sino porque sentí que realmente conecto contigo; es algo más que físico.

—Lo sé. Yo también lo sentí. Y eso es lo que ahora me preocupa —respondo con sinceridad.

Él me besa suavemente en la frente, y en ese momento sé que mi corazón ya ha decidido por mí. Pero también soy consciente de que quedan cosas por resolver y que el futuro no se puede decidir por un buen polvo. Tengo compromisos que cumplir y, luego, ya lo veré.

Pongo el café en la mesa y relleno las dos tazas. Nos sentamos uno frente al otro.

—¿Qué piensas hacer ahora? —pregunto, tratando de ocultar la inquietud en mi voz.

—Primero, quiero asegurarme de que mi situación legal se resuelva del todo. El juicio ha sido agotador, pero estoy feliz porque la verdad ha salido a la luz. Quedan flecos que resolver de los que se encargará mi abogado, porque ahora que está todo hecho, Isabella quiere retirar los cargos. Después de eso y de cerrar algunos asuntos de la distribuidora, quiero enfocarme en el viñedo. —Hace una pausa mirándome a los ojos con intensidad—... y en nosotros. Si tú quieres.

Asiento, entendiendo la importancia de cada paso que menciona. Nuestra posible relación está más en el aire de lo que parecía.

—Te apoyaré en lo que necesites, Nick. Te has liberado de esa soga que te ahogaba y ahora solo puedes pensar en ser lo más feliz posible. Y sé que en el viñedo lo eras.

No sé si es lo que pensaba escuchar, pero es lo que yo siento.

—¿Y tú? ¿En qué fase estás del libro?

—Si todo va como planeamos, me quedan al menos dos meses más en Estados Unidos. Debo ir unos días a California a verme con enólogos y bodegueros de allí. El resto puedo hacerlo desde aquí, con la documentación que tengo y los contactos en Nueva York.

—Entiendo.

No añado nada más. Solo me parece percibir una sombra en su mirada que antes no estaba. ¿Qué será de nosotros ahora? Deseo estar con él, pero también quiero seguir con mis planes. Amo mi profesión y no quiero desperdiciar las oportunidades que se me han abierto en los últimos meses.

Pasamos el resto del día juntos, sin hablar de ese tema, riendo y disfrutando de la compañía del otro. La tensión y el miedo que han marcado nuestra relación en el pasado parecen desvanecerse con cada momento que pasamos juntos. Ojalá la vida fuera tan sencilla y no tuviéramos tantos desafíos por delante.

Por la tarde, salimos a dar un paseo por el barrio, disfrutando del bullicio y la energía de Nueva York. Caminamos de la mano, libres y pienso en la posibilidad de un futuro juntos. Nick me mira con una ternura que me hace sentir amada y protegida.

—Valeria, quiero que sepas que cada momento contigo es un regalo. No sé qué me has hecho, pero ya no puedo imaginar mi vida sin ti —declara con firmeza dejándome sorprendida—. Quizá pienses que es un calentón después de un día juntos en el paraíso, pero no. Pienso en ti desde el primer día que pisaste el viñedo y desde ayer siento que eres lo único que quiero.

—No lo pienso porque siento lo mismo, solo que tenemos que tener los pies en la tierra y, ahora mismo, no veo cómo podemos seguir viéndonos —respondo, con el corazón encogido.

Sentía que nuestras palabras no contienen promesas y ocultan deseos. La reconciliación no solo nos ha acercado, sino que nos ha puesto en la casilla de salida del futuro en el que debemos decidir sobre lo que realmente nos importa a cada uno. Y ninguno da el primer paso para decirlo.

Nick se ha quedado a dormir en mi apartamento. Ambos queremos seguir con nuestra vida y a la vez nos resistimos a separarnos de nuevo. Desde el castillo en Francia hasta las calles de Nueva York, nuestra historia está llena de desafíos y triunfos.

Me acurruco junto a Nick, sintiendo su calor y su presencia cálida. Cierro los ojos, soñando que estamos juntos. Y con esa certeza, aunque irreal, me dejo llevar por el sueño, soñando con el futuro que quizá podríamos construir juntos. Algún día.

CAPÍTULO 17

¿Se puede amar a distancia?

Nick

Despertar con Valeria a mi lado es un sueño hecho realidad. Siento que el momento es perfecto y no quiero que los minutos pasen para no romper la burbuja en la que hemos pasado los dos últimos días. Cuarenta y ocho horas de amor, pasión, confesiones, susurros, silencios y caricias. Dos días en los que he vivido el amor por todos los poros de mi piel aderezado con muy buen sexo.

Los dos hemos sido conscientes de que esos momentos en el paraíso han sido temporales. Mis negocios en Nueva York, los flecos del juicio y sus compromisos en California nos obligan a separarnos después de dos días de ensueño. La despedida es difícil, pero ambos entendemos que no podemos abandonar nuestras responsabilidades.

—Te prometo que nos mantendremos en contacto, cada día —le prometo, mientras la abrazo con fuerza antes de que se marche hacia el aeropuerto.

—Lo sé, Nick. Esto no va a ser fácil, pero estoy dispuesta a intentarlo.

La observo entrar en el taxi, con unos vaqueros que le marcan su perfecto culo y siento celos de todos los hombres que se cruzaran con ella. En su mirada hay brillo y tristeza a la vez, como en los míos se puede leer la duda sobre si estoy tomando la mejor decisión.

Los primeros días sin ella son un desafío. Por suerte para mí, solo estuvimos en su apartamento de manera que en el mío no hay nada que me recuerde a ella, excepto la camiseta que llevaba esa mañana y que me regaló. Al menos tengo su olor.

El trabajo en Nueva York me mantiene ocupado. Antes de mi encuentro con Valeria me había preparado una agenda muy intensa para no alargar demasiado mi estancia en la ciudad y poder volver a Europa cuanto antes. Ahora me arrepiento, porque no quiero alejarme tanto de Valeria. Las reuniones con los abogados para demandar a los que han mentido sobre mí, antes de ser declarado inocente por la traición de Isabella, me tiene tan ocupado como los encuentros con inversores y las constantes llamadas con mi equipo. Esa es parte de mi rutina diaria durante la semana que llevo sin ella. Sin embargo, en cada pausa, mi mente vuelve a Valeria.

Cada mañana nos damos los buenos días, como adolescentes enamorados, y cada noche, esperamos con ansia nuestra videollamada. Ver su rostro en la pantalla, escuchar su voz, que me cuente cómo le ha ido el día con la alegría que la caracteriza, me da fuerzas para seguir.

Nuestras conversaciones los dos primeros días se basaban en contarnos lo que habíamos hecho y poco más. Había silencios cargados de deseo, al menos para mí, que no supimos soportar.

La tercera noche no aguanto más. Estoy en el sofá de mi apartamento, con las luces de Nueva York reflejadas en la cristalera a mi espalda. Valeria está ya en la cama del hotel, apoyada en el cabecero para hablar conmigo. Para mí son ya las doce de la noche, pero para ella tan solo las nueve; me extraña que ya esté acostada, aunque en un hotel tampoco es tan raro ver la tele desde la cama a cualquier hora a falta de un buen sofá.

—Valeria, te echo de menos —confieso.

—Y yo a ti, cariño —me dice sonriente.

—No solo tu presencia. Me refiero a…, a ti, a tu cuerpo, a estar juntos como la otra noche.

Mi voz sale mucho más profunda de lo que pretendo.

—Te deseo —añado.

Ella asiente y una sonrisa pícara ilumina su rostro. Me muero por besar esos labios jugosos.

—¿Qué quieres hacer?

—Quítate la camiseta —le pido, temeroso aún de que no quiera seguir mi juego.

Se la pasa por la cabeza, la ha debido dejar caer al suelo, porque desaparece de la pantalla de mi *tablet*. Ella no lo ve, pero tengo que apretar las manos en la tela del sofá ante la imposibilidad de tumbarla ante mí y hacerle el amor hasta enloquecer. Sus pechos son tan perfectos como los recuerdo, con los pezones rosa oscuro destacando en la blancura de su piel. Quiero metérmelos en la boca y oírla jadear, quiero sentirla apretada contra mi pecho mientras la penetro, quiero…, lo que no puedo tener. Dios, cómo me pone y cómo la echo de menos.

—Masajealos para mí, como te gustaría que lo hiciera yo.

Para mi sorpresa, no lleva la mano directamente a sus senos, sino que primero se mete un dedo en la boca y juguetea con él. Mi erección se hace más que evidente y agradezco llevar solo los boxers. Cuando tiene el dedo húmedo con su saliva, se lo lleva al pezón derecho, luego al izquierdo y los retuerce, mientras con la otra mano juega con el pecho libre. Mi mano corre disparada a mi sexo donde cada vez se acumula más sangre.

—¿Así? —dice y gime.

—Ahora —pido con voz ronca agradecido de lo solícita que está—, muéstrame qué hay debajo de las sábanas.

Valeria separa la tela que la tapa, levantando la *tablet* con la otra mano, y me deja ver su cuerpo cubierto solo por unas bragas de encaje blanco.

—Tócate por fuera, como si lo hiciera yo.

Hace lo que le pido, de manera algo incómoda al tener que sostener la *tablet* a la vez. Roza los elásticos, pone la mano sobre el monte de Venus, introduce los dedos acariciándose por los bordes de la braga, y yo siento que voy a explotar.

—Ahora…

—Sssst —me manda callar y lo que hace me deja de piedra y quemándome en la hoguera.

Abre las piernas, coloca la *tablet* entre ellas, asiento cuando me pregunta si lo veo bien y se quita

la fina prenda que cubre su gran tesoro.

Tengo su entrepierna en primer plano y su cabeza al fondo. De vez en cuando miro sus ojos, pero enseguida vuelvo al centro de la pantalla devorando el espectáculo que me regala.

Se humedece dos dedos y los introduce con facilidad en sí misma. Se masajea y decido animarla susurrando al micrófono. Empiezo a mastusbarme a la vez que lo hace ella. Quiere volverme loco, seguro, porque usa dos dedos para abrir sus pliegues y que los admire, dejando a la vista la bolita mágica que no puedo tocar. Ella lo hace con sus dedos húmedos. Se retuerce y arquea la espalda como si la tuviera debajo de mí. Introduce los dedos de nuevo buscando el orgasmo que no tarda en llegar, unos segundos después del mío.

—Qué puta locura —exclamo.

—¿Te ha gustado? —pregunta volviendo a sentarse como al principio. Ahora solo puedo ver su pecho y su rostro.

—Menos que hacértelo yo, pero sí, mucho. Gracias. ¿Y tú?

—Para ser la primera vez… —sonrie de esa manera pícara y sexi que me vuelve loco—, sí. No ha estado mal.

—¿Primera vez? ¿No ha estado mal? —No sé cuál de las dos afirmaciones me sorprende más.

Ella contesta con una carcajada.

—Cielo —me dice—, me quedaría toda la noche jugando contigo o hablando, pero mañana madrugo. Tengo cita con los de Beringer. Voy a una cata en la casa de piedra. ¿La conoces? Es muy famosa.

El cambio de conversación es abrupto, pero necesario para aliviar mi calentón. La Amo y podría estar escuchándola durante horas.

—Sí, salúdalos de mi parte. Hemos coincidido varias veces.

—Pues…, me voy a dormir.

—Vale…

Pasamos un rato más como tortolitos que no se despiden hasta que el sueño nos vence. Dejo la *tablet* cargando, me doy una ducha fría, pensando en ella mientras me vuelvo a masturbar con la imagen de lo que acabo de ver en mi pantalla, y me meto en la cama desnudo dispuesto a seguir soñando con ella.

La noche siguiente, después de un largo día de trabajo, me recuesto en el sofá con la *tablet* preparada, esperando que la llamada de Valeria sea igual de intensa que la del día anterior.

Cuando finalmente aparece su rostro en la pantalla y la veo caminando por la calle, siento que mis ilusiones se desvanecen.

—Hola, preciosa. ¿Cómo te ha ido hoy?

—Hola, Nick. Pues… muy productivo. La cata en Beringer ha sido espectacular. Ahora voy a cenar con ellos y unos clientes suyos. ¿Y tú?

—Echándote de menos todo el día. No puedo dejar de pensar en ti —sonrío para ella, aunque en

realidad siento una punzada de dolor por la distancia que nos separa.

—Ya, ya —carcajea—, ¿a qué sé lo que quieres? No te acostumbres.

Bueno, que se ría de mí no es lo que más me apetece, pero tiene razón, mejor tomar las cosas por el lado alegre y divertido.

—Pásalo bien y cuidado con esos hombres —digo con retintín marcando territorio.

—Te sorprenderá saber que la mayoría son mujeres. Cada vez hay más en este mundo.

—Pues cuidado con las mujeres —bromeo. Ella se ríe y nos despedimos cuando llega al restaurante.

—Te dejo. Mañana hablamos.

—Solo una cosa, Valeria, ¿sabes ya cuándo vuelves?

—En principio el martes. ¿Por?

—Nada, te estaré esperando. Avísame del vuelo.

—Ok. Un beso.

Cuelgo y yo me quedo pensando en que el fin de semana ninguno tiene que trabajar.

CAPÍTULO 18

De sorpresa en sorpresa

Valeria

—¡Voy! —grito al escuchar que tocan en la puerta de mi habitación, suponiendo que el servicio de habitaciones vendrá a preguntar si necesito algo, como suelen hacer.

Abro antes de que contesten y me encuentro con Nick, sonriente y sosteniendo un ramo de flores. Está guapísimo.

—¿Nick? ¿Qué haces aquí? —pregunto, alegre, lanzándome a su cuello.

—No podía esperar más para verte. Pensé que podríamos pasar el fin de semana juntos —sonríe iluminando su cara como un niño haciendo una trastada.

Lo atraigo hacía dentro y cierro la puerta con el pie para no soltarme de su abrazo que tanto he echado en falta.

—¿Hablas en serio? —respondo, sintiendo cómo mi corazón se acelera—. Pensaba que tenías que regresar a Francia esta semana.

—Por ti, Francia puede esperar —sonríe y siento en mi pecho el calor de la emoción.

Nos abrazamos con fuerza, como si temiésemos que el otro se desvanezca, que este momento no sea real.

—Quítate la chaqueta, ¿quieres? Voy a pensar dónde podemos cenar.

—No, nena. Nos vamos. Lo tengo todo previsto. Coge ropa para dos días, un pañuelo y un sombrero.

—¿Cómo? —suelto dando saltitos de la emoción—. Me encantan las sorpresas. ¿Dónde vamos?

—Ya lo verás. Coge algo cómodo y vámonos —me pide con una sonrisa misteriosa.

Cuando tengo preparada mi bolsa, bajamos al parking del hotel. Nick me besa en la frente y me lleva de la mano hacia el coche que ha alquilado, un descapotable de lujo que brilla bajo el sol californiano.

—¿Te apetece un paseo por la costa? —pregunta, abriendo la puerta del coche para que suba.

—Suena perfecto —respondo, emocionada por la sorpresa, y entiendo el por qué del pañuelo, que me pongo enseguida en la cabeza.

Conducimos por la costa, disfrutando del viento y del impresionante paisaje de la zona de Monterrey. Las olas rompen contra los acantilados y el sol brilla en el cielo despejado. Siento

una felicidad inmensa por tener a Nick a mi lado.

—Esto es una pasada —comento, mirando el horizonte—. Gracias por traerme aquí.

—Quería hacer algo especial, regalarte un fin de semana que recuerdes siempre—me dice acariciando mi mano—. Estos días juntos son ese regalo.

Nos detenemos en un mirador con vistas panorámicas al océano. Bajamos del coche y caminamos hasta el borde del acantilado, donde el paisaje es aún más impresionante. Nos quedamos en silencio, disfrutando del sonido de las olas y la brisa marina.

—Me recuerda un poco a nuestro tiempo en el viñedo —comento, sonriendo al recordarlo.

—Sí, es parecido. Aunque creo que este lugar tiene su propia magia —afirma abrazándome por detrás.

Después de un rato, nos dirigimos a un pequeño restaurante costero. El lugar es encantador, con mesas al aire libre y luces colgantes que crean un ambiente mágico. La comida es deliciosa, pero lo mejor de la cena es la compañía. Nick me mira con una intensidad que me hace sentir especial.

—¿Recuerdas la primera vez que cenamos juntos? —pregunta con una sonrisa.

—¿Cómo olvidarlo? —respondo—. Fue en el castillo, bajo las estrellas.

—Esa noche supe que eras especial.

Toma mi mano sobre la mesa y siento mis ojos llenarse de lágrimas de emoción. Estar con Nick es como estar en casa, y sé que nuestro amor es fuerte y verdadero.

Después de la cena, regresamos al coche y conduce hasta un hotel muy coqueto cerca de la playa. La noche es fresca y las estrellas brillan en el cielo. Al llegar a la puerta de la habitación, Nick se detiene y me mira con seriedad.

—Valeria, quiero que sepas que estoy dispuesto a que no haya distancia entre nosotros, no sé aún cómo, pero me importas demasiado.

—Yo…, tenemos que hablar. Mejor vamos dentro.

Entramos en la habitación y no nos entregamos al amor y la pasión que hemos contenido durante tanto tiempo porque Nick está distante, imagino que por mi respuesta. No soy sincera con él, lo amo y soy feliz a su lado, pero no quiero dejar mis proyectos por un hombre. Al menos no todavía.

Llama a recepción y pide una botella de vino y dos copas. Entra al baño mientras yo me desvisto en la habitación y me pongo un vestido ligero. El fin de semana mágico ha perdido brillo.

Cuando sale, después de darse una ducha, yo ya estoy sirviendo el vino que ha traído un camarero. Me giro al escuchar la puerta y me quedo de piedra al verlo con un pantalón deportivo y sin camiseta. Mi mirada va de abajo arriba, se queda el torso cuadriculado de Nick, y llega a sus ojos tristes. ¿Quiere torturarme?

—Nicolás, por favor —ruego, ofreciéndole una de las copas.

—Lo siento, me he equivocado al venir. Ha sido un error. Dormiré en el sofá.

—No, perdóname tú. Solo te dije que habláramos aquí y no en el pasillo.

Me siento en el apoyabrazos del sillón, pero él se queda de pie, dejándome gozar de su impresionante figura.

—Lo sé. Estaba ahí. Pero, no sé. Tu tono… ¿Sabes? Era fácil decir «yo también» y hubiéramos entrado comiéndonos a besos. Quizá queramos cosas distintas.

Tras esas palabras, se sienta en el sofá, frente a mí. Estoy sufriendo, porque mi deseo es tocarlo, quitarle ese absurdo pantalón y que solo yo rozara su piel ardiente.

—Nick, decir «yo también» no es decir «te quiero». Es el título de una novela, por cierto.

—¿Lees novela romántica? —sonríe. Al menos logré sacarle una.

—Sí, ¿qué pasa?

—Nada, nada. Me parece bien.

Aprovecho que se ha distendido la tensión para acercarme a él sentándome a su lado en el sofá. Doy un sorbo lento a mi copa de vino intentando que sea una pose seductora. Cruzo las piernas y con un dedo le dibujo una gran S en el cuerpo.

—Se aprende mucho leyendo novelas románticas, ¿sabes? —Iba a decir algo pero lo callo—. Fuera no podía decirte que añoro esto… —Lo vuelvo a acariciar por el pecho y el estómago. Bebo de nuevo y cambio el cruce de las piernas con la intención de que vea mis muslos y la falda se suba un poco más—. Y esto…

Sigo con el juego tocando las partes de su cuerpo que estaban desnudas, hasta llegar a sus mejillas. Continuo sin decir nada, expectante, permitiéndome jugar. Separo la pierna derecha para, de un saltito, sentarme encima de él. En ese momento se da cuenta de que no llevo bragas y noto movimiento dentro de sus pantalones.

Bebo otro sorbo, dejo la copa en la mesita, y me acerco para besarle lentamente con el vino en mi boca.

Nick se tensa, me coge de las nalgas desnudas, y profundiza el beso. Hunde sus dedos en mi piel, acercándome a él con ansia. Mete la mano en su pantalón liberando su sexo y, tras rozarme varias veces con él, me penetra.

En este momento me siento plena, la mejor sensación que he tenido nunca. Nick me besa el escote, la cara, el pecho a través del vestido, mientras empuja. Mi cuerpo sube y baja al ritmo que él quiero. Me dejo amar.

Su orgasmo me sabe a gloria. Apoya la cabeza sobre mi pecho y no sé si llora o solo jadea a la vez que me dice:

—Valeria, ¿qué has hecho conmigo? ¿Qué voy a hacer?

Le cojo suavemente por el pelo y levanto su cabeza para que me mire.

—Nicolás, te quiero. Y tenemos que hablar.

Sale de mi cuerpo y se sube el pantalón. Yo bajo mi vestido y me siento a su lado de cara a él.

—¿Has dicho que me quieres? Me he quedado ahí, el resto no lo he escuchado —sonríe.

—No te creo —río con él—. Sí, he dicho que te quiero, y que soy feliz cuando estoy contigo…

—Pero…

—Pero, ahora mismo no puedo.

—Valeria, Valeria —susurra con tono algo condescendiente—. Me basta saber que me quieres. Sé que tu proyecto es muy importante y jamás te pediría que lo dejaras. Solo deseo aclarar en qué punto estamos y cómo podemos hacer para estar juntos sin dejar nuestros intereses profesionales. No te quiero para mí como un trofeo o como esas mujeres que algunos de mi nivel económico tienen en casa solo para follar. O ni eso. Se casan con una madre de familia y tienen amantes por ahí. No. Yo no soy así, Val, y ya deberías saberlo. Tú eres ese cuerpazo que me vuelve loco, eres la conversación amena y la alegría que derrochas por cada poro de tu piel. Y también eres tu trabajo, tu inteligencia y tus lecturas, aunque sean de romántica —rie—. Te quiero a ti y si tú me quieres, encontraremos el cómo. ¿No crees?

Nick acerca las manos a mi cara y me seca las lágrimas con los pulgares, quedándonos tan cerca que me hace cosquillas con su respiración.

—Joder, nunca me habían hablado así. Siento haber dudado de ti cuando descubrí tu secreto, siento no haber sido sincera con mis sentimientos, siento…

Nick me deja sin más palabras que decir al cortarme con un beso, que me sabe a paz y a consuelo.

Me coge en brazos y me lleva a la cama. Hacemos el amor con calma, con la seguridad del que está donde quiere estar y con la persona que ama.

Todos los besos y todas las caricias son una reafirmación de ese amor que cada día es más grande, una promesa de que, juntos, sabremos cómo salir adelante.

A la mañana siguiente, despierto en sus brazos, sintiendo una paz que no había conocido en mucho tiempo. Nick todavía duerme, y aprovecho para observar su rostro relajado, su cabello despeinado y su respiración tranquila.

—¿Ya es de día, preciosa? —murmura Nick, con voz de dormido, abriendo los ojos y sonriendo.

—Hola, dormilón. No quiero que este momento termine —respondo, acariciando su mejilla.

—No terminará. Solo es el principio—afirma, besándome con ternura.

Pasamos el día explorando los alrededores del hotel, paseando por la playa y hablando sin parar. Cada momento juntos es especial, y siento que estamos creando recuerdos que atesoraremos para siempre, justo el regalo que me prometió a principio del fin de semana.

Por la tarde, vamos a visitar un pequeño viñedo que no está en las rutas turísticas habituales. El dueño, un hombre mayor con una sonrisa cálida, nos recibe con los brazos abiertos y nos muestra su proceso de producción artesanal. Es un lugar encantador, y la dedicación y el amor que pone en su trabajo son evidentes en cada detalle, como hace mi padre en el norte de Francia. Una punzada de nostalgia me invade.

—Este lugar me recuerda a tu viñedo en Francia y al de mi padre —comento, tomando la mano de Nick mientras caminamos por los viñedos.

—Sí, también me recuerda a casa. Es sencillo, tradicional y lleno de vida.

Creo que en ese momento nace una idea en la cabeza de los dos que ninguno verbaliza.

Ya de noche noche, regresamos al hotel agotados pero felices. La tristeza llega al darnos cuenta de que es la última noche que pasaremos juntos hasta quién sabe cuándo, y creamos nuevos recuerdos como la primera última noche que vivimos en su viñedo.

El domingo por la mañana, despido a Nick después del desayuno. Su vuelo sale a medio día y tiene que devolver el coche antes.

—Gracias por este fin de semana inolvidable —le susurro al oído cuando nos abrazamos.

—Te amo, Valeria. Esto es solo el comienzo, recuérdalo. Nos veremos pronto, te lo prometo —asegura, besándome con ternura.

Mientras veo a Nick alejarse, siento una mezcla de emociones. Puede que sea complicado, pero tengo claro que prefiero poco de él a nada. Fui una tonta al intentar alejarme. Ahora sí que estoy dispuesta a gestionar mi vida para pasar el mayor tiempo posible con él.

De regreso a mi habitación, me siento en la cama y dejo que los recuerdos del fin de semana inunden mi mente. Cada momento, cada palabra y cada beso son tesoros que guardaré en mi corazón. Me alegro al darme cuenta de que nuestra historia apenas está comenzando, y estoy lista para escribir nuevos capítulos junto a Nick.

CAPÍTULO 19

Mi viñedo, mi vida

Nick

Volver a Francia nunca me ha costado tanto, a pesar de que me siento feliz en el viñedo, donde el aire fresco de la mañana trae consigo la fragancia de las vides y el canto de los pájaros. Sin embargo, siento que me falta algo. Mis pensamientos están divididos entre el trabajo y Valeria, a quien extraño con cada fibra de mi ser. Pero tengo otra preocupación que no me deja en paz: algunas vides están mostrando signos de infección. La roya de la vid, causada por un hongo, está amenazando a una parte del cultivo.

Aunque regresar a Francia siempre es un alivio, un escape del bullicio y el caos de Nueva York, esta vez, la tranquilidad de los viñedos no logra calmar mi mente inquieta.

He recibido una llamada del capataz, mientras inspeccionaba las vides al amanecer. Su tono serio me puso en alerta.

—Nick, tenemos un problema con la roya de la vid —me dice sin rodeos.

—Maldita sea —le respondo frunciendo el ceño—. ¿Cuánto ha avanzado?

—Aún podemos controlarlo, pero necesitamos actuar rápido. La humedad y las altas temperaturas están jugando en nuestra contra.

Cuelgo y observo las vides, buscando los primeros signos de infección. La roya de la vid es una pesadilla para cualquier viticultor. Las esporas germinan con facilidad en condiciones como las nuestras, y si no actuamos de inmediato, podremos perder una parte importante de la cosecha.

Mi móvil suena mientras camino de vuelta al castillo. Ver el nombre de Valeria en la pantalla dibuja una sonrisa en mi cara. Necesito escuchar su voz y sentir su apoyo, aunque sea a través del teléfono.

—Hola, Nick —saluda con esa voz suave que siempre me resulta tan reconfortante. Ella es hogar.

—Hola, cariño. Te echo de menos.

—Yo también. Te llamo porque, *chantatachan*, ¡ya tenemos fecha para la presentación! La editorial ha hecho un esfuerzo enorme para estar la semana que viene en el Vine Expo America. Lo han confirmado esta mañana. ¡Estoy súper nerviosa!

—Eso es maravilloso. Enhorabuena, cariño. Te mereces todo el éxito.

—Vendrás, ¿verdad? Lo prometiste.

—Sí, lo prometí, además tenemos un *stand* en la Feria, ya lo sabes. Voy todos los años, pero… —llego a la puerta de la vivienda y me siento en los escalones pensando cómo contarle la situación.

—Pero, ¿qué? Cuento contigo, Nick, ¿qué pasa?

—Lo prometí y nada me gustaría más, cariño. Pero, tenemos un problema con la roya de la vid. Estamos trabajando en ello, pero es una batalla constante —explico, suspirando—. Todavía no sé la magnitud del problema, Val.

—Mierda, Nick, lo siento. Esto es importante para mí, pero entiendo que no se puede echar a perder la cosecha. Espero que puedas gestionarlo —responde con tristeza en su voz. Aunque quiera disimular su decepción, ya la conozco lo suficiente para notarlo.

—Gracias, Valeria. ¡Lo siento tantísimo!

—No te preocupes, eso es más importante. Ya vendrás a otra presentación.

—Ahora voy a reunirme con el capataz a ver qué podemos hacer —le digo, abatido. Al cansancio y la preocupación por las vides, se suma ahora faltar a mi promesa y la decepción de la mujer que amo.

—Bien, espero que lo resolváis —me anima a pesar de todo—. No puedo esperar a estar juntos.

Después de colgar, me envia una foto de la portada del libro y un breve mensaje: «No puedo esperar para que lo veas en persona. Te echo de menos».

Sonrío y le respondo de inmediato: «Estoy orgulloso de ti, Valeria. No puedo esperar para verte. Te echo de menos más de lo que puedo expresar. Te quiero».

Me levanto de los escalones y acudo a la oficina donde me reuno con el equipo para discutir las medidas que vamos a tomar. La poda selectiva y el tratamiento con fungicidas son esenciales. Nos ponemos manos a la obra de inmediato, cada uno sabiendo lo que está en juego.

Durante los días siguientes, la situación mejora gradualmente. El equipo está trabajando incansablemente y la amenaza de la roya empieza a retroceder. Aunque aún queda mucho por hacer, hay esperanza.

El resto del tiempo mis pensamientos vuelven a Valeria. Recuerdo su sonrisa, su alegría natural, la manera en que me mira. Cada vez que cierro los ojos, me dejo llevar por los recuerdos de los momentos que hemos compartido juntos; sobre todo por la noche, en la cama, echo de menos sus caricias, sus besos y todo lo que me hace sentir con su cuerpo.

Aunque la preocupación por las vides sigue presente, estar junto a Valeria empieza a ser más una necesidad que un deseo. Por suerte, el tratamiento que aplicamos comienza a mostrar resultados. El equipo y yo trabajamos sin descanso, y ver la mejora en las plantas me llena de esperanza.

Valeria está a punto de presentar su libro en Nueva York, y después de eso, esperaba que pudiera venir a Francia, si la agenda de compromisos se lo permite pues tiene varios eventos con la editorial por Estados Unidos. La emoción y el nerviosismo son palpables en nuestras conversaciones. Nada deseo más que todo salga perfecto para ella y me duele en el alma no acompañarla en un momento tan especial e importante en su vida. Voy a faltar a mi promesa y eso me pesa como una losa.

CAPÍTULO 20

La presentación

Valeria

Tras nueve meses de intenso trabajo, el día ha llegado. Los nervios forman un nudo en mi estómago. Vamos a presentar el libro esta tarde y aún me parece precipitado. La editorial ha hecho lo posible para aprovechar la Vine Expo America, en la que estarán muchos de los entrevistados, por lo que hicieron un esfuerzo titánico en la última fase de la edición, con las correcciones y demás. Me da miedo no estar a la altura, que haya errores o que me trabe en mi charla.

Repaso en mi mente las palabras que diré en el acto mientras contemplo la ropa que he elegido para el evento: un elegante vestido color vino tinto que resalta mi figura y que sé que a Nick le habría encantado. Siento su ausencia con intensidad, deseando que estuviera a mi lado para compartir ese momento.

Me siento en el borde de la cama, tomo mi teléfono y marco su número. Después de un par de tonos, su voz, profunda y reconfortante, responde.

—Hola, Valeria. ¿Lista para tu gran día? —me pregunta con una calidez que me hace sonreír.

—Sí, lista. Aunque desearía que pudieras estar aquí conmigo —le reprocho con cariño; no quiero que suene a queja, solo a deseo.

—A mí también me gustaría estar ahí. Pero estaré contigo con el pensamiento. Te deseo toda la suerte del mundo, amor. Sé que harás un trabajo increíble.

—Gracias, Nick. Significa mucho para mí. Te amo —contesto con un nudo en la garganta—. Te llamo cuando acabe y te mando fotos.

—Yo también te amo, Valeria, y siento mucho todo esto. Estará Graham y ya le he pedido que te haga video. Mucha suerte, cariño. Te mereces todo el éxito del mundo.

Suspiro profundamente, dejo el móvil y me meto en la ducha para prepararme. Me animo pensando que si estuviese Nick conmigo me pondría más nerviosa, y esa idea me alivia un poco la tristeza que siento por su ausencia.

Llego a la Vine Expo America con mi editor, Peter Adams, y Becky. Al entrar al recinto, nos reciben con un aluvión de saludos y felicitaciones. La sala está llena de personas importantes del mundo del vino, todas ellas deseosas de conocer más sobre mi libro.

—Valeria, déjame presentarte a Graham, el delegado de Nick aquí en Nueva York —me anuncia Peter, señalando a un hombre alto y elegante que se acerca a nosotros.

—Un placer conocerte por fin, Valeria. Nick me ha hablado muy bien de tu trabajo —dice Graham, estrechándome la mano con una sonrisa. Sin duda es un hombre con muy buena presencia, casi tan guapo como Nicolás.

—Gracias, Graham. El placer es mío. Yo también tenía ganas de conocerte —sonrio.

A medida que la hora de la presentación se acerca, los nervios aumentan. Peter y yo nos dirigimos al escenario, donde un grupo de sillas espera a los oradores. Cuando me siento, miro hacia el público y mi corazón da un vuelco al ver una figura conocida entrar al fondo de la sala.

Nick está aquí; debe de haber llegado directamente desde el aeropuerto, a juzgar por las pintas que lleva, sudado y con expresión contrariada. El *jetlag*, sin duda. Nuestras miradas se encuentran y una sonrisa involuntaria se dibuja en mis labios. Él me devuelve la sonrisa y me guiña un ojo dándome la confianza que necesito. En este instante, siento una oleada de alivio y felicidad. La tensión y la emoción del momento se intensifican con su presencia.

La presentación comienza y las preguntas sobre el libro y mis experiencias en la elaboración del mismo no tardan en llegar. Mientras hablo, siento la mirada de Nick fija en mí, lo que me da fuerzas para continuar con seguridad y pasión.

—Señorita Martin, su libro profundiza en la esencia de los viñedos americanos de una manera original y novedosa. ¿Qué le inspiró a escribirlo? —pregunta uno de los asistentes.

—Bueno, siempre he sentido una profunda conexión con la tierra y el vino. Cada viñedo tiene su propia historia y magia, como aprendí desde niña en el video de mi padre al norte de Francia y experimenté después en las tierras de los Beaumont, y quería compartir eso con el mundo. La esencia es la misma, pero las particularidades de uno y otro país son evidentes y me ha interesado mucho explorarlas —respondo, lanzando una mirada significativa a Nick.

La presentación es un éxito y cuando por fin termina, me encuentro rodeada de personas felicitándome y queriendo saber más. La cola de gente para que le firme el libro parece no tener fin.

A pesar de la emoción del momento, mis ojos buscan a Nick; agradezco todas y cada una de las felicitaciones y preguntas, pero mi cuerpo reclama el de Nick. Si pudiera, hubiera hecho desaparecer a toda la gente para estar a solas con él, que espera paciente junto a la puerta con Graham y Becky. Finalmente, cuando la sala se despeja, viene hacia mí.

—Has estado increíble, Valeria —susurra en mi oído cuando me abraza—. No aguantaba más sin verte.

Antes de que pueda contestarle, enmarca mi cara con las manos y me besa en los labios

—Gracias, Nick. No me puedo creer que hayas venido —sollozo de felicidad, tratando de retener las lágrimas—. Eres increíble.

—No podía faltar. Te lo prometí, ¿no? —reponde, con una sonrisa.

Nos quedamos mirándonos, y todo lo demás parece desvanecerse. Enredamos nuestras miradas, comunicándonos sin palabras. El amor y la comprensión pasan entre nosotros como una corriente silenciosa, y el deseo de agradecerle su presencia de una manera más íntima se apodera de mí. Las piernas me tiemblan solo de pensarlo.

Pero aún no podemos quedarnos a solas. Tengo que atender a todos los compromisos que la

editorial ha preparado y hablar con otras personas interesadas en el libro. Nick aprovecha para ir con Graham al *stand* de su distribuidora y reunirse con otros empresarios del vino.

—Te veo luego. Estoy deseando quitarte ese vestido, aunque no voy a negarte que te sienta de lujo —me susurra al oído con voz ronca. Me ruborizo entera.

Cuando por fin acabo con los compromisos, voy a recogerle. Nick me toma de la mano y me lleva a un rincón tranquilo de la sala.

—Te he echado tanto de menos, Valeria —susurra con una mezcla de deseo y ternura en la mirada.

—Y yo a ti, Nick. Ha sido muy difícil estar lejos de ti, pero agradezco tanto que hayas hecho el esfuerzo de venir —afirmo, acariciando su mejilla—. Por cierto, ¿cómo van las vides?

—Todo controlado, pero tú eres más importante. Se ocupa mi gente, no te preocupes. Ahora, vamos a celebrar tu éxito como se merece. ¿Te gustaría ir a un lugar especial? —pregunta, con una chispa de emoción en sus ojos.

—Claro, me encantaría —respondo, sintiendo cómo mi corazón se acelera.

Nos dirigimos a un elegante restaurante cercano, donde Nick ha reservado una mesa privada. La cena es exquisita, pero lo más importante es la compañía. Hablamos de todo, de nuestros sueños, nuestros miedos y lo mucho que significamos el uno para el otro. Aunque yo no puedo concentrarme en nada más que en su boca mientras habla. Esa boca que muero por enlazarla con la mía y perderme en ella.

—No quiero volver a estar lejos de ti tanto tiempo, Valeria. Encontraremos la manera de estar juntos —me pide Nick, tomando mi mano y mirándome con intensidad.

—Yo tampoco quiero estar lejos de ti. Y…, tengo algo que contarte. No quería hacerlo por teléfono —anuncio tratando de mantener la intriga. La alegría se refleja en mi mirada y, sobre todo, en la gran sonrisa que se dibuja en mi cara aun tratando de contenerme. Si es que en el fondo soy transparente y me cuesta disimular.

—Me tienes en ascuas, cariño.

—La editorial me ha hecho una propuesta…

Le cuento todo a Nick mientras tomamos una copa en el reservado.

—¿Más cosas a celebrar? Vas a necesitar más de una noche para todo lo que quiero hacer contigo. Vámonos ya o nos ponemos aquí mismo —declara con tono socarrón y siento cómo me humedezco con los pensamientos que me provocaba.

Vamos a su apartamento en Manhattan, porque es lo que tenemos más cerca, a solo cinco minutos a pie que se convierten en tres. La tensión y el deseo son palpables en el aire.

Subir al piso veintidós nos da margen para un polvo rápido, pero alguien se acerca al ascensor y entra cuando las puertas están a punto de cerrarse. Entonces, Nick, sin cortarse ni un pelo, saca su versión de chico malo y, detrás del hombre que comparte cubículo con nosotros, mete la mano por debajo de mi falda. Me acaricia el culo y puedo notar uno de sus dedos rozando mi hendidura. Lo lleva hacia delante y aprovecha la humedad, que ya es evidente, para hacer círculos en mi pequeña protuberancia que se hincha con su contacto.

Me muevo un poco, mi cuerpo está alerta y mi piel arde. Introduce el dedo y lo saca varias veces. Aprieto las piernas para que deje de hacerlo. Me gusta, pero me siento incómoda por el vecino que mira su móvil ajeno a lo que pasa a su espalda.

—Hace calor aquí —suelta Nick como si nada mientras tiene su dedo aprisionado. Si el otro tipo se da la vuelta en este momento, me muero.

—Sí, esta primavera está siendo dura —contesta sin mirarnos.

El ascensor se para en el piso quince, Nick saca la mano rápidamente para que la falda vuelva a su sitio y, como si no hubiera hecho nada en esos minutos, se despide.

—Buenas noches —responde el vecino y yo siento que mis mejillas se tiñen de rojo.

—¿Se habrá dado cuenta? —pregunto a Nick cuando nos quedamos solos—. ¡Eres un temerario!

—Pero, ¿a que te ha gustado? Eres tú que me enloqueces, cariño.

Me besa en la nariz, justo en el momento en el que las puertas se abren en el piso veintidós.

—Vamos. No hay nada que desee más que estar contigo —añade, acercándose para besarme.

Entramos en su apartamento y, por un momento, olvido la razón de haber llegado hasta allí con tanta prisa. Ante mí se abre un *loft* enorme, con dos ambientes, el de comedor con una barra que lo separa de la cocina, y el de estar con unos sofás amplios y envolventes en color blanco. No hay paredes sino cristales que me regalan una visión impresionante de Central Park y los barrios que lo rodean. Nick me abraza por detrás y me besa en el cuello.

—¿Te gusta? Es impresionante, ¿verdad?

—No tengo palabras, Nick ¡Es alucinante! ¿Cómo no me lo habías enseñado antes?

—No quería conquistarte por mi dinero —bromea y a sus palabras le sigue una carcajada—. Simplemente no se dio. Siempre íbamos a tu casa.

—A mi ratonera comparado con esto. ¿Qué más misterios oculta, señor Beaumont? —le digo con el puño a modo de micrófono, recordando la entrevista en el viñedo.

—¿Te gusta el whisky? —pregunta lamiéndose ligeramente el labio inferior.

—No suelo tomarlo, pero lo comparto contigo si te sirves uno.

—Esa es la idea, compartirlo. Voy a prepararlo. Puedes ver el resto del apartamento si te apetece.

Doy una vuelta alucinando con las dos habitaciones, el despacho y los dos baños, uno de ellos con un jacuzzi con vistas al parque. Predomina el blanco, combinado con un gris ceniza. Una maravilla.

Al volver, Nicha me espera sentado en un gran sillón, con la camisa a medio abrir y las piernas ligeramente abiertas. Los brazos sobre los apoyos del sillón y el vaso de whisky balanceándose en su mano derecha.

—Acércate.

Lo hago y, tirándome ligeramente del brazo, me agacha lo suficiente para besarme. Luego humedece uno de sus dedos en el líquido ambarino y lo mete en mi boca, pasándolo por toda mi cavidad.

—¿Sabes qué me gustaría?

—¿Qué? —respondo, cada vez más caliente.

—Que te quites la ropa delante de mí, bailando.

—¿En serio? Si no sé bailar.

—Puedes intentarlo. Si quieres. Nunca te obligaría a nada, cariño. Solo es una fantasía mía.

Cojo el vaso, lamo seductora el borde y doy un pequeño sorbo, humedeciendo mis labios con la lengua.

Me separo unos pasos de él, y me contoneo desvistiéndome. Me siento torpe. Es algo que nunca he hecho, pero realmente me apetece.

El vestido color vino es cruzado. Deshago el nudo y lo voy abriendo dejando ver mi cuerpo. Antes de que se vea del todo, me doy la vuelta y, contoneándome, lo bajo despacio hasta que cae al suelo. Voy a darme la vuelta cuando noto las manos de Nick rodeando mi cuerpo.

—No sigas. Déjame ayudarte.

Desabrocha el sujetador e introduce sus manos debajo de él, dejando que caiga, y cubriendo mis pechos con ellas. Las aprieta y me besa en el cuello, acercando su cuerpo al mío. Una de sus manos baja hasta mi vientre y la otra se cuela por las bragas hasta alcanzar su objetivo. Abro ligeramente las piernas para dejar que sus dedos jueguen a placer con mi centro. Me arranca las bragas y me lleva despacio hacia la mesa de comedor; con la mano en mi espalda me hace inclinarme sobre ella y me penetra. No sé cuando se quita la ropa, porque cuando me doy cuenta va solo con la camisa a medio abrir.

Apoyado en mi cadera con una mano y la otra en mi hombro, se mueve con ímpetu mientras yo araño la madera de la mesa sin saber de dónde agarrarme. Nunca lo habíamos hecho así, no me lo esperaba y me está gustando. Desde ese ángulo llega a zonas de mí que me producen un placer tan intenso, tan potente, tan agudo y penetrante que dudo haber sentido algo igual en toda mi vida.

Grito y gimo y digo su nombre varias veces. Él explota en un orgasmo brutal que desinfla su cuerpo cayendo sobre el mío. Jadea, complacido, encima de mi espalda.

Sale de mí, me incorporo y me besa. Nos comemos la boca, con sabor a whisky, y así llegamos al dormitorio.

—Te quiero como nunca creía que podía amar a alguien, Val — dice mientras nos metemos en la cama—. Quiero que no haya secretos entre nosotros, que nos digamos todo. Por eso, quiero que me digas si lo que acabamos de hacer te ha parecido brusco, si te ha gustado…

—Tú me gustas. Todo tú, cariño. Tampoco quiero secretos ni misterios. Hace unos minutos te deseaba tanto como tú a mí y como te deseo ahora. Me haces feliz, Nicolás.

Me sonrie con la cara más relajada y me besa con dulzura, con amor. Se coloca encima de mí y nos amamos otra vez, unidos por un sentimiento que nos hace sentir plenos.

La noche se llena de pasión y amor, mientras nos reencontramos en cuerpo y alma. Cada segundo juntos son un regalo lleno de caricias y la reafirmación de lo que sentimos el uno por el otro.

A la mañana siguiente, despertamos juntos, enredados entre las sábanas blancas. Lo observo en silencio, disfrutando del momento, agradecida por el cambio que ha tomado mi vida cuando acepté hacerle un reportaje que no me apetecía.

—Te amo, Valeria —ronronea Nick, entreabriendo los ojos al verme observarle—. Quiero enseñarte algo.

Se gira para coger lo que parece un mando a distancia de la mesita de noche. Le da a un botón y las cortinas se abren dejando ante mí la espectacular visión de Central Park.

—Esto es alucinante, Nick. Me encanta. Gracias.

—Val, ¿quieres compartirlo conmigo? —pregunta con una sonrisa—. Nada me haría más feliz que despertar contigo cada mañana, aquí o en el viñedo, o en tu casa. Donde quieras.

Nos quedamos abrazados, disfrutando de la paz y la felicidad de estar juntos y amarnos.

EPÍLOGOS

1

Nicolás

Francia se ha convertido en mi hogar los meses que quiero calma. El viñedo está este mes en su máximo esplendor, con los racimos de uvas colgando pesados y maduros, listos para ser cosechados. La brisa suave tare consigo el aroma dulce de las uvas y la tierra fértil, creando un ambiente de paz y prosperidad.

Nunca pensé que encontraría tanto sentido y tranquilidad en este lugar. Cuando regresé a Francia, lo hice con el corazón cargado de dudas y cicatrices del pasado, huyendo y sin saber qué quería en realidad. Pero ahora, todo eso parece una vida lejana. El viñedo no solo prospera en términos de producción, sino que también se ha convertido en un símbolo de amor y dedicación compartida con Valeria.

Mientras camino por las filas de vides, observo cómo cada planta refleja nuestro arduo trabajo y compromiso. Mi teléfono vibra en mi bolsillo, interrumpiendo mis pensamientos. Es un mensaje de Valeria: «Voy a salir al porche a trabajar un poco. ¿Te unes?».

Sonrío y guardo el teléfono. Valeria ha transformado este lugar tanto como yo. No solo ha aportado su talento y conocimientos, sino que también ha llenado cada rincón con su risa y su luz.

Cuando llego al porche, la veo sentada con su portátil sobre las piernas, concentrada en su escritura. La brisa juguete con su cabello oscuro, y la luz del sol resalta su belleza natural. Me acerco con dos copas de vino en la mano.

—¿Cómo va el capítulo de hoy? —pregunto, entregándole una copa.

—Bastante bien, gracias —responde, tomando un sorbo—. Hoy me he levantado un poco sentimental.

Me siento a su lado, mirando el paisaje que se extiende ante nosotros. Este lugar ha sido testigo de muchos cambios, todos para mejor.

—Eso está bien, cariño.

Nos quedamos en silencio disfrutando del vino y la tranquilidad del momento. Siento una ola de gratitud al pensar en lo lejos que estamos llegando juntos.

—¿Recuerdas cuando llegaste aquí por primera vez? —pregunto, con una sonrisa.

—Claro que sí. Estaba nerviosa y emocionada al mismo tiempo, como sabes no quería aceptar el trabajo —ríe—. Nunca imaginé que encontraría mucho más que una simple historia de una

familia de viticultores —responde Valeria, mirándome con ternura.

—Y yo nunca pensé que alguien podría cambiar mi vida de la manera en que tú lo has hecho —afirmo, besando suavemente su cabello—. Ahora, no puedo imaginarme un día sin ti.

Nuestra vida juntos ha superado todas mis expectativas. El día de la presentación de su libro, cuando fuimos a cenar y me contó la sorpresa que había estado guardando hasta verme, lo vimos claro. La editorial le había encargado un libro igual pero de Francia. Nos lo pusieron en bandeja: vivir en el castillo del viñedo, juntos, trabajando cada uno en lo suyo.

Así, Valeria seguía escribiendo y explorando nuevos viñedos, mientras yo me dedicaba a sacar adelante la bodega. Hemos encontrado un equilibrio que nos permite perseguir nuestros sueños individuales, mientras construimos una vida juntos.

—He estado pensando en algo —dice Valeria, girándose para mirarme a los ojos—. ¿Qué te parece si visitamos algunos viñedos en España el próximo mes? Podría proponer un nuevo volumen sobre España, y siempre he querido conocer ese país.

—Me parece una idea fantástica —respondo, con entusiasmo—. Además, será una excelente excusa para pasar más tiempo juntos fuera de aquí.

Nuestros viajes no solo son parte del trabajo de Valeria, sino que también nos permiten disfrutar de nuevas experiencias juntos. Cada vez que viajamos, descubrimos algo nuevo sobre el otro y fortalecemos nuestro vínculo.

Además, coleccionabamos lugares donde hacer el amor.

—Nick, hay algo que quiero decirte —me dice bajando un poco la voz.

—¿Qué sucede, amor? —pregunto, mirándola con preocupación.

—Solo quiero agradecerte todo lo que me das. Por apoyarme, por creer en mí, y por amarme de la manera en que lo haces. No podría haber imaginado una vida más perfecta que esta —asegura Valeria, con la mirada llena de amor y gratitud.

Sonríe y la abrazo con fuerza.

—No necesitas agradecerme nada, Valeria. Eres mi todo y hacerte feliz es lo que me da sentido. Yo también estoy agradecido por cada momento que compartimos —afirmo, besándola en la sien.

Nuestro amor es tan fuerte como las raíces de las vides que cuidamos, y tan dulce como el vino que producimos.

2

Valeria

Estoy pletórica. No puedo imaginar un lugar más perfecto para vivir y trabajar. Mi portátil descansa sobre mis piernas, y mis dedos vuelan sobre el teclado, mientras escribo las últimas líneas de mi nuevo libro.

Es increíble pensar en todo lo que ha pasado en estos seis meses. Desde la publicación del primer

libro y, sobre todo, desde el reportaje que hice sobre las bodegas Beaumont, mi carrera ha despegado de una manera que nunca hubiera imaginado. El encargo de escribir un libro sobre los vinos franceses es un sueño hecho realidad, y poder hacerlo desde las tierras de Nick, lo hace aún más especial.

En uno de los viajes, visitamos a mis padres en su pequeño viñedo en el norte de Francia y, por supuesto, los incluí en mi libro. La conexión entre mi padre y Nick fue mágica.

El cielo sobre el viñedo de mis padres era de un azul profundo, y la brisa fresca traía consigo el aroma de la tierra fértil y las uvas maduras. Había algo reconfortante en este lugar, un sentido de hogar que siempre había apreciado. Pero esta vez, la visita era aún más especial porque estaba con el hombre que amaba.

Mis padres, con sus corazones generosos y su amor por la tierra, recibieron a Nick con los brazos abiertos. Pasamos los días recorriendo el viñedo familiar, compartiendo historias y momentos muy íntimos. La admiración de mi padre por el conocimiento de Nick sobre la viticultura era palpable.

—A tu chico se le nota la pasión por el vino, Valeria —me dijo mi padre una tarde mientras observábamos a Nick caminar entre las vides, conversando animadamente con mi madre sobre las técnicas de cultivo.

—Lo sé, papá. Y eso es solo una de las muchas razones por las que lo amo —respondí, sonriendo al verlos juntos.

Esa noche, después de una cena deliciosa preparada por mi madre, nos retiramos a la casa de campo, donde nos estábamos quedando y que estaba junto a la casa principal. La luna llena iluminaba la habitación, y el ambiente era tan tranquilo y sereno que casi parecía mágico.

—Tus padres son maravillosos —dijo Nick, abrazándome por detrás, mientras mirábamos por la ventana.

—Y a ellos les encantas tú —respondí, girándome para mirarlo a los ojos.

Nos besamos suavemente, y sentí cómo toda la tensión de los últimos meses se desvanecía. Estábamos juntos, y eso era lo único que importaba. Nos tumbamos en la cama, y la pasión que había entre nosotros se encendió como una llama que nunca se apagaba. Hicimos el amor bajo la luz de la luna, y cada caricia, cada beso, era una promesa de amor eterno.

Al día siguiente, decidimos explorar los alrededores. Tomamos una cesta de picnic y nos dirigimos a un pequeño claro cerca del río. La naturaleza en esta región era impresionante, y el sonido del agua corriendo proporcionaba el fondo perfecto para nuestro pequeño retiro.

—Valeria, tengo una sorpresa para ti —dijo Nick, sacando una botella de vino de la cesta.

—¿Qué es esto? —pregunté, sorprendida.

—Es una nueva etiqueta que he estado desarrollando. Quería que fueras la primera en probarla —respondió, sirviendo dos copas—. Sé que nos prometimos que nada de misterios ni secretos, pero si te contaba mi plan arruinaría la sorpresa.

Me reí y le hice un puchero.

—Vamos a ver qué me has ocultado, Beaumont.

Tomé un sorbo y el sabor exquisito explotó en mi boca. Era como si todas las notas perfectas de un buen vino se hubieran reunido en esa botella.

—Es increíble, Nick. Este vino es fantástico. Estoy tan orgullosa de ti —dije, con los ojos brillantes por la emoción.

—No podría haberlo hecho sin tu inspiración y apoyo. Eres mi musa, Valeria —dijo, besándome con ternura.

—¿Y esa etiqueta? Parece…

—Sí, es un dibujo hecho a partir de una foto mía con la cara medio cubierta por la capucha. El vino se llama Misterio.

—Me encanta, Nick.

Di otro sorbo, catando como él me había enseñado.

—¿Sabes? —añadí, apoyando mi cabeza en su hombro mientras observábamos el atardecer—. Estos últimos meses han sido los más felices de mi vida. Quiero un futuro así de maravilloso a tu lado.

—El futuro es nuestro, Valeria. Que venga lo que sea mientras estemos juntos —respondió Nick, apretando mi mano.

Se giró sobre mí y me besó como si me acabara de descubrir, como si me amara por primera vez. Su mano subía por mi muslo hasta la ingle. Me acariciaba con dulzura, pero al intentar meter la mano por debajo de mi ropa interior, lo corté.

—Aquí no, cielo. Mira detrás, hay familias con niños. Mejor vamos a la casa y continuamos —sonreí.

Regresamos al viñedo con el corazón ardiendo deseando amarnos una vez más. Y nunca me cansaba, nunca me saciaba de él.

Entre las estancias en Nueva York y en Francia, ya llevo dos años viviendo con Nick. Llegué a su castillo 48 meses atrás para escribir sobre su pasado y ahora me encuentro escribiendo con él las páginas de nuestro presente y de nuestro futuro; un futuro que ya estoy engendrando en mi vientre. Voy a preparale una sorpresa esta noche para darle la noticia.



¿Te ha gustado la historia de Nick y Valeria?

Nick es un CEO un tanto especial ya que, además, es viticultor y ama el campo.

En la próxima historia no saldremos de la Gran Manzana. Con Ethan Cooper nos adentramos en el mundo de la moda neoyorquina con muchos momentos ardientes.

¿Quieres conocerlo?

Aquí tienes los primeros capítulos de *La desconfianza del CEO*


SCARLETT SIMMONS
LA DESCONFIANZA DEL
CEO
CEOS DE NUEVA YORK, 3

LA DESCONFIANZA DEL CEO

Prólogo

Soy Ethan Cooper, diseñador de alta costura de fama mundial, CEO de mi propia empresa en Nueva York, Cooper Design. Durante los últimos años no se me ha conocido pareja y eso ha disparado todos los rumores, además de provocar esa sensación incómoda de que tanto mujeres como hombres tratan de echarme el lazo en eventos benéficos y demás actos sociales a los que debo acudir y que en Nueva York, son casi diarios.

Por no decir de las modelos con las que trabajo, que creen que por rozarlas al revisar un vestido, ya tienen derecho a más. Algunas me tratan con una confianza que no les doy.

En la prensa rosa llegaron a decir que estaba esperando a salir del armario, algo que no me hubiera importado hacer si hubiera sido cierto.

El problema es que no he encontrado a esa persona que me haga vibrar, con la que quiera compartir todos los momentos de mi vida, que me interese por todo lo suyo, y no solo tener encuentros sexuales, como los que mantengo de manera esporádica.

Además, al estar rodeado de mujeres tan perfectas, he dejado de valorar la belleza. Dudo que me enamore de una mujer solo por su aspecto.

No me fío de nadie, la experiencia me ha enseñado a desconfiar, y por eso no puedo permitir la falta de honestidad. Y menos en una pareja.

Dicen que el amor aparece cuando no lo buscas y eso es precisamente lo que me ocurrió.

Esta es mi historia.

Capítulo 1
Mia

No hay nada más humillante que ver cómo tus sueños se desmoronan. Mi pequeño taller de diseño, mi gran apuesta para ser independiente en el mundo de la moda, está al borde de la ruina. Los pedidos son escasos y las facturas se acumulan. El negocio no acaba de arrancar, pero me niego a tirar la toalla. Necesito un empuje que no sea pedir dinero a mi familia o al banco. Sueño con el encargo que me saque del estancamiento o que alguien famoso pase por mi taller y descubra mi talento. Poco cuesta soñar y mucho sacar un negocio adelante en un mundo de tiburones.

Estoy haciendo una lista de opciones cuando recibo una llamada de mi amiga Taylor, que trabaja en Cooper Designs, una de las casas de moda más prestigiosas de Nueva York. En la escuela de diseñadoras discutíamos sobre si era mejor trabajar a la sombra de un diseñador famoso o tener nuestra propia empresa y tener un criterio personal. Cada una ha elegido un camino diferente según sus prioridades, ella entró en Coopers y yo invertí, con ayuda de mis padres, en mi propio negocio.

—¡Mia!, ¿te pillo mal? Escucha, ¡esto es importante! —La voz de Taylor suena urgente al otro lado de la línea.

—¿Qué pasa? —pregunto, sintiendo un nudo en el estómago. ¿Habrá ocurrido algo malo que sea tan urgente?

—Tenemos un problema en Cooper Designs. Nos han encargado una colección para dentro de seis semanas y necesitamos ayuda. Ethan Cooper pagará bien porque es algo importante y he pensado en ti. De hecho, le he hablado tan bien de ti que solo falta que te conozca para que te contrate —dice de corrido, sin pausa para respirar.

Mi corazón da un vuelco al escuchar el nombre de su jefe, Ethan Cooper. Es conocido por su genialidad en el diseño, pero también por su carácter implacable y lo exigente que es con su empresa. Trabajar con él es un sueño y una pesadilla a partes iguales, pero no va conmigo. Estoy decidida a mantener mi emprendimiento al menos en los próximos meses, hasta que me hunda del todo o salga adelante con dignidad.

—No debiste hacerlo, Taylor… Te lo agradezco, pero… Sabes que siempre he querido ser independiente —suspiro sintiendo la presión de mi situación económica sobre la espalda.

—Mia, esta es una oportunidad para ti. Sé que no es tu objetivo a largo plazo, pero piensa en lo que vas a aprender con Ethan Cooper. Además, son solo seis semanas y con lo que vas a ganar podrás ocuparte de tu negocio. Yo lo veo como una inversión para ti, ¿no crees? Piénsalo. Pero piénsalo rápido que te necesitamos ya.

Suspiro considerando sus palabras. Solo seis semanas haciendo lo que me gusta, aprendiendo y llenando mi currículum y mi cuenta bancaria. A veces, los sueños requieren sacrificios.

—Está bien, lo haré —acepto sin demasiado convencimiento con la idea de que es necesario. No quiero perder mi foco.

—Mañana te esperamos para la entrevista, es muy urgente.

Cuando la vida te da una oportunidad, no puedes permitirte el lujo de desaprovecharla. Esa frase resuena en mi cabeza mientras me encuentro de pie frente al imponente edificio de Cooper Designs al día siguiente de hablar con Taylor. La fachada de cristal refleja la luz del sol, deslumbrándome, y por un momento casi me hace titubear. La reputación de Ethan Cooper, el CEO de la empresa, le precede: un hombre implacable, desconfiado y con un talento inigualable para la moda. Pero también se dice que es un tirano y lleva muy a gala el secretismo a su alrededor. Cada nueva colección es creada con un hermetismo enfermizo y hace firmar un contrato de confidencialidad muy estricto a todos los que lo rodean.

Respiro hondo y cruzo las puertas giratorias adentrándome en el lujoso vestíbulo. Mi corazón late con fuerza al ritmo de mis propios pasos que resuenan en mis oídos como un tamborileo incesante. La recepción está adornada con flores frescas y esculturas modernas, un reflejo del prestigio de la firma. Me dirijo a la recepcionista, una mujer elegante con el cabello corto peinado hacia atrás con gomina.

—Buenos días. Soy Mia Harper, tengo una cita con el señor Cooper.

—Buenos días, señorita Harper —responde sin mirarme mientras consulta en el ordenador—. Puede subir a la planta 25. El señor Cooper la espera.

El ascensor asciende suavemente dejándome en un pasillo decorado con fotografías de los diseños más icónicos de la casa de modas. Toco la puerta de la oficina de Ethan Cooper y al entrar me encuentro con un hombre alto, de cabello castaño, barba de tres días y mirada penetrante. Viste unos pantalones tipo sastre en gris claro con una camisa blanca. Su mirada me recorre de arriba abajo con una mezcla de desdén y curiosidad.

—Señorita Harper, adelante —dice sin esbozar ni una sonrisa.

Me acerco y estrecho su mano. Su saludo es frío y firme, reflejando su conocido carácter.

—He revisado su portafolio. Taylor habla maravillas de usted, pero necesito ver de qué es capaz. Esta colección es crucial y no hay margen de error, vamos contrarreloj —comienza sin rodeos.

Su tono es cortante y noto desconfianza en su mirada. Siento un escalofrío recorrer mi espalda, pero no dejo que me intimide.

—Para que la colección llegue en plazo estoy aquí, señor Cooper —respondo manteniendo mi voz firme—. He venido a ayudar. Taylor me ha contado…

El gran Cooper no me deja acabar la frase, se inclina hacia adelante entrelazando las manos sobre el escritorio.

—Espero que sea así. Necesito resultados rápidos. Y le repito, no hay tiempo para errores. La señorita Brighton —dice pulsando un botón del teléfono que tiene sobre la mesa— le indicará dónde va a trabajar. La reunión del equipo será en una hora. Dispone de ese tiempo para ponerse al día.

Salgo cuando su secretaria viene a por mí. Me acompaña a firmar el contrato de trabajo y el de confidencialidad y después me enseña las instalaciones antes de llevarme a la sección de diseño. El corazón se me para varias veces al sentir la creación en estado puro, el alma de Cooper Designs y toda su grandeza. No me lo puedo creer. Es como si estuviera en un templo sagrado. Lo comparo con mi taller y un halo de tristeza me sobrecoge.

Me sitúan al lado de mi amiga Taylor, con quien voy a la sala de juntas a la hora señalada.

La reunión inicial para discutir la estrategia de la colección comienza con Ethan Cooper rodeado de su equipo principal: diseñadores, asistentes y especialistas en marketing. El ambiente dentro de la sala es bastante tenso.

—Tenemos seis semanas para preparar la colección de primavera de Tommy Kors. Como saben, han roto relaciones con su diseñador principal y nos han propuesto colaborar con ellos. Aunque los diseños sean de Cooper Designs, saldremos con las dos marcas, beneficiándonos ambos del posicionamiento cruzado —empieza Ethan con un tono de voz autoritario que resuena en la sala —. Cada uno de ustedes tiene un papel crucial. He reforzado el equipo con la diseñadora Mia Harper para ir más rápido. ¿Alguna pregunta?

Levanto la mano y me doy cuenta demasiado tarde de que soy la única. Los demás me miran con curiosidad.

—Sí, me gustaría saber cuáles son los colores predominantes que tienen en mente para esta colección —pregunto tratando de mostrar interés y profesionalidad. El efecto es el contrario.

—Eso es algo que debería saber ya, Harper. Espero que no necesitemos detenernos en estos detalles tan básicos —responde con tono gélido. Siento cómo todas las miradas se vuelven hacia mí. Trago saliva y asiento tratando de parecer segura—. En su equipo le darán los detalles. Bien, si no hay más preguntas, seguimos. Brian, reparte el trabajo por equipos, por favor.

Las siguientes horas son un torbellino de indicaciones, críticas y correcciones. Ethan no deja pasar una sola oportunidad para señalar cualquier mínimo error en mis propuestas, durante el rato que está con el equipo que me asignaron, liderado por Taylor.

—Ese escote que propone es poco elegante —dice en un momento, mirando uno de mis bocetos con desdén.

—Pero creo que podría añadir un toque moderno y audaz a la colección —argumento—. He estudiado el estilo de Tommy Kors con detenimiento y creo que encaja con ellos.

—Aquí no estamos para experimentar con lo audaz, Harper. Queremos perfección y clase, no sé de dónde saca que eso es el estilo de Kors. Además, nos han contratado por el toque y la reputación Cooper —replica sin dar espacio a la discusión.

Cada boceto que ve sobre la mesa es meticulosamente analizado y casi siempre rechazado. Coge otro que mira con verdadero interés y pienso que le gusta. Me equivoco.

—El pespunte de este vestido está mal diseñado. Cuando se cosa, quedará fatal. Necesito que preste más atención a los detalles —escupe Cooper arrojando el boceto sobre la mesa—. Taylor, controle a su amiga y explíquele bien cómo trabajamos aquí.

—Lo corregiré —respondo mordiéndome la lengua para no soltar un comentario sarcástico y mirando a Taylor con angustia. ¿Cómo puede soportar a este tipo? El éxito se le ha subido a la cabeza. ¡Menudo ego!, pienso.

De los veinte diseños que hacemos entre todos el primer día, solo pasan su criba tres. Y ninguno mío. Regreso a casa totalmente frustrada pensando que mi talento me ha abandonado. Recuerdo la cantidad que me van a pagar y decido que haré mi trabajo como mejor sé. Si no le gusta, no es mi problema, mientras me pague lo acordado.

La tarde siguiente, mientras trabajo en un diseño particularmente complicado siguiendo sus indicaciones escritas, Cooper aparece en la sala de diseño. Se queda observándome en silencio durante unos minutos antes de hablar.

—Harper, esos volantes o… lo que sea, son horribles —dice señalando con la barbilla hacia el vestido en el que estoy trabajando—. No es digno de esta casa de moda.

—¿No le gustan? —oso desafiarle intentando no mostrar mi frustración. A mí me parece que mejoran el patrón, pero está claro que Cooper busca cualquier excusa para criticarme.

Él se acerca y toma el boceto de nuevo, estudiándolo detenidamente.

—Bueno, veo que tiene talento, pero aquí el talento solo es el primer paso. Debe seguir mis indicaciones. Yo invento la colección y ustedes la plasman —dice clavando su mirada en la mía.

Me acerco tomando el boceto de vuelta.

—De acuerdo, señor Cooper, haré lo que me diga. Le pido disculpas por haber añadido mis ideas —respondo rompiendo el dibujo delante de sus ojos y tirándolo a la papelera.

—Recuerde, Harper, en esta industria no hay lugar para los errores. Cada detalle cuenta, sobre todo cuando vamos tan mal de tiempo —dice finalmente antes de darse la vuelta y salir de la sala de diseño.

Me quedo mirando la puerta por la que ha salido, sintiendo una mezcla de frustración y decepción. Necesito el dinero, así que no me voy a doblegar y demostraré a Ethan Cooper que puede confiar en mí, aunque él se resista a admitirlo.

Capítulo 2
Ethan

Las mañanas en la oficina son siempre una vorágine de actividad y, desde que Mia Harper ha comenzado a trabajar con nosotros, esa intensidad solo ha aumentado. El bullicio del taller de diseño es algo a lo que estoy acostumbrado, pero Mia tiene una forma de captar la atención de todos. Y no solo por su talento.

Recordar el primer día que la vi entrar por la puerta aún me causa gran impacto. Taylor me ha advertido sobre su talento, pero no me dijo nada sobre su aspecto, que me causó gran impresión. Alta, esbelta, con una presencia que llena la habitación. Su cabello castaño cae en ondas suaves, y sus ojos verdes brillan con una inteligencia desafiante. Su belleza no tiene nada que ver con la de las modelos a las que estoy acostumbrado a ver y que parecen hechas con el mismo molde.

Sigue leyendo en Amazon:

GRACIAS

por leer mis novelas y sumergirte conmigo en mundos de pasión y amor.

Soy **Scarlett Simmons**, escritora de novela romántica contemporánea *spicy*, de origen europeo y alma ardiente. Escribo mis fantasías cuando mi trabajo principal me lo permite, pero no me había planteado publicar hasta que una de mis amigas disfrutó tanto con la lectura de mis novelas que he decidido sacarlas a la luz, poco a poco, para que tú también las goces.

Te invito a sumergirte en mundos vibrantes de frenesí, delirio y fogosidad envueltas por toneladas de tensión y amor. Pero a nadie se lo regalan. Mis personajes se enamoran y luchan por el amor en distintas circunstancias.

Sígueme en mi cuenta de autora de Amazon y sé la primera en enterarte de las nuevas publicaciones.